

Más que
un verano con
el jefe

LEILA YOON

Más que un verano con el jefe

Mucho más que jefes #2



LEILA YOON

Todos los derechos reservados

Este libro es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, lugares, eventos o hechos reales es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y por escrito de la autora, **Leila Yoon**.

El diseño y la ilustración de esta obra también son propiedad exclusiva de **Leila Yoon**.

© 2026 Leila Yoon.

Índice

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)

26

27

Epílogo

Extra

Nueva serie: Los millonarios del Wonderland Club

Drake, error millonario (Los millonarios del Wonderland Club #1)

¿Me dejas unas estrellitas?

ÚNETE AL CLUB DE LAS PRINCESAS MODERNAS!

1



Wendy

—Wendy, quiero que nos demos un tiempo.

Parpadeo.

Una vez.

Dos.

Después miro a Ray esperando que añada algo que consiga que esas siete palabras tengan un poco más de sentido.

No lo hace.

Estamos sentados en el sofá del apartamento que compartimos desde hace casi cuatro años. Hace apenas unos minutos le he contado que el dueño del restaurante donde trabajo ha decidido cerrar a final de mes.

Esperaba comprensión.

Ánimo.

Un «seguro que encontrarás otra cosa, cariño».

Desde luego, lo último que esperaba era que mi novio aprovechara el momento para poner nuestra relación en pausa.

—¿Qué?

Ray se pasa una mano por el pelo.

—Necesito pensar.

—¿Pensar en qué?

—En nosotros. En lo que quiero. Últimamente siento que no sé qué quiero, Wendy.

Lo miro fijamente.

—Llevamos casi siete años juntos.

—Lo sé.

—Pues me parece un poco tarde para no saber si quieres estar conmigo.

Ray cierra los ojos un instante y sé que el comentario le ha dolido.

Bien.

A mí tampoco me está encantando esta conversación.

Me levanto del sofá porque necesito moverme. Hacer algo. Cualquier cosa que no sea quedarme sentada a su lado mientras intento comprender cómo he pasado de perder mi trabajo a quizá perder también a mi novio en aproximadamente quince minutos.

Tiene que ser algún tipo de récord.

—¿Hay otra persona?

—No.

La respuesta es inmediata.

Me giro hacia él.

—¿Seguro?

—Claro que estoy seguro. No tiene nada que ver con nadie más.

No sé si eso consigue que me sienta mejor.

Creo que no.

Si hubiera otra mujer podría enfadarme. Podría llamarlo cabrón, tirarle algo a la cabeza y pasar los próximos seis meses contándole a todo el mundo que mi ex me engañó después de siete años juntos.

Esto es mucho peor.

Porque Ray está sentado en nuestro sofá con cara de sentirse fatal y yo ni siquiera sé exactamente contra qué estoy peleando.

—Entonces no lo entiendo.

—Yo tampoco. Ese es el problema.

Se levanta y da un par de pasos hacia mí, pero se detiene antes de tocarme.

—Llevo un tiempo sintiéndome raro. No sé si el problema somos nosotros o si simplemente me he perdido un poco después de tantos años haciendo la misma vida. Necesito tiempo para aclararme.

Eso sí duele.

Porque, aunque me duela admitirlo, una parte de mí entiende a qué se refiere.

Últimamente nuestra relación se ha convertido en una sucesión de rutinas tan perfectamente organizadas que podría escribirlas en un calendario. Trabajo, casa, cena, alguna serie antes de dormir. Los viernes pedimos comida. Los sábados intentamos hacer algo juntos. Cada pocos meses hablamos de algún viaje que terminamos posponiendo.

No somos infelices.

Al menos yo no creía que lo fuéramos.

Pero quizá llevar tanto tiempo sin estar mal me ha impedido preguntarme si de verdad estábamos bien.

—¿Y qué significa «darnos un tiempo»?

—Que necesito unos días para pensar.

—¿Cuántos?

—No lo sé.

Suelto una risa sin humor.

—Fantástico. Me encanta lo concreto que está siendo todo.

—Wendy...

—No, tranquilo. Esta mañana tenía novio y trabajo y ahora resulta que dentro de unas semanas quizá no tenga ninguna de las dos cosas. Entenderás que necesite un momento para actualizar mi planificación.

—No quiero hacerte daño.

—Pues esa parte no te está saliendo especialmente bien.

Ray baja la mirada.

Inmediatamente me siento mal.

Y eso me cabrea todavía más.

Porque sigue siendo Ray. Mi Ray. Aunque ahora mismo no tenga ni idea de qué significa eso.

—Esta noche voy a dormir en casa de David —dice al cabo de unos segundos—. Creo que nos vendrá bien tener un poco de espacio.

David es uno de sus compañeros de trabajo.

Trago saliva, con el corazón atragantado en la garganta.

—Vale.

—Cogeré algunas cosas.

—Vale.

Finalmente desaparece por el pasillo.

Yo me quedo de pie en mitad del salón.

Escucho cómo abre el armario de nuestra habitación. Un cajón. Otro. Después el sonido de una cremallera.

Y de repente todo se vuelve demasiado real.

Cuando regresa lleva una mochila y una bolsa de deporte.

Se detiene delante de mí.

—Te llamaré.

Asiento.

Esta vez sí se acerca y parece que va a besarme, pero finalmente solo me aprieta el brazo antes de dirigirse hacia la puerta.

No intento detenerlo, la puerta se cierra y me quedo sola en el apartamento. Miro alrededor.

Su chaqueta sigue colgada detrás de una silla. Sus zapatillas están junto a la entrada. Esta mañana dejó una taza en el fregadero y su cargador continúa enchufado al lado del sofá.

Todas sus cosas siguen aquí.

Toda nuestra vida sigue aquí.

Así que supongo que eso debería tranquilizarme, pero no lo hace.

Hace que tenga todavía menos claro si mi novio acaba de pedirme unos días para pensar o si acabo de presenciar el principio de una ruptura que él todavía no se atreve a llamar por su nombre.

Horas más tarde, decido llamar a mi mejor amiga.

Mila vive en California desde hace un año, desde que conoció a Nash, se enamoró perdidamente de él y decidió cambiar Nueva York por el resort de lujo de un pueblito llamado Golden Cove. Ahora están prometidos y, aunque me alegro muchísimo por ella, hay días en los que todavía no me acostumbro a tenerla a casi cinco mil kilómetros de distancia.

La echo de menos.

Joder, cómo la echo de menos.

Y esta noche más que nunca.

He pasado las últimas horas haciendo exactamente lo que no hay que hacer cuando tu novio de casi siete años te pide tiempo: llorar, dejar de llorar, volver a llorar, mirar fotografías antiguas y analizar conversaciones de hace seis meses en busca de señales que, evidentemente, ahora me parecen clarísimas.

También he abierto una botella de vino.

Eso último sí me ha parecido una decisión bastante sensata.

Estoy tumbada en el sofá, con una manta cubriéndome las piernas y una copa medio vacía sobre la mesa, cuando cojo el móvil y busco el nombre de Mila. Durante un instante me quedo mirando la pantalla. En California son tres horas menos y probablemente esté haciendo algo infinitamente más agradable que escuchar cómo se desmorona la vida de su mejor amiga.

Pero para algo están las mejores amigas.

Pulso su nombre.

Mila responde después de varios tonos.

—¿Wendy?

Solo necesito escuchar su voz para que todas las horas que llevo intentando mantenerme medio entera se vayan a la mierda.

—Mila... —Mi voz se rompe—. Ray acaba de pedirme tiempo. Dice que necesita pensar, que últimamente ya no sabe qué quiere. Ha recogido unas cuantas cosas y se ha marchado de casa. Y, por si fuera poco, hoy el dueño del restaurante nos ha reunido a todos para decirnos que cierra a final de mes. Me voy a quedar sin trabajo.

Durante unos segundos no dice nada y yo aprieto los labios, intentando contener otro sollozo.

No funciona.

—Estoy en shock, Mila. —Mi respiración se entrecorta—. ¿Cómo puede irse todo a la mierda en un solo día? Esta mañana tenía novio, trabajo y una vida completamente normal... y ahora siento que no me queda nada.

—Eh... escúchame.

Me seco las lágrimas con la manga de la sudadera y miro alrededor del apartamento. Hay cosas de Ray por todas partes. Siete años de relación repartidos por ochenta metros cuadrados.

—No sé qué voy a hacer.

—Lo primero, respirar. Lo segundo, dejar de pensar que tu vida se ha acabado porque te prometo que no es así.

Suelto una risa amarga.

Fácil decirlo desde California, donde tiene un prometido increíble, un trabajo que le encanta y vistas al Pacífico.

Aunque, siendo justa, hace un año era ella la que estaba hecha polvo por culpa de su ex y yo la que intentaba convencerla de que su vida no se había terminado.

Maldito karma.

Al otro lado de la línea se hace un pequeño silencio y estoy a punto de preguntarle si sigue ahí cuando vuelve a hablar.

—Wendy... ¿Qué te parecería venirte a California este verano? Acabo de darme cuenta de que aquí hay un trabajo perfecto para ti.

Tendrías alojamiento, estarías cerca de mí y podrías empezar de cero mientras decides qué hacer con tu vida.

Parpadeo.

Creo que el vino me ha frito la claridad mental.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Ven a Golden Cove.

Me incorporo un poco en el sofá, apartándome la manta de las piernas.

—No sé si es buena idea irme ahora, tal y como están las cosas. Ray ha dicho que necesita tiempo. Supongo que tendremos que hablar cuando se haya aclarado.

Mila tarda unos segundos en responder.

—Wendy, ¿tú crees de verdad que te ha pedido tiempo?

Frunzo el ceño.

—Es literalmente lo que ha dicho.

—No te he preguntado qué ha dicho. Te he preguntado qué crees tú.

Bajo la mirada hacia mi copa.

Y odio que me haga esa pregunta porque conozco la respuesta.

Pienso en el último año. En cómo desde el verano pasado empecé a notar que Ray estaba cada vez más distante. En los planes que dejamos de hacer, las conversaciones que se hicieron más cortas y todas esas pequeñas cosas que fui atribuyendo al trabajo, al cansancio o simplemente a llevar casi siete años juntos.

Lo había notado.

Simplemente no había querido preguntarme qué significaba.

—Creo que me ha dejado —digo finalmente.

Las palabras me hacen un daño completamente distinto al decir las en voz alta.

Mila no intenta contradecirme.

—Yo también.

Me seco otra lágrima.

—Pues podría haber tenido la decencia de utilizar la palabra *ruptura*.

—Quizá ni siquiera él está preparado para admitirlo.

—Fantástico. Pues ya lo admito yo por los dos.

Me quedo mirando las cosas de Ray repartidas por el apartamento y algo termina de asentarse dentro de mí.

No voy a esperar a que vuelva dentro de una semana para confirmar algo que los dos sabemos.

Después de casi siete años, Ray y yo hemos terminado.

Joder.

Creo que necesito más vino.

—Háblame de California —murmuro.

—Kai necesita una niñera para Imogen durante el verano. María, la mujer que la cuida habitualmente, se marcha a El Salvador con su familia y él estaba diciendo precisamente ahora que necesita encontrar a alguien de confianza. Sé que tú serías perfecta para este trabajo.

Kai.

Conozco el nombre, claro. Es el socio de Nash en el resort Golden Dolphin y Mila me ha hablado de él suficientes veces como para que tenga una imagen bastante definida en mi cabeza, aunque no lo conozca en persona. Sé que tiene una hija, que está divorciado y que, según Mila, trabaja demasiado.

También sé que es uno de los mejores amigos de Nash.

Hasta ahí llega mi exhaustivo conocimiento sobre mi posible futuro jefe.

—¿Y Kai estará dispuesto a dejarme a cargo de su hija sin haberme visto en su vida?

—Eres mi mejor amiga, te conozco. Se te dan bien los niños y Kai estará mucho más tranquilo si deja a Imogen al cuidado de alguien de confianza que de una completa desconocida.

—Técnicamente sigo siendo una completa desconocida para él.

—Pero una desconocida con referencias excelentes.

Pongo los ojos en blanco, aunque no puedo negar que la idea empieza a parecerme un poco menos disparatada.

Además, Mila tiene razón en una cosa: se me dan bien los niños. Quizá porque con ellos nunca he sentido la necesidad de fingir que tengo la vida más ordenada de lo que realmente la tengo. Los niños quieren jugar, hacer preguntas incómodas, aprender cosas nuevas y cambiar de actividad cuando la anterior deja de interesarles. Básicamente, son mi público ideal.

Durante la universidad trabajé varios años como niñera y, durante un tiempo, también ayudé con las actividades infantiles de un centro comunitario. Me encantaba estar con los niños. Siempre se me han dado bien, probablemente porque tengo una paciencia infinita para algunas cosas y absolutamente ninguna para otras. Lo fui dejando porque necesitaba un trabajo más estable y terminé en la restauración casi sin darme cuenta.

Como casi todo en mi vida.

Empiezo una cosa, me entusiasmo, encuentro otra, cambio de dirección y, cuando quiero darme cuenta, estoy haciendo algo completamente distinto a lo que había imaginado.

Quizá por eso, mientras Mila sigue hablándome de California, de Imogen y de empezar de cero durante un par de meses, la idea empieza a gustarme.

Hace unas horas ni siquiera sabía que necesitaba empezar de cero.

Ahora parece que no me queda otra opción.

El restaurante va a cerrar. Ray y yo hemos terminado. Y, por primera vez en casi siete años, no tengo ningún plan para lo que viene después.

Es aterrador.

Pero también hay una parte muy pequeña de mí, enterrada debajo de toda la tristeza y las ganas de beberme el resto de la botella, que empieza a preguntarse si quizá no tener un plan tiene algo de bueno.

Podría quedarme en Nueva York, buscar otro trabajo en cualquier restaurante y seguir haciendo exactamente lo mismo que hacía antes, solo que sin Ray.

O podría irme a California durante un par de meses.

Estar con Mila. Trabajar. Conocer un lugar nuevo. Darme tiempo para descubrir qué coño quiero hacer con mi vida ahora que ya no tengo una relación de siete años formando parte de cada decisión.

Respiro hondo.

—Está bien, acepto el trabajo. ¿Cuándo empiezo?

2



Kai

—No.

Nash levanta la vista desde el otro lado de mi escritorio.

—Ni siquiera has terminado de leerlo.

—No necesito terminarlo.

—Llevas treinta segundos con el currículum.

—Han sido suficientes.

Dejo las dos hojas impresas sobre la mesa y las empujo hacia él. Nash ni siquiera se molesta en cogerlas.

Vuelvo a mirar el currículum.

Wendy Collins, treinta y un años, Nueva York.

La fotografía de la esquina muestra a una mujer rubia, de ojos claros y una sonrisa enorme. Parece simpática. Muy simpática, de hecho.

El problema empieza justo debajo.

Ha trabajado los últimos años como encargada en un restaurante de Manhattan, antes fue camarera en otros dos establecimientos, asistente administrativa durante seis meses, dependienta en una librería, niñera para varias familias mientras estudiaba y monitorea de actividades infantiles en un centro comunitario.

También empezó una carrera universitaria que no terminó.

Y, por algún motivo que se me escapa, tiene cursos de fotografía, diseño de interiores y nutrición.

Vuelvo a levantar la mirada.

—¿Esta es tu recomendación?

—Es la mejor amiga de Mila.

—Eso no responde a mi pregunta.

—A mí me parece que sí.

Me recuesto en la silla.

—Necesito una persona que cuide de mi hija, Nash. No alguien que todavía esté intentando decidir qué quiere ser de mayor.

—Tiene experiencia cuidando niños.

—Hace años.

—Los niños no han cambiado tanto desde entonces.

—No estamos hablando de niños, estamos hablando de Imogen.

La sonrisa desaparece ligeramente de su cara.

Sé que estoy siendo difícil.

También sé que me da igual.

María lleva con nosotros desde que Imogen tenía tres años. Conoce sus horarios, sabe qué le gusta comer, cuándo necesita que la dejen tranquila y cuándo está a punto de hacer alguna travesura.

aunque ponga cara de absoluta inocencia. Nunca he tenido que preguntarme si mi hija está bien cuando se queda con ella.

Y ahora María necesita pasar el verano en El Salvador.

Por supuesto que le he dicho que vaya. Su madre lleva meses con problemas de salud y su familia la necesita. Ni siquiera me plantearía pedirle que se quedara.

Pero eso me deja con un problema considerable.

Dentro de pocos días empiezan las vacaciones escolares y yo dirijo uno de los resorts más grandes de la costa oeste.

No puedo improvisar con la persona que va a cuidar de mi hija.

—Mila confía en Wendy —insiste Nash—. Y yo confío en Mila. Venga, dale una oportunidad. Te va a encantar.

—No necesito que me encante. Necesito que sea responsable.

—Una cosa no excluye la otra.

Señalo el currículum.

—Ha cambiado de trabajo siete veces.

—Tiene treinta y un años. Siete trabajos tampoco son tantos.

—Y dejó la universidad.

—¿Y eso qué tiene que ver con que sea capaz de cuidar de Imogen?

Nada.

Sé que estoy juzgándola sin conocerla y que un currículum de dos páginas no dice demasiado sobre una persona, pero estamos hablando de Imogen. No hay nada en el mundo que me importe más que mi hija.

Cuando Olivia y yo nos separamos y acordamos que Imogen viviría conmigo, tomé una decisión: ella sería siempre mi prioridad. Dejé atrás el surf, las noches que terminaban al amanecer y esa vida

en la que podía hacer lo que me diera la gana sin tener que pensar en nadie más. No fue un sacrificio. Ni siquiera lo sentí como tal. Simplemente dejé de ser el centro de mi propia vida porque ese lugar pasó a ocuparlo ella.

Desde entonces, prácticamente todas las decisiones importantes que tomo empiezan y terminan en la misma pregunta: ¿es lo mejor para Imogen?

Así que sí, puede que esté siendo injusto con Wendy Collins.

Pero elegir a la persona con la que voy a dejar a mi hija durante horas cada día no es precisamente una situación en la que me apetezca concederle a alguien el beneficio de la duda.

Sin embargo, conozco a Mila. Sé que puedo confiar en ella y que jamás pondría a Imogen en manos de alguien que no considerara adecuado. Así que supongo que puedo dejar a un lado mis prejuicios y confiar en su criterio por una vez.

Exhalo despacio y vuelvo a mirar el currículum.

—Está bien. Que venga.

Nash sonríe.

—Menos mal.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Porque Mila ya le había dicho que el trabajo era suyo.

Levanto lentamente la mirada.

—¿Antes de hablar conmigo?

—Ya sabes que es una mujer con mucha confianza en sí misma.

—Eso no es confianza. Es tomar decisiones por los demás.

Nash sonríe.

—También es una mujer muy persuasiva.

—Eso sí te lo concedo.

Vuelvo a mirar el currículum de Wendy y niego con la cabeza. Espero que, además de confianza en sí misma, Mila tenga buen ojo para elegir niñeras.

3



Wendy

En algún momento entre bajar del avión y salir del aeropuerto de San Diego empiezo a pensar que quizá cruzar el país para vivir durante dos meses en casa de un hombre al que no conozco no ha sido la peor decisión de mi vida.

Desde luego, está bastante arriba en la lista de las más impulsivas.

Pero no necesariamente de las peores.

—¡Wendy!

Localizo a Mila entre la gente justo a tiempo de que se lance sobre mí.

—Joder, cómo te he echado de menos.

La abrazo con tanta fuerza que se ríe contra mi hombro.

—Yo también te he echado de menos.

Y entonces me echo a llorar.

Otra vez.

—No —protesto, separándome de ella para secarme rápidamente las mejillas—. Había decidido que hoy no iba a llorar.

Mila sonrío y vuelve a abrazarme, esta vez con más suavidad.

Hace dos semanas que Ray se marchó del apartamento.

Y hace cuatro días que confirmó lo que yo ya sabía.

Me llamó para decirme que pasaría a recoger sus cosas antes de que me marchara a California. Al final resultó que aquel «necesito tiempo» solo había sido su forma de retrasar una conversación que ninguno de los dos quería tener.

Ray no quería tiempo.

Quería terminar nuestra relación.

Nos sentamos en el mismo sofá donde me había pedido espacio y, esta vez, al menos tuvo el valor de decirlo claramente. Que llevaba meses sintiendo que algo había cambiado. Que me quería, pero ya no de la misma manera. Que lo sentía.

Yo también dije unas cuantas cosas. Algunas bastante razonables. Otras que probablemente no aparecerían en ningún manual sobre cómo terminar una relación de forma madura.

Después lo ayudé a guardar casi siete años de vida compartida en cajas.

Fue una mierda.

Una mierda monumental.

Pero cuando cerró la puerta por última vez, al menos sentí que había cerrado una etapa.

Eso no significa que haya dejado de doler.

Durante estas dos semanas he conseguido alternar sorprendentemente bien entre estar furiosa con él, echarlo tanto de menos que me cuesta respirar y convencerme de que estoy perfectamente.

No estoy perfectamente.

Pero ahora mismo tengo a mi mejor amiga delante después de casi un año sin verla en persona y, desde que todo se fue a la mierda, siento algo que se parece bastante a estar contenta.

Cuando salimos del aeropuerto, el calor me golpea de lleno. Me quito la chaqueta que llevaba atada a la cintura y levanto la cara hacia el cielo completamente azul.

Palmeras.

Sol.

Un aire cálido que huele distinto al de Nueva York.

California.

Estoy realmente en California.

Mila me guía hasta el aparcamiento y, después de conseguir encajar mis maletas en el maletero, nos subimos al coche.

Durante los primeros minutos apenas hablamos. Yo estoy demasiado ocupada mirando por la ventanilla como una turista que acaba de descubrir que las palmeras existen fuera de Instagram.

Todo parece más luminoso aquí. Más abierto. Incluso el cielo parece ocupar más espacio.

No sé si es California o el simple hecho de estar a miles de kilómetros del apartamento que compartía con Ray, pero noto algo extraño en el pecho.

No felicidad exactamente.

Todavía no he llegado tan lejos.

Pero sí una especie de alivio.

—Bueno —dice Mila cuando llevamos unos minutos en carretera—, te pongo al día. Kai está fuera por un viaje de negocios. En principio llega esta noche, pero bastante tarde, así que seguramente

ya estarás durmiendo cuando lo haga. Imogen está con Nash en casa y se muere de ganas de conocerte.

—Perfecto. Así tengo unas horas para caerle bien a su hija antes de enfrentarme al jefe.

—Lo harás. Le he hablado mucho de ti. Le vas a encantar.

No sé por qué, pero eso consigue ponerme un poco nerviosa. He cuidado niños antes y siempre me han gustado, pero esto es diferente. Durante los próximos dos meses voy a formar parte de la vida de esa niña prácticamente a diario y, además, voy a vivir bajo su mismo techo.

Con ella y con su padre.

—Tendrás tu propia habitación —continúa Mila—. Kai ya explicará todo lo que necesites saber. Horarios, rutinas de Imogen, esas cosas. En verano su agenda puede ser bastante imprevisible, por eso necesitaba que te quedaras en la villa.

—Sí, eso ya lo hablamos.

Asiento mientras vuelvo a mirar por la ventanilla. Pasa otro minuto antes de que una pregunta salga de mi boca con absoluta naturalidad.

—¿Y Kai tiene novia?

Mila gira la cabeza hacia mí.

—Llevamos siete minutos en el coche.

—Es una pregunta administrativa.

—¿Administrativa?

—Voy a vivir en su casa. Necesito conocer la situación.

—No tiene novia.

—Vale. Información recibida.

En realidad, llevo haciéndome esa pregunta desde que Mila me habló del trabajo, porque Kai Harlow es muy, muy atractivo.

Lo descubrí cinco minutos después de colgar el teléfono, cuando hice lo que habría hecho cualquier mujer sensata en mi situación: buscarlo en Instagram.

Pelo oscuro, ojos azules, mandíbula marcada y ese aire serio de hombre que probablemente jamás ha perdido las llaves de casa ni se ha olvidado de pagar una factura.

Exactamente lo contrario a mí.

No es que piense en él *de esa forma*. Acabo de salir de una relación de casi siete años y Kai va a ser mi jefe, además del padre de la niña a la que voy a cuidar. Tengo clarísimo que no pienso mezclar las cosas.

Pero una cosa es no pensar acostarme con tu jefe y otra muy distinta no tener ojos.

Golden Cove resulta todavía más bonito de lo que parecía en las fotografías que Mila me ha enviado durante el último año.

El Golden Dolphin se alza frente al océano, enorme y elegante, rodeado de jardines y palmeras. Más allá se extiende una playa de arena clara y, detrás, un Pacífico tan azul que parece que alguien ha subido demasiado la saturación.

—No puedo creer que vivas aquí, Mila. Ahora mismo te odio un poco.

Ella se ríe.

—No puedo culparte. Mi vida se ha vuelto bastante odiosa.

Las villas están en una zona más privada, separadas del edificio principal del resort. Cuando Mila aparca frente a la de Kai, me quedo unos segundos mirando la casa.

Es grande, moderna y luminosa, con enormes ventanales y una terraza desde la que se alcanza a ver el océano entre las palmeras.

—¿Voy a vivir aquí? —pregunto sorprendida.

—Durante todo el verano.

—¿Y además me van a pagar?

Mila se baja del coche.

—Esa suele ser la idea cuando aceptas un trabajo.

—Solo quiero asegurarme. Empiezo a sospechar que en algún momento van a pedirme un riñón.

Mila se ríe.

—Vamos, anda.

Sonrío mientras salgo del coche y vuelvo a mirar la villa.

Dos meses aquí.

—Creo que California y yo vamos a llevarnos bastante bien.

Mila abre la boca para responder, pero la puerta de la villa se abre antes de que pueda hacerlo.

—¡Mila!

Una niña sale disparada hacia nosotras y baja los escalones de la entrada casi corriendo.

La reconozco enseguida por todas las fotos que Mila me ha enseñado. Imogen tiene ocho años, el pelo castaño largo y una de esas caras expresivas en las que resulta bastante fácil saber qué está pensando. Ahora mismo, por la sonrisa enorme con la que viene directa hacia nosotras, parece encantada de tener visita.

Detrás de ella, Nash baja los escalones con bastante menos entusiasmo.

Es tan guapo que resulta difícil no apreciarlo incluso de un simple vistazo. Mi amiga tuvo bastante suerte cuando vino a California por trabajo y acabó enamorándose de uno de sus clientes. Aunque, teniendo en cuenta todo lo que me ha contado sobre cómo empezó su relación, probablemente ella no utilizaría la palabra «suerte».

A Nash ya lo conozco, aunque solo a través de las videollamadas con Mila. Hemos hablado unas cuantas veces durante el último año y parece un buen tipo.

—¡Eh! —protesta él cuando Imogen baja otro escalón de un salto—. ¿Qué hemos dicho sobre bajar las escaleras así?

—¡Que no lo haga! —exclama Imogen mientras salta el último.

—Veo que ha entendido perfectamente la norma —comento.

Nash niega con la cabeza, resignado.

—Entenderla sí. Hacerme caso ya es otro asunto.

Imogen llega hasta Mila y se lanza a sus brazos. Mi amiga la recibe riéndose y le da un beso en la cabeza antes de señalarme.

—Imogen, mira quién ha llegado.

La niña se separa de ella y clava sus ojos en mí. Durante unos segundos me examina de arriba abajo sin el menor disimulo.

—Tú eres Wendy.

—Eso pone en mi documentación.

—Vas a vivir conmigo.

—También me han informado de eso.

—Y vas a cuidarme mientras María está en El Salvador.

—Ese es el plan.

Parece meditarlo unos segundos, como si estuviera valorando si cumplo los requisitos para ocupar temporalmente el puesto de María.

—¿Te gustan los niños?

—Mucho.

—¿Y los helados?

—Todavía más.

Su expresión se ilumina.

—Me caes bien.

—Imogen —dice Nash entre risas—, quizá deberías darle algo más de tiempo antes de decidirlo.

—¿Por qué? Le gustan los niños y los helados. ¿Qué más necesito saber?

—Es un argumento difícil de rebatir —digo.

—¿Ves? —Imogen mira a Nash, satisfecha—. También está de acuerdo conmigo.

—Lleva aquí treinta segundos y ya sois un equipo. Esto promete. Imogen sonríe y vuelve a mirarme con curiosidad.

—Mila también me ha contado que tu novio te dejó.

La amistad ha sido bonita mientras ha durado.

—Imogen —la reprende Nash.

—¿Qué? Es verdad.

Giro lentamente la cabeza hacia Mila.

—Me alegra comprobar que mi desgracia sentimental ha tenido una buena distribución por toda California.

Poco después entramos en la villa. Nash se ocupa de mis maletas mientras Imogen se adjudica oficialmente el puesto de guía

turística y empieza a enseñarme la casa.

Habla tan deprisa que apenas consigo seguir todas sus explicaciones mientras me lleva de una habitación a otra. Mila camina detrás de nosotras, divertida, y yo intento asimilar que este lugar enorme, luminoso y con vistas al océano va a ser mi casa durante los próximos dos meses.

Cuando Imogen me coge de la mano para enseñarme mi habitación, no puedo evitar sonreír.

Definitivamente, creo que voy a estar bien aquí.

Cuando por fin consigo que Imogen se duerma, compruebo en el reloj que son las once. Según Mila, debería estar durmiendo desde las nueve, pero entre la emoción de conocerme, enseñarme absolutamente todos los rincones de la casa y explicarme con todo detalle cómo piensa organizar nuestro verano, acostarla a su hora ha resultado misión imposible.

La verdad es que no me importa. Me lo he pasado genial con ella y, si tenía alguna duda sobre aceptar este trabajo, ha desaparecido por completo.

Eso sí, estoy agotada.

Kai todavía no ha llegado y, según Mila, su vuelo aterrizaba bastante tarde, así que probablemente ni siquiera lo conozca hasta mañana. Decido aprovechar para darme una ducha rápida y meterme en la cama.

Diez minutos después cierro el grifo, cojo una toalla y entonces me doy cuenta de un pequeño detalle.

Me he dejado el pijama en la habitación.

Me envuelvo en la toalla y asomo la cabeza al pasillo. La casa está completamente en silencio, Imogen duerme y Kai sigue fuera.

No puede pasar nada.

Salgo del baño y, justo en ese preciso instante, como por una broma maquiavélica del destino, escucho abrirse la puerta de entrada en el piso de abajo.

Me quedo paralizada.

No hace falta ser especialmente lista para saber quién acaba de llegar.

Mierda.

Miro la puerta de mi habitación, a apenas unos metros al otro lado del pasillo. Solo tengo que llegar hasta allí antes de que Kai suba.

Fácil.

Aprieto la toalla contra el pecho y echo a andar.

Entonces escucho sus pasos en la escalera.

Más rápido.

Estoy prácticamente delante de mi habitación cuando los pasos se detienen.

—¿Wendy?

Mierda.

Cierro los ojos un segundo antes de girarme.

Kai acaba de llegar al piso de arriba y está parado en el último escalón, con una mano todavía apoyada en la barandilla.

Y ahí está.

Kai Harlow.

Mi nuevo jefe.

Y, por supuesto, la primera vez que nos vemos estoy desnuda debajo de una toalla.

Por si fuera poco, en persona es mucho más atractivo que en las fotos.

Lleva pantalones de traje y una camisa blanca con las mangas remangadas hasta los antebrazos. Tiene el pelo oscuro ligeramente revuelto, como si se hubiera pasado la mano por él demasiadas veces durante el viaje, y una sombra de barba le marca la mandíbula. Pero son sus ojos azules los que convierten todo el conjunto en algo francamente injusto.

Y, por la forma en que esos ojos se detienen en mí durante un segundo más de lo necesario, parece que la sorpresa es mutua.

Kai termina de subir el último escalón sin apartar la mirada de mí.

Genial.

—Esto... hola. Y perdón —digo con evidente nerviosismo—. Me he olvidado el pijama en la habitación y, como no había nadie en casa, no pensé que fueras a llegar justo ahora. Mila me dijo que volverías bastante más tarde.

—Terminé la reunión antes y decidí adelantar el vuelo—explica.

—Claro. Qué oportuno. Para los dos.

—Pero tienes que disculparte. Esta también es tu casa ahora, ¿no?

Bueno. Eso es sorprendentemente amable.

—Gracias. Aunque intentaré que llevar ropa forme parte de nuestra convivencia a partir de ahora.

—Por mí no es necesario que lo hagas.

—¿Perdón?

Parpadeo, un poco confusa, y noto cómo el calor me sube inmediatamente a las mejillas.

¿Eso ha sido una especie de flirteo?

Joder, llevo siete años fuera del mercado. Estoy oxidada.

Kai mantiene la mirada fija en mi cara, pero estoy bastante segura de que sus ojos bajan más de una vez hacia lugares donde no deberían.

—Quiero decir... —Se aclara la garganta— que no tienes por qué sentirte incómoda por esto. He visto gente en toalla antes.

—Qué alivio. Me preocupaba haberte expuesto a una experiencia completamente nueva.

Esta vez sí sonrío.

Y, joder.

No debería hacerlo.

Si serio ya es atractivo, cuando sonrío se le suavizan las facciones y aparece una pequeña arruga junto a sus ojos que consigue que lo sea todavía más.

—Creo que voy a vestirme —digo, antes de quedarme demasiado tiempo contemplándolo.

—Probablemente sea buena idea. Y descansa. Ha sido un día largo. Ya hablaremos mañana por la mañana con calma.

—Perfecto. Creo que ya he tenido suficientes emociones por hoy.

La comisura de sus labios vuelve a curvarse.

Me giro y recorro los pocos metros que me separan de mi habitación, sujetando bien la toalla. Antes de cerrar la puerta tengo la incómoda sensación de que Kai sigue mirándome.

No me giro para comprobarlo.

Principalmente porque, si resulta que está mirándome el culo, prefiero vivir con la duda.

4



Kai

Cierro la puerta de mi habitación y me apoyo contra ella durante unos segundos, con los ojos cerrados.

Joder.

Wendy Collins.

La niñera que se supone que iba a ser solo «la mejor amiga de Mila». La mujer del currículum caótico. La que acaba de aterrizar esta tarde y que, en menos de cinco minutos, ha conseguido provocarme una erección.

La imagen se me queda grabada detrás de los párpados: el pelo rubio todavía húmedo, la toalla blanca apretada contra el pecho, las gotas de agua resbalando por su cuello y por la curva de sus hombros. Las piernas desnudas. Esa pequeña sonrisa nerviosa cuando se dio cuenta de que yo la estaba mirando de más.

Y esa puta frase.

«Intentaré que llevar ropa forme parte de nuestra convivencia a partir de ahora.»

Y yo, idiota de mí, respondiendo:

«Por mí no es necesario que lo hagas.»

Todavía no sé de dónde salió eso. Llevo años sin coquetear con nadie. Llevo años sin pensar en nadie de esa forma. Y de repente aparece ella, envuelta en una toalla, y mi boca decide que es el momento perfecto para soltar una estupidez.

Me paso las manos por la cara y camino hasta el baño. Me ducho con el agua más fría que aguanto, intentando borrar la imagen. No funciona. Cada vez que cierro los ojos la vuelvo a ver: la forma en que apretaba la toalla, el rubor subiéndole por el pecho, la manera en que sus ojos verdes me miraron cuando sonreí.

Salgo de la ducha, me seco a medias y me meto en la cama solo con los bóxers. Apago la luz. El techo queda en penumbra.

Imogen duerme dos puertas más allá. Wendy, también. La hemos instalado en una de las habitaciones de invitados que estaban libres. No quería que ocupara la de María durante su ausencia; esa sigue siendo su habitación y no me parecía bien que tuviera que vaciar sus cosas para dejar espacio a otra persona.

Y yo estoy aquí, con la polla tan dura que duele, pensando en la mujer que se supone que va a cuidar de mi hija durante los próximos dos meses.

Intento ser razonable.

Es la niñera.

Acaba de salir de una relación larga, según me contó Nash.

Es la mejor amiga de Mila.

Vive bajo mi techo.

Ninguna de esas frases consigue que mi cuerpo se calme.

Me paso la mano por el pecho, bajando despacio hasta el borde de los bóxers. La tela está tensa. Suelto un suspiro y me los bajo lo justo para sacar la polla.

Está caliente, gruesa, completamente dura. La envuelvo con la mano y empiezo a masturbarme despacio, con movimientos firmes y largos.

Cierro los ojos y la imagino.

Imagino que en lugar de irse a su habitación se hubiera quedado. Que la toalla se le hubiera resbalado un centímetro más. Que yo hubiera dado un paso hacia ella, le hubiera quitado la toalla con una sola mano y la hubiera empujado contra la pared del pasillo.

Imagino mis labios en su cuello, saboreando su piel húmeda por la ducha. Mis manos bajando por su espalda desnuda hasta agarrarle el culo. Ella gimiendo bajito para no despertar a Imogen.

Aprieto más la mano y acelero el ritmo.

La imagino de rodillas en el suelo, mirándome con esos ojos claros mientras me chupa la polla. La lengua caliente rodeando la cabeza, la saliva resbalando por mi longitud. Sus manos en mis muslos. El sonido húmedo de su boca subiendo y bajando.

—Joder... —susurro contra la almohada.

Mi mano se mueve más rápido. El placer se concentra en la base de la columna y sube con cada embestida de mi puño.

La imagino debajo de mí, en esta misma cama. Las piernas abiertas. El coño preparado. Yo hundido dentro de ella de un solo empujón, sintiendo cómo me aprieta. Follándola despacio al principio, luego más fuerte, más profundo, hasta que se corre alrededor de mi polla mordiéndose el labio para no gritar.

El orgasmo me golpea de golpe.

Me corro con un gruñido ahogado. El placer me recorre el cuerpo en oleadas, intensas y sucias, hasta que me quedo jadeando contra la almohada, con el corazón latiéndome en los oídos.

Durante un rato no me muevo.

Solo respiro.

Cuando por fin abro los ojos, la realidad vuelve a instalarse.

Acabo de correrme pensando en la niñera de mi hija.

En la mujer que lleva menos de doce horas en mi casa.

Esto no puede pasar otra vez.

Wendy no es una mujer con la que me haya cruzado en un bar y a la que probablemente no vuelva a ver. Está durmiendo a pocos metros de mí.

Mañana desayunará con mi hija. Pasado mañana también. Va a pasar los días con ella, acompañarla a las pocas actividades que mantiene durante el verano y formar parte de nuestra vida durante los próximos dos meses.

Imogen va a encariñarse con ella. Probablemente mucho.

Y si algo saliera mal entre Wendy y yo, no seríamos los únicos que tendríamos que convivir con las consecuencias.

Esa es la parte que consigue devolverme de golpe a la realidad.

Me limpio, me subo los bóxers y vuelvo a tumbarme mirando el techo.

Puedo sentirme atraído por Wendy. Puedo reconocer que está increíblemente buena y pensar en ella todo lo que quiera cuando estoy solo. Pero ahí termina la cosa.

Porque por encima de cualquier cosa que pueda querer yo está Imogen.

Y no pienso complicarle la vida a mi hija por una atracción que debería ser perfectamente capaz de controlar.

Wendy cuida de Imogen.

Yo soy su jefe.

Fin de la historia.

5



Kai

A la mañana siguiente bajo a la cocina poco después de las ocho y escucho la batidora antes de llegar.

Me detengo en la entrada.

Imogen está sentada en uno de los taburetes de la isla, todavía en pijama, mientras Wendy se mueve por la cocina con una soltura que resulta extraña en alguien que llegó ayer. Sobre la encimera hay fresas, plátanos, arándanos, un bote de yogur y varios ingredientes más que no alcanzo a distinguir.

Wendy lleva unos pantalones cortos y una camiseta blanca. Tiene el pelo rubio recogido en un moño desordenado y está descalza.

Una imagen bastante distinta a la de anoche.

—Te aviso de que si sabe mucho a fruta no me lo voy a beber — dice Imogen con seriedad.

—No va a saber «mucho a fruta». Estamos creando el batido oficial del verano y un batido oficial requiere cierto nivel de compromiso.

—Pero has puesto plátano.

—Porque tú has elegido poner plátano.

—Porque me has dicho que tenía que elegir una fruta.

Wendy apoya las manos en la encimera y la mira.

—Imogen, creo que necesitas revisar el concepto de «batido».

Tengo que contener una sonrisa.

Mi hija odia la fruta. No hay ninguna razón concreta para ello. Simplemente decidió hace unos años que cualquier cosa que creciera en un árbol o tuviera semillas era sospechosa y desde entonces María pelea con ella a diario.

Por eso me sorprende bastante verla coger una fresa del plato.

—¿Y si ponemos más de estas?

—Adelante. Pero si sale horrible, quiero que conste que ha sido decisión de la chef.

—La chef eres tú.

—Somos socias. No intentes cargarme toda la responsabilidad ahora.

Imogen se ríe y mete dos fresas más en la batidora.

—¿Qué estáis haciendo?

Las dos giran la cabeza hacia mí.

—¡Papá! Estamos inventando el batido oficial del verano. Wendy dice que tenemos que conseguir uno que nos guste a las dos y luego podemos ponerle un nombre.

—Y llevamos dos intentos —añade Wendy mientras señala dos vasos sobre la encimera—. El primero sabía demasiado a plátano según la señorita Harlow y el segundo ha sido declarado «aceptable, pero no increíble». Estamos atravesando un proceso creativo complicado.

Me acerco a Imogen para darle un beso en la cabeza y miro todos los restos de fruta que hay sobre la encimera.

—¿Y te los estás bebiendo?

—Tengo que probarlos para saber cuál gana.

Miro a Wendy.

—María lleva años intentando conseguir que coma fruta sin tener que negociar cada bocado.

Wendy se encoge de hombros.

—El error de María es llamarla fruta. Marketing básico.

Me río antes de poder evitarlo.

—Lo tendré en cuenta.

Wendy sonríe y nuestros ojos se encuentran. Verdes. Son verdes. Anoche ya me fijé en ellos, aunque en aquel momento había demasiadas cosas compitiendo por mi atención.

Durante un segundo vuelve a mi cabeza la imagen de ella sujetándose aquella toalla contra el pecho. Las gotas de agua deslizándose por su piel. Sus mejillas sonrojadas. La forma en que me miró después de que se me escapara aquel comentario que no debería haber hecho.

Y todo lo que imaginé después en mi habitación.

Aparto la mirada y voy hacia la cafetera.

Necesito café.

Mucho.

—¿Has dormido bien? —pregunto mientras saco una taza del armario.

—Como si me hubieran dejado inconsciente. Creo que entre el vuelo, el cambio horario y tu hija agoté ayer todas mis reservas de energía.

—¡Yo no hice nada!

Wendy se vuelve hacia ella.

—Me enseñaste cada habitación de esta casa, el jardín, la piscina, todos tus libros, tus pulseras y aproximadamente la mitad de las cosas que existen en tu dormitorio. Después me explicaste todas las películas que tenemos que ver este verano y por qué el orden es importante.

—Porque lo es.

—Eso no lo discuto. Solo digo que tienes más energía que yo y empiezo a considerarlo una provocación personal.

Imogen se ríe y vuelve a concentrarse en el batido.

Mientras preparo el café, las observo de reojo.

No sé exactamente qué esperaba encontrar esta mañana. Supongo que una parte de mí todavía conservaba las dudas que tuve cuando Nash me enseñó su currículum unas semanas atrás.

Siete trabajos. La universidad abandonada. Una trayectoria que parecía avanzar en todas las direcciones posibles excepto en una concreta.

Inestabilidad.

Eso fue lo primero que pensé cuando lo leí.

Y ahora me siento un poco idiota por haber reducido a una persona a unas cuantas líneas escritas en un papel.

Wendy no lleva aquí ni veinticuatro horas y mi hija parece conocerla desde hace meses. No le habla como si fuera mucho más pequeña de lo que es ni utiliza ese tono exageradamente entusiasta que algunos adultos adoptan con los niños. Bromea con ella, la escucha y parece saber cuándo dejar que Imogen tome una decisión y cuándo ponerle un límite sin convertirlo en una discusión.

Y, sobre todo, se nota que disfruta estando con ella.

Eso no se puede fingir.

—Prueba —dice Wendy señalando el nuevo batido.

Imogen bebe por la pajita y se queda pensativa unos segundos.

—Este sí está bueno.

—¿Bueno o digno de convertirse en el batido oficial del verano?

Mi hija vuelve a probarlo.

—Lo segundo.

—Tenemos ganador.

Wendy levanta la mano e Imogen choca la suya contra ella.

La escena es tan sencilla que no debería provocarme absolutamente nada.

Sin embargo, me quedo mirándolas con la taza a medio camino de la boca.

Hace unas semanas Wendy era una fotografía en un currículum que no me convencía.

Ayer fue una mujer espectacular envuelta en una toalla.

Hoy está en mi cocina, riéndose con mi hija mientras ambas celebran haber conseguido hacer un batido decente como si acabaran de ganar un premio.

Y, por algún motivo, esto último me afecta más que las dos cosas anteriores.

No sé muy bien qué hacer con esa sensación.

Así que hago lo que mejor se me da.

La ignoro y recuerdo que Wendy y yo todavía tenemos pendiente una conversación.

—Wendy, cuando dejes a Imogen en piano esta tarde, pásate por mi despacho. Tenemos que hablar con calma sobre el trabajo y

sobre cómo vamos a organizarnos durante el verano.

Ella asiente.

—Claro. ¿Quieres que vaya justo después de dejarla?

—Sí. La clase dura una hora, así que tendremos tiempo de sobra. Quiero explicarte algunas cosas sobre Imogen que creo que deberías saber y también dejar claros tus horarios y días libres. Que vivas aquí no significa que estés trabajando las veinticuatro horas.

—Eso último me tranquiliza. Ya estaba pensando en organizar una huelga para reclamar mis derechos laborales.

Sonríó mientras cojo la taza de café.

—Intenta esperar al menos una semana antes de organizarla.

—No prometo nada. Soy bastante reivindicativa.

Imogen sigue bebiéndose su batido mientras Wendy empieza a recoger parte del desastre que han dejado sobre la encimera.

Mila tenía razón.

Wendy le gusta a Imogen. Mucho.

Y después de verla con ella esta mañana, entiendo perfectamente por qué.

Lo que no esperaba era empezar a acostumbrarme tan rápido a verla aquí.

Ayer por la noche era una desconocida envuelta en una toalla en mitad de mi pasillo. Esta mañana está descalza en mi cocina, bromeando con mi hija y consiguiendo que coma fruta sin convertirlo en una batalla.

No lleva ni un día entero en esta casa y ya parece sentirse cómoda en ella.

Y lo extraño es que verla aquí también empieza a parecerme natural a mí.

Eso quizá debería preocuparme un poco más que lo de la toalla.

6



Wendy

Estoy sentada frente al escritorio de Kai, en uno de los despachos del Golden Dolphin, mientras él revisa mi currículum como si estuviera planteándose seriamente si devolverme a Nueva York en el próximo vuelo.

—Así que... —Levanta la mirada del papel— trabajaste como niñera durante la universidad.

—Varios años. Para tres familias distintas. Puedes llamar a cualquiera de ellas si quieres referencias.

—Ya lo he hecho.

Por supuesto que lo ha hecho.

No sé por qué me sorprende.

Este hombre tiene pinta de comprobar las referencias del fontanero antes de permitirle acercarse a un grifo.

—Entonces ya sabes que nunca perdí a ningún niño.

La comisura de sus labios se mueve ligeramente.

—Es un buen comienzo.

—Mis estándares profesionales son altísimos.

Esta vez sí sonrío.

Y vuelve a ocurrir.

Ese pequeño vuelco absurdo en el estómago.

Anoche ya descubrí que Kai Harlow está peligrosamente bueno cuando acaba de bajarse de un avión después de horas de viaje. Esta mañana he descubierto que tampoco mejora demasiado la situación cuando lleva un traje perfectamente planchado y huele bien.

Necesito dejar de fijarme en esas cosas.

Kai vuelve al currículum.

Durante los siguientes minutos repasamos mi historial laboral. O, como probablemente lo llamaría él, las pruebas documentales de que soy incapaz de mantener mi vida en una única dirección durante demasiado tiempo.

Le explico que dejé la universidad en segundo curso y que durante mucho tiempo pensé que simplemente no servía para estudiar. Me costaba concentrarme, organizarme y terminar las cosas incluso cuando me interesaban. Años después descubrí que tenía TDAH y, de repente, muchas piezas que llevaba toda la vida considerando defectuosas empezaron a encajar.

Eso no significa que desde entonces haya descubierto mi vocación ni que mi vida se haya convertido mágicamente en un ejemplo de estabilidad.

Todo lo contrario.

—Me entusiasmo mucho con las cosas —le explico—. Durante unas semanas estoy convencida de que he encontrado aquello a lo que quiero dedicar el resto de mi existencia y después aparece otra cosa que me interesa todavía más.

Kai baja la mirada hacia mi currículum.

—Cerámica.

—Tres semanas. Hice un cuenco.

—Fotografía.

—Dos meses. Bastante bien, teniendo en cuenta mi historial.

Sigue bajando por la página.

—Italiano.

—Todavía sé pedir un Aperol Spritz. No considero que haya sido tiempo perdido.

Se le escapa una risa.

Pequeña, pero una risa.

Me siento extrañamente orgullosa.

—¿Y ahora? —pregunta.

—¿Mi última obsesión?

Asiente.

—Crochet.

Kai me observa.

—¿Crochet?

—Llevo quince días. Ya he comprado lana suficiente para abrir una mercería y todavía no sé hacer un cuadrado.

Niega con la cabeza, divertido, y deja por fin el currículum sobre la mesa.

Seguimos hablando un rato más y, poco a poco, la conversación deja de parecer una entrevista. Kai me explica cómo suelen organizarse durante el verano y yo le cuento algo más sobre los años en los que trabajé cuidando niños. Me pregunta cómo gestionaba las rabietas, los conflictos o los días en los que un niño

simplemente decide que no piensa colaborar con absolutamente nada.

Ahí ya no bromeo tanto.

Me gustan los niños. Siempre me han gustado.

No sé muy bien por qué nunca me planteé seriamente hacer algo relacionado con ellos. Supongo que acabó guardado en el mismo cajón que tantas otras cosas que he ido dejando por el camino.

Cuando empezamos a hablar de Imogen, soy yo quien empieza a hacer preguntas.

Quiero saber qué le gusta, qué cosas le cuestan, qué normas tiene en casa y cuáles son importantes para Kai. Le pregunto por sus amigos, por cómo lleva los cambios, por sus comidas favoritas y por las que odia (la fruta ya ha quedado bastante clara esta mañana), por las actividades que mantiene durante las vacaciones y por cómo suelen organizar sus días.

Kai responde a todo.

Me cuenta que Imogen lleva tiempo tocando el piano y que le encanta, aunque proteste algunos días cuando tiene que ir a clase. Que adora el agua, las películas y cualquier plan que implique salir de casa. También me explica pequeñas rutinas que no aparecen en ninguna lista: cosas que la tranquilizan cuando está enfadada, lo mucho que le cuesta acostarse cuando está emocionada y la facilidad con la que puede convencerse de retrasar la hora de dormir si le das margen.

Eso último ya lo descubrí ayer.

Para cuando terminamos de hablar sobre ella, ha pasado casi media hora y el currículum lleva bastante tiempo olvidado sobre el escritorio.

—Hay otra cosa que deberías saber —dice Kai entonces—. Imogen pasa quince días con su madre en agosto.

Sabía que estaba separado, pero es la primera vez que menciona directamente a su ex.

—¿Quince días seguidos?

—En teoría.

Hay algo en su tono que me hace prestar más atención.

—¿Qué significa «en teoría»?

Kai se recuesta ligeramente en la silla.

—Olivia, mi ex, es violinista y pasa buena parte del año de gira. Imogen vive conmigo, pero su madre intenta pasar tiempo con ella cuando su agenda se lo permite y, en verano, suele reservarse quince días para tenerla. El problema es que su trabajo es bastante imprevisible y tiene la mala costumbre de aceptar conciertos o cambiar sus planes en el último momento. El verano pasado, por ejemplo, tenía que pasar dos semanas con Imogen y terminó cancelándolas porque le salieron unas fechas en Berlín y un festival en Italia. —Hace una pequeña pausa y su expresión se endurece—. No fue la primera vez. Por eso este año prefiero que no cuentes con esas dos semanas como vacaciones hasta que Olivia confirme que realmente va a llevársela. Si cumple con las fechas, por supuesto serán libres para ti y seguirás cobrando exactamente lo mismo.

Asiento despacio.

—Entendido. No haré ningún plan que no pueda cambiar.

—Gracias. —Kai guarda silencio unos segundos antes de añadir—. Y hay otra cosa. Si Olivia vuelve a cancelar algún plan y ves que Imogen se enfada o dice cosas que no parecen propias de ella, intenta tener un poco de paciencia. Adora a su madre y siempre espera con muchas ganas esos días con ella. Precisamente por eso le afecta tanto cuando no suceden.

Esa última frase cambia por completo el tono de la conversación.

Hasta ahora Kai me había hablado de horarios, piano, comidas y rutinas. Cosas prácticas.

Esto es diferente.

Esto es un padre intentando proteger a su hija incluso de algo que no puede controlar.

—Lo tendré en cuenta —le digo—. Y si vuelve a pasar, intentaré darle su espacio y estar pendiente de cómo está. Si veo que te necesita, te avisaré.

Kai asiente y durante unos segundos se queda mirándome. No sé qué busca exactamente en mi cara, pero tengo la sensación de que esta conversación era bastante más importante para él que comprobar si sé preparar desayunos o llevar a una niña a tiempo a sus actividades.

Y lo entiendo.

Imogen es lo más importante de su vida. Eso ha quedado bastante claro en la última media hora.

Seguimos hablando un rato más. Acordamos mis horarios de forma bastante flexible porque durante el verano los días de Imogen cambian mucho dependiendo de los planes que tenga y del trabajo de Kai. También me deja claro que vivir en su casa no significa estar disponible las veinticuatro horas y que tendré tiempo libre suficiente para hacer mi propia vida.

Algo que, ahora que lo pienso, no tengo muy claro en qué consiste.

Mi vida hasta hace unas semanas era Ray, el restaurante, nuestro apartamento y los mismos planes que llevaba haciendo durante años.

Ahora estoy en California, viviendo con un hombre al que conocí anoche en toalla y trabajando como niñera después de no cuidar profesionalmente de un niño desde la universidad.

Si alguien me hubiera contado esto hace un mes, habría pensado que estaba describiendo la vida de otra persona.

—Creo que eso es todo —dice Kai finalmente.

Miro el currículum que sigue sobre su escritorio.

—Entonces ¿he aprobado la entrevista que debería haber hecho antes de cruzar el país?

Kai se recuesta en la silla y me observa con esa expresión seria que empieza a parecerme menos intimidante ahora que sé que puedo conseguir que desaparezca si digo suficientes tonterías.

—Todavía no he decidido qué opino sobre lo del crochet.

—Eso es porque no has visto mi trabajo.

—Has dicho que todavía no sabes hacer un cuadrado.

—Precisamente. Mi obra está en una fase muy conceptual.

Se ríe.

No una de esas pequeñas sonrisas que intenta contener, sino una risa de verdad, y durante un instante me quedo mirándolo más de lo necesario.

Error.

Kai Harlow serio ya es un problema.

Kai Harlow riéndose es directamente una irresponsabilidad.

—Bueno, será mejor que vaya a buscar a Imogen antes de que termine su clase —digo mientras me levanto y cojo el bolso.

—Nos vemos luego.

Me despido y salgo del despacho.

Mientras camino de vuelta a por Imogen, intento no pensar demasiado en la sonrisa de Kai.

Es mi jefe. Vivo en su casa y estoy aquí para cuidar de su hija, no para tener pensamientos prohibidos que impliquen averiguar si besa tan bien como imagino.

7



Wendy

Cuando termina la clase de piano de Imogen, tengo un plan.

Bueno, más o menos.

Mientras esperaba a que saliera he buscado en el móvil algunas actividades para hacer con niños de ocho años durante el verano. No porque crea que necesite entretenerla cada segundo del día, sino porque me gustaría demostrar durante al menos una semana que contratarme no ha sido una decisión terrible.

Mi lista incluye montar un cine al aire libre en el jardín, hacer una búsqueda del tesoro por Golden Cove y construir algo llamado «hotel para insectos» que parece sospechosamente complicado para alguien que suspendió Tecnología en el instituto. También he guardado varias actividades que Internet insiste en calificar como «educativas y divertidas», una combinación de palabras que me genera ciertas dudas.

No llego a proponer ninguna.

Imogen sale de su clase con la mochila colgada de un hombro y anuncia que esta tarde va a enseñarme el pueblo de Golden Cove. Al

parecer, mis actividades cuidadosamente seleccionadas en Internet tendrán que esperar.

Salimos del resort caminando. El centro está bastante cerca y, durante el trayecto, Imogen me explica con entusiasmo que lleva toda la vida viviendo aquí y conoce prácticamente cada rincón del pueblo. Decido confiar en mi guía turística de ocho años.

No tardamos demasiado en llegar.

Golden Cove es exactamente la clase de lugar que uno espera encontrar en la costa de California. Calles llenas de pequeñas tiendas y cafeterías, casas bajas, terrazas abarrotadas y gente que parece haber decidido colectivamente que las chanclas constituyen un calzado apropiado para cualquier ocasión.

El océano aparece al final de algunas calles y el aire huele a sal, protector solar y comida de algún restaurante cercano. Después de Nueva York, todo resulta extrañamente tranquilo.

Imogen me lleva primero hasta el paseo marítimo y, a partir de ahí, empieza el verdadero recorrido.

Descubro enseguida que su concepto de «enseñarme Golden Cove» no tiene demasiado que ver con el de una guía turística. Pasamos por delante de lugares que ni siquiera menciona y, en cambio, se detiene para señalarme el parque al que suele ir con sus amigas y una librería donde le compraron su saga favorita.

También una tienda en cuyo escaparate hay unas pulseras que, al parecer, lleva meses intentando convencer a Kai de que necesita.

Después me enseña dónde compran pizza algunos viernes, una casa en la que siempre hay un perro enorme asomado a la ventana y el camino que lleva hasta su parte favorita de la playa.

Para cuando llevamos casi media hora caminando, empiezo a entender que Imogen no me está enseñando Golden Cove.

Me está enseñando su Golden Cove.

Y entonces llegamos a una pequeña heladería cerca del paseo y se detiene en seco.

—Aquí hacen los mejores helados de todo California.

Miro el local y después a ella.

—Eso es una afirmación bastante seria.

—Pero es cierta.

—¿Has probado todos los helados de California?

Imogen se queda pensando.

—No.

—Entonces tendremos que investigar antes de emitir un veredicto.

No sé exactamente cómo ocurre, pero diez minutos después estamos sentadas en un banco del paseo marítimo con un helado cada una y hemos decidido crear un ranking durante el verano.

Imogen propone puntuar el sabor, el cucurucho y la cantidad de toppings.

Yo añado el precio porque alguien en esta relación tiene que aportar responsabilidad financiera.

Seguimos recorriendo Golden Cove mientras comemos y, poco a poco, dejo de prestar tanta atención a los lugares y empiezo a escucharla a ella.

Imogen habla de sus amigas, de María, de las cosas que suele hacer durante el verano y, como era inevitable, de su padre.

Descubro que Kai intenta reservar los domingos para ella siempre que puede. Que algunas tardes salen juntos con las tablas de surf. Que cocina bastante bien excepto las tortitas, que según Imogen son «demasiado gordas», y que cuando promete hacer algo con ella procura cumplirlo aunque tenga que terminar trabajando después de que se acueste.

—A veces trabaja muchísimo —me explica mientras avanzamos por el paseo—, pero en verano intenta trabajar menos porque yo no tengo cole. Y este año me dijo que iba a intentar no viajar tanto.

—Parece que le gusta pasar tiempo contigo.

Imogen me mira como si fuera evidente.

—Es mi padre.

Sonrío.

Supongo que sí.

Ayer conocí a Kai Harlow como el hombre que me pilló prácticamente desnuda en mitad de su casa.

Esta tarde lo conocí como mi jefe.

Y ahora estoy empezando a conocer una tercera versión a través de su hija.

No me conviene demasiado descubrir que es un buen padre.

Con que estuviera bueno ya tenía suficientes problemas.

—Por aquí.

Imogen tira suavemente de mi brazo y me hace cruzar hacia otra calle.

Al final emprendemos el camino de regreso hacia el Golden Dolphin por el paseo que bordea la playa. El sol empieza a bajar, aunque todavía hace calor, y hay bastante gente en el agua.

Imogen se detiene de repente y señala hacia el océano.

—Mira, ese es mi padre.

Tardo unos segundos en localizarlo entre los surfistas.

Kai está sentado sobre una tabla, algo alejado de la orilla. No lleva camiseta y tiene el pelo completamente mojado, apartado hacia atrás.

Como si verlo vestido no fuera ya suficientemente problemático.

—Antes hacía muchísimo surf —me explica Imogen—. Ahora dice que nunca tiene tiempo, pero a veces viene cuando sale pronto de trabajar.

Mientras habla, Kai empieza a remar.

Una ola se forma detrás de él y, un instante después, se pone en pie sobre la tabla.

Y yo me quedo mirando.

No tengo ni idea de surf. No sé si lo que hace es especialmente difícil ni si es particularmente bueno, pero sí sé que hay algo tremendamente atractivo en verlo moverse sobre la tabla con esa facilidad.

Cuando la ola pierde fuerza, Kai se deja caer al agua.

—Es muy bueno —dice Imogen con orgullo—. Mi abuelo le enseñó cuando era pequeño.

Kai vuelve a aparecer, se pasa una mano por el pelo y sube otra vez a la tabla.

Aparto la mirada.

Ya está.

Suficiente.

Contemplar a mi jefe medio desnudo mientras hace surf probablemente no me ayude a mantener a raya mis pensamientos.

—Vamos —digo, retomando el camino hacia el resort—. Como sigamos entreteniéndonos, llegaremos mañana.

Imogen viene detrás de mí contándome algo sobre la primera vez que intentó subirse a una tabla.

Yo hago un esfuerzo considerable por escucharla.

Y uno todavía mayor por no volver a mirar hacia el agua.

8



Kai

El sábado por la mañana vuelvo a bajar a la playa con la tabla.

He conseguido surfear un par de veces esta semana, algo bastante más de lo habitual durante los últimos meses. Últimamente el trabajo me ha absorbido más de la cuenta y he ido dejando de lado demasiadas cosas que antes formaban parte de mi vida.

Ahora que es verano y el ritmo en el Golden Dolphin es algo más tranquilo, intento aprovechar cualquier hueco para volver al agua. Hacía tiempo que no recordaba cuánto lo echaba de menos.

Supongo que esta semana también estoy intentando acostumbrarme a una nueva rutina. María sigue en El Salvador y, desde que Wendy llegó, los días han cambiado un poco en casa.

Ha pasado casi una semana desde que llegó y cualquier duda que pudiera tener después de leer su currículum ha desaparecido. Imogen está encantada con ella. Se pasan el día entrando y saliendo de casa, inventando planes y hablando tanto que algunas tardes, cuando regreso, tengo la sensación de que llevan juntas meses en lugar de unos días.

Yo también me he acostumbrado demasiado rápido a tenerla cerca.

Y eso es un problema.

Porque Wendy no hace absolutamente nada para provocarme y, aun así, llevo toda la semana intentando no mirar sus piernas cuando aparece por la cocina en pantalones cortos, evitando pensar en lo bien que le queda el bikini cuando está en la piscina con Imogen y descubriendo que escuchar su risa desde cualquier parte de la casa consigue que quiera averiguar qué demonios está haciendo.

No he vuelto a masturbarme pensando en ella.

Lo considero un triunfo.

Uno bastante triste, pero un triunfo.

Llevo unos veinte minutos en el agua cuando las veo aparecer en la playa.

Reconozco primero a Imogen, que camina junto a la orilla con un cubo en la mano. Wendy va unos pasos detrás, con una camisa blanca abierta sobre el bikini y el pelo recogido.

Me quedo mirándola más de lo necesario.

El bikini negro se le ajusta de una forma que debería ser ilegal. La camisa abierta deja a la vista la curva de sus pechos y el suave movimiento de sus caderas mientras camina por la arena. Tengo que apretar la mandíbula para no seguir bajando la mirada.

Joder.

Aparto la vista y remo hacia una ola antes de que mi imaginación empiece a hacer lo que lleva toda la semana evitando hacer.

Cuando finalmente salgo del agua, las encuentro sentadas sobre una toalla, rodeadas de conchas, piedras y pequeños cristales pulidos por el mar.

Sonrío.

Imogen lleva mucho tiempo recogiendo cualquier cosa que considere lo bastante bonita para convertirla algún día en pulseras y collares. Tenemos una caja en casa llena de sus tesoros y, cada vez que bajamos a la playa, vuelve con unos cuantos más.

Lo que no había visto hasta ahora era a alguien tomándose su futura empresa tan en serio como ella.

Wendy tiene varias conchas colocadas delante y está escribiendo algo en el móvil mientras Imogen habla sin parar.

—¿Qué hacéis? —pregunto al acercarme.

—Estamos pensando el nombre de mi tienda —me explica Imogen—. Wendy dice que necesito uno antes de empezar a vender mis creaciones.

—No he dicho que lo necesites antes de empezar —la corrige Wendy—. He dicho que toda empresaria que se precie necesita una buena marca. Estamos trabajando en ello.

Dejo la tabla sobre la arena.

—Lleva años diciendo que va a vender joyas. A este ritmo, para cuando abra la tienda tendrá suficiente material para abastecerla durante una década.

—Eso se llama tener stock —responde Wendy con absoluta seriedad—. Tu hija es previsor.

Imogen asiente, satisfecha.

—Exacto.

Wendy sonrío y guarda el móvil. Entonces levanta la vista hacia mí y sus ojos se detienen en la tabla que llevo bajo el brazo.

—Por cierto, desde que te vi surfeando el otro día llevo pensando que quiero probar.

Arqueo una ceja.

—¿Quieres probar con el surf? Teniendo en cuenta nuestra conversación en mi despacho, no sé si debería preguntarte cuánto tiempo calculas que durará esta afición.

Wendy se lleva una mano al pecho, fingiendo estar ofendida.

—Ni siquiera he empezado y ya estás dando por hecho que voy a abandonarlo. Puede que pruebe una vez y decida que lo odio, o puede que dentro de veinte años siga haciéndolo. No todos mis intereses tienen fecha de caducidad.

—¿No?

—No. —Sacude la arena de sus piernas y se pone en pie—. Algunos duran tres semanas, otros unos meses y unos pocos se quedan conmigo para siempre. El problema es que nunca sé cuáles van a ser hasta que los pruebo.

Hay algo en la forma en que lo dice que hace que mantenga su mirada más tiempo del necesario.

Sus ojos verdes están clavados en los míos y durante un instante tengo la absurda sensación de que ya no estamos hablando de surf.

Sacudo la cabeza ignorando ese pensamiento.

—Entonces tendrás que probar —digo finalmente—. Puedo enseñarte.

Su expresión cambia de inmediato.

—¿Tú?

—Antes de que naciera Imogen competía profesionalmente. Gané algunos torneos y durante unos años viajé bastante por competiciones, así que creo que puedo conseguir que te mantengas encima de una tabla.

Wendy me mira con los ojos muy abiertos.

—Espera. ¿Eras surfista profesional?

—Durante un tiempo.

—¿Y dices «durante un tiempo» como si me estuvieras contando que trabajaste un verano sirviendo copas?

—Soy una persona humilde.

Wendy se ríe.

—Ya veo.

—Puedo enseñarte el viernes por la tarde. Imogen tiene piano y yo intento no trabajar los viernes por la tarde durante el verano, así que tenemos una hora libre.

—¿Una hora será suficiente para descubrir mi talento natural?

—Será suficiente para descubrir si eres capaz de subirte a la tabla.

Entrecierra los ojos.

—Cada vez me gusta más tu confianza en mí.

Sonríó.

—Entonces, ¿el viernes?

—El viernes.

Wendy vuelve a sentarse junto a Imogen y retoma su importantísima reunión empresarial.

Yo recojo la tabla y miro hacia el agua.

Acabo de quedar para pasar una hora a solas con Wendy.

En bikini.

Después de toda una semana intentando mantener las distancias con ella.

Brillante.

Y lo peor es que ya estoy deseando que llegue el viernes.

Lástima que todavía falte casi una semana entera.

9



Wendy

—Ese no.

Mila se mira en el enorme espejo que ocupa prácticamente toda la pared del probador.

—¿Tan mal me queda?

—Este te queda bien. Pero el anterior te quedaba espectacular y pienso obligarte a casarte con él.

Mila sonríe mientras vuelve a observar el vestido desde otro ángulo.

Llevamos casi una hora en una boutique de San Diego y ya ha debido de probarse siete u ocho. He perdido la cuenta en algún momento entre el vestido con demasiadas flores y el que necesitaba la ayuda de dos personas para meterse dentro.

No me importa.

Después de casi un año viendo su vida en California a través de videollamadas, me hace ilusión estar aquí para esto. Aunque reconozco que verme rodeada de vestidos de novia pocas semanas

después de que mi relación de siete años se haya ido a la mierda tiene cierto componente de tortura psicológica.

Por suerte, hoy no tengo demasiadas ganas de pensar en Ray.

Últimamente me pasa más de lo que esperaba.

Mila vuelve al probador y yo aprovecho para echar un vistazo a los vestidos de dama de honor. También tendremos que elegir el mío hoy, porque mi mejor amiga parece decidida a resolver media boda aprovechando que por fin me tiene en California.

Seguimos hablando mientras se cambia. De Nash, de la boda, de mi primera semana en Golden Dolphin y de Imogen, que esta mañana se ha quedado con su padre.

Y, precisamente porque hemos acabado hablando de Kai, hago una pregunta que lleva unos días rondándome la cabeza.

—¿Tú llegaste a conocer a Olivia?

Mila asoma la cabeza entre las cortinas.

—¿A Olivia?

—Sí. La madre de Imogen. Kai me habló un poco de ella cuando estuvimos organizando el verano.

—No demasiado. La he visto alguna vez, pero Kai y ella llevaban años separados cuando yo llegué a California.

—¿Y por qué rompieron?

—Por lo que me ha contado Nash, llevaban tiempo sin estar bien. Olivia viajaba muchísimo por trabajo y cada vez pasaba menos tiempo en casa. Al final los dos querían vidas bastante diferentes y terminaron separándose.

—¿Fue él quien la dejó?

Mila arquea una ceja.

—¿También necesitas saber eso?

—Ahora que has empezado a contarme la historia, sí.

—Creo que fue bastante de mutuo acuerdo. Aunque Kai no habla demasiado de ella.

Asiento de nuevo.

—¿Y desde entonces no ha tenido ninguna relación?

Mila me mira.

—Que yo sepa, nada serio.

—¿Y qué tipo de mujeres le gustan?

Mila levanta lentamente la cabeza y me mira a través del espejo.

Vale.

Esa quizá ha sido demasiado.

—No sé qué «tipo» tiene Kai. Nunca le he hecho una encuesta sobre sus preferencias.

—Era simple curiosidad.

—Claro.

—Además, vivo con él. Es normal que quiera saber cosas.

Mila me observ, evaluándome durante unos segundos.

—¿Algo más?

—No.

—¿Segura? Porque puedo llamar a Nash y preguntarle si conoce las preferencias sexuales de Kai. Ya que estamos investigando...

—¡Mila!

Se echa a reír.

—Eres tú la que lleva cinco minutos interrogándome sobre su vida sentimental.

—Interrogar es una palabra muy fea. Yo diría que estoy mostrando un interés saludable por conocer mejor a mi jefe.

Mila me mira.

—Wendy, ¿quieres acostarte con Kai?

La pregunta me pilla tan desprevenida que durante un segundo me quedo sin saber qué decir.

—No.

Mila arquea una ceja.

Mierda. Me ha pillado. No vale de nada negarlo.

—Vale, sí. —Me dejo caer contra el respaldo del sillón—. Evidentemente quiero acostarme con él. Tengo ojos.

—Wendy...

—No he dicho que vaya a hacerlo.

Mila suspira y se acerca al espejo.

—Acabas de salir de una relación de siete años. Hace unas semanas estabas destrozada porque Ray te dejó, ¿no es demasiado pronto para empezar algo nuevo con alguien más?

—No quiero empezar algo nuevo, Mila. —La miro a través del espejo—. Ni ahora ni dentro de dos meses. Llevo desde los veinticuatro años con Ray y prácticamente toda mi vida adulta ha estado construida alrededor de un «nosotros». Nuestros planes, nuestro apartamento, nuestras vacaciones, lo que haríamos el año siguiente... Por primera vez quiero hacer cosas porque me apetecen, sin preguntarme si tienen futuro, sin imaginar dónde estaremos dentro de cinco años y, sobre todo, sin enamorarme de nadie.

Mila se queda mirándome unos segundos.

—Vale. Esa parte la entiendo. Lo que no entiendo es por qué has puesto el ojo precisamente en Kai.

—Bueno, vivimos juntos. No es fácil convivir con alguien como él y no fijarse...

—Wendy...

Me río.

—Tranquila. Que lo piense no significa que vaya a hacerlo. Soy consciente de que acostarme con mi jefe sería una decisión pésima. Sobre todo cuando además vivo en su casa y cuido de su hija.

—Me tranquiliza comprobar que al menos conservas algo de sentido común.

—Nunca he dicho que vaya a utilizarlo.

Mila pone los ojos en blanco y yo sonrío.

La cuestión es que tampoco necesito que Kai sea una buena idea. No estoy buscando al próximo hombre con el que compartir mi vida. Si algún día pasa algo entre nosotros, podría ser simplemente eso: Si algún día pasa algo entre nosotros, podría ser simplemente eso: algo que ocurrió durante el verano y terminó cuando este se acabara.

Sin planes. Sin promesas. Sin preguntarnos qué viene después.

Y, después de siete años haciendo exactamente lo contrario, la idea resulta bastante tentadora.

—Solo prométeme que vas a pensártelo antes de hacer alguna estupidez —dice Mila finalmente.

—Siempre pienso mis estupideces antes de hacerlas.

—Eso no me tranquiliza en absoluto.

—Debería. Significa que son estupideces meditadas.

Mila suelta una risa y vuelve a mirarse en el espejo. Aprovecho el cambio de tema antes de que decida seguir analizando mi inexistente vida sexual.

—Ahora cámbiate de vestido. El otro sigue siendo infinitamente mejor.

—Hace diez minutos que ni siquiera me estás mirando.

—Puedo pensar en acostarme con Kai y juzgar vestidos al mismo tiempo. Soy una mujer con muchos talentos.

Niega con la cabeza y desaparece detrás de la cortina.

Yo cojo el móvil y miro la hora.

Quedan cinco días para nuestra clase de surf.

Cinco días en los que pienso comportarme como una adulta responsable y recordar que Kai Harlow es mi jefe, que acostarme con él sería una pésima idea y que ni siquiera sé si él está interesado.

Aunque recuerdo perfectamente cómo me miró aquella primera noche.

Y cómo me mira algunas veces cuando cree que no me doy cuenta.

Sonrío para mí misma.

No pienso dar el primer paso.

Pero si Kai lo da, no estoy segura de querer apartarme.

10



Wendy

El viernes llega demasiado despacio.

No es que haya estado contando los días, porque eso sería ridículo, pero cuando dejo a Imogen en su clase de piano y salgo con Kai hacia la playa soy bastante consciente de que llevo casi una semana esperando este momento.

Él carga con dos tablas bajo el brazo y yo intento no fijarme demasiado en el hecho de que lleva un bañador oscuro y nada más. No lo consigo, obviamente.

—Espero que estés preparado para descubrir mi talento natural.

Kai me mira de reojo, claramente divertido.

—Espero que estés preparada para descubrir que ponerse en pie sobre una tabla es bastante más difícil de lo que parece desde la orilla. Toda esa confianza que tienes ahora suele desaparecer después de las primeras cinco caídas.

—Me encanta empezar una clase sabiendo que mi profesor cree tanto en mí.

Deja las tablas sobre la arena con una sonrisa y empezamos por lo básico. Me explica cómo colocar los pies, cómo repartir el peso y qué tengo que hacer para incorporarme cuando llegue el momento.

Sobre la arena parece bastante sencillo y, después de repetir el movimiento un par de veces, empiezo a pensar que esto va a ser pan comido.

—No parece tan difícil.

Kai sonrío de una forma que no me gusta demasiado.

—Quiero oírte decir lo mismo dentro de media hora.

Estoy a punto de responderle cuando se acerca para corregirme la postura.

Se coloca detrás de mí y apoya una mano en mi cintura para hacerme girar ligeramente la cadera. Con la otra me corrige la posición del brazo y, de repente, recordar cualquiera de las instrucciones que acaba de darme se vuelve bastante complicado.

—Dobla un poco más las rodillas. Si te quedas tan rígida, en cuanto la tabla se mueva vas a perder el equilibrio.

Obedezco mientras intento concentrarme en mis piernas y no en el calor de su mano sobre mi cintura. A estas alturas empiezo a sospechar que aceptar clases particulares de surf del hombre con el que llevo varios días imaginando acostarme no ha sido mi decisión más inteligente.

Y todavía ni siquiera hemos entrado en el agua.

Cuando por fin lo hacemos, descubro dos cosas.

La primera es que surfear parece muchísimo más fácil desde la orilla.

La segunda es que Kai disfruta demasiado viéndome caer.

Durante los primeros intentos apenas consigo incorporarme. En uno me voy de lado antes de apoyar bien los pies, en otro termino sentada sobre la tabla y, en el tercero, una ola me tira al agua con

tanta poca elegancia que salgo a la superficie tosiendo y con el orgullo bastante más herido que cualquier otra parte del cuerpo.

Kai está riéndose.

—Podrías intentar disimular un poco —protesto mientras vuelvo a acercarme a la tabla.

—Te estoy ayudando. Que además me lo esté pasando bien no significa que sea mal profesor.

—Estoy empezando a pensar que has aceptado enseñarme solo para humillarme.

—Fuiste tú la que habló de talento natural. Yo solo estoy dejando que la realidad haga su trabajo.

Le lanzo una mirada asesina, pero eso solo consigue que se ría más.

Lo peor es que, a pesar de todo, es un profesor paciente. Me explica lo que hago mal sin tratarme como si fuera idiota, me hace repetir el movimiento varias veces y espera hasta que estoy preparada antes de buscar otra ola.

Seguimos practicando y, poco a poco, empiezo a entender cómo funciona. Ya no me siento completamente inútil y, después de varios intentos desastrosos, llega uno en el que consigo incorporarme de verdad.

La tabla avanza.

Uno, dos, tres segundos.

Sigo en pie.

Cuando finalmente pierdo el equilibrio y caigo al agua, salgo a la superficie riéndome como una niña.

—¡Lo he hecho!

Kai se acerca nadando.

—Has aguantado unos cinco segundos.

—Cinco segundos gloriosos. Espero una valoración algo más entusiasta por parte de mi profesor.

—Teniendo en cuenta cómo has empezado, ha sido bastante impresionante.

—Eso está mejor.

Me apoyo en la tabla intentando recuperar el aliento y lo miro.

Está sonriendo.

No con la sonrisa contenida que utiliza en el hotel ni con esa expresión divertida que aparece cuando Imogen dice alguna barbaridad. Tiene una sonrisa relajada, mientras el agua le resbala por el pelo y los hombros.

Nunca lo había visto así.

Aquí no parece el hombre que dirige un resort ni el padre que tiene siempre media cabeza pendiente de su hija. Parece simplemente Kai.

El chico que pasó años viajando para competir.

El que probablemente habría vivido dentro del agua si hubiera podido.

Y no sé por qué descubrir esa versión de él me gusta tanto.

Seguimos un rato más hasta que mis brazos empiezan a protestar y Kai decide que por hoy ya es suficiente.

Cuando salimos del agua, estoy agotada, tengo arena en sitios en los que no debería haber arena y estoy bastante segura de que mañana voy a descubrir músculos que no sabía que existían.

Aun así, estoy sonriendo.

—Bueno, creo que podemos añadir el surf a la lista de cosas que me gustan.

Kai deja la tabla sobre la arena.

—Solo llevas una hora. La cerámica duró tres semanas.

—Estoy bastante segura de que esto durará bastante más.

—Entonces tendremos que volver el viernes que viene para comprobarlo.

Lo miro.

—¿Me estás ofreciendo una segunda clase?

—No puedo dejarte con este nivel y permitir que luego digas que aprendiste conmigo. Estoy protegiendo mi reputación.

—Muy noble por tu parte.

Sonríe y yo me agacho para coger la toalla.

Cuando vuelvo a incorporarme, Kai está justo delante de mí.

Demasiado cerca.

Estoy a punto de hacer algún comentario sobre la segunda clase, pero no llego a decir nada. Kai tampoco. Se queda mirándome y la sonrisa que tenía hace apenas unos segundos desaparece lentamente de sus labios.

De pronto soy demasiado consciente de la poca distancia que nos separa. De su pelo mojado, de las gotas de agua que todavía le resbalan por el pecho y de que yo estoy delante de él en bikini.

Kai mantiene mis ojos durante unos segundos antes de bajar la mirada hacia mi boca.

El estómago me da un vuelco.

Yo también miro sus labios.

Durante unos segundos ninguno se mueve. Kai sigue mirando mi boca y la distancia entre nosotros parece reducirse más, aunque ninguno haya dado un solo paso.

Podría acercarme. Creo que él también quiere hacerlo.

Y tengo la certeza absoluta de que, si cualquiera de los dos avanza unos centímetros, vamos a besarnos.

Entonces, un sonido agudo rompe el momento.

Los dos parpadeamos casi al mismo tiempo y Kai aparta la mirada. Su móvil está sonando sobre la toalla, junto a nuestras cosas.

Se agacha para cogerlo y apaga la alarma.

—Mierda. Tenemos que irnos. Imogen sale en diez minutos.

Tardo un segundo más de lo necesario en reaccionar, todavía intentando volver mentalmente a una playa en la que hace treinta segundos no estaba a punto de besar a mi jefe.

—Sí. Será mejor que nos vayamos.

Cojo mis cosas y evito mirarlo mientras me pongo la camisa.

Emprendemos el camino de vuelta hablando de Imogen y de si nos dará tiempo a llegar antes de que salga, pero una parte de mí sigue atrapada en esos segundos junto a las toallas.

No nos hemos besado.

Ni siquiera hemos hablado de lo que ha ocurrido.

Pero ya no puedo fingir que todo está solo en mi cabeza.

El problema no es que quiera acostarme con Kai.

El problema es que empiezo a estar bastante segura de que él también quiere acostarse conmigo.

11



Kai

—He estado a punto de besar a Wendy.

Nash deja de mirar la pantalla del portátil. Estamos en mi despacho y lleva casi veinte minutos hablándome de unas cifras que debería estar escuchando, pero soy incapaz de concentrarme.

—¿Cuándo? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—El viernes.

Su expresión cambia.

—Han pasado cuatro días.

—Gracias, sé contar.

—Lo decía porque has necesitado cuatro días para explicármelo.

Cierro el portátil y me echo hacia atrás en la silla. Han pasado cuatro días desde la clase de surf y sigo pensando en lo cerca que estuvimos de besarnos.

En cómo Wendy miró mi boca. En que ninguno de los dos se apartó. En que, si aquella alarma hubiera tardado unos segundos más en sonar, probablemente la habría besado.

Suspiro.

—El viernes le di una clase de surf. Me dijo que siempre había querido aprender y me ofrecí a enseñarle mientras Imogen estaba en piano. —Hago una pausa, consciente de que la explicación no está ayudando precisamente a defender mis buenas decisiones—. Cuando terminamos, estábamos recogiendo las cosas en la playa, nos quedamos demasiado cerca y... estuve a punto de besarla.

Nash me observa durante unos segundos.

—Tú, el tipo responsable que lleva años sin hacer una sola estupidez, ¿estuviste a punto de liarte con tu niñera?

—Solo estuvimos a punto de besarnos.

Nash arquea una ceja.

—Ah, perdona. Entonces retiro lo dicho. Un comportamiento impecablemente profesional.

—Vete a la mierda.

Se ríe.

Me recuesto en la silla y me paso una mano por la cara. Llevo varios días intentando entender qué coño me pasa con Wendy y sigo sin tenerlo demasiado claro.

Al principio pensé que era solo atracción. Una mujer muy atractiva aparece en mi casa, me la encuentro medio desnuda la primera noche y mi cerebro decide comportarse como si tuviera veinte años otra vez. Fácil de explicar. Fácil de ignorar.

Excepto que no está funcionando.

—No entiendo qué coño me pasa con ella —admito—. María ha vivido en mi casa durante años. Es joven, atractiva y hemos pasado muchísimo tiempo juntos. Nunca se me ocurrió mirarla de otra manera porque trabaja para mí y cuida de Imogen. Ni una sola vez. Con Wendy llevo poco más de una semana y ya me he olvidado dos veces de que debería aplicar exactamente la misma lógica.

—Quizá porque Wendy no es María.

—Gracias por ese análisis. Muy útil.

Nash sonríe, pero yo sigo pensando en ello.

Wendy es distinta a prácticamente cualquier persona que conozco. Habla cuando debería callarse, se entusiasma con una idea nueva cada cinco minutos y parece incapaz de hacer nada a medias. Si algo le interesa, se lanza de cabeza aunque exista una posibilidad bastante elevada de que tres semanas después esté obsesionada con otra cosa.

Sobre el papel, alguien así debería ponerme nervioso.

Pero en realidad, ocurre justo lo contrario.

—Es... intensa —digo finalmente.

Nash arquea una ceja.

—Eso no suele ser un cumplido.

—Ya. —Me paso una mano por la mandíbula—. Pero con ella lo es.

Nash sonríe.

—Entonces estás bastante jodido.

No necesito que me lo diga.

Lo sé de sobras.

Me gusta escucharla hablar de sus obsesiones como si acabara de descubrir el secreto del universo. Me gusta cómo se ríe. Me gusta que en apenas unos días haya conseguido llenar la casa de ruido y que Imogen parezca tener siempre alguna historia nueva que contarme sobre algo que han hecho juntas.

Y, por supuesto, me gusta demasiado verla paseándose por mi casa con esos putos pantalones cortos.

Nash espera unos segundos, quizá pensando que voy a añadir algo más. Como no lo hago, se recuesta en la silla.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

La respuesta, al menos, la tengo clara.

—Nada. Wendy acaba de salir de una relación de siete años, trabaja para mí, vive en mi casa y cuida de mi hija. Besarla sería una idea de mierda y acostarme con ella sería todavía peor. Así que no va a pasar nada.

—Eso estaría muy bien si no acabaras de contarme que estuviste a punto de besarla.

—Pero no lo hice.

Nash me dedica una mirada cargada de escepticismo.

—Porque miraste la hora y tenías que recoger a Imogen. No porque de repente recordaras todas esas razones por las que es una idea de mierda.

Aprieto la mandíbula porque, por desgracia, tiene razón. Si hubiéramos tenido diez minutos más, esta conversación sería bastante distinta.

—No volverá a pasar.

—Claro.

—¿Puedes dejar de decir «claro» como si no me creyeras?

—Podría, pero tendría que mentirte.

Le lanzo una mirada y Nash sonrío antes de volver a abrir el portátil. Debería agradecer que dé por terminada la conversación, pero algo en su expresión me dice que está disfrutando demasiado de todo esto.

—¿Podemos volver al trabajo?

—Por supuesto. —Hace una pausa mientras busca algo en la pantalla—. Aunque tengo una última pregunta.

—¿Qué?

—¿Vas a seguir dándole clases?

—Sí.

—Entiendo. —Asiente con una seriedad completamente falsa—. ¿Y estás seguro de eso? Porque dentro de tres días vas a volver a estar a solas con ella en la playa.

—Voy a enseñarle a surfear, no a desnudarla.

Nash sonríe.

—Pues procura acordarte de la diferencia.

—Que te den.

Se ríe y vuelve la atención al portátil, satisfecho consigo mismo.

Yo decido que seguir hablando solo va a empeorar las cosas, así que le indico que continúe con las cifras.

Esta vez consigo prestarle atención.

Al menos durante un rato.

Porque Nash puede reírse todo lo que quiera, pero tengo razón. Sé perfectamente dónde están los límites y no pienso volver a acercarme tanto a Wendy como para olvidar que existen.

El viernes le daré su clase, recogeremos a Imogen y volveremos a casa.

Lo único que tengo que hacer es mantener las manos donde deben estar.

Algo que probablemente sería mucho más sencillo si enseñar a alguien a surfear no requiriera tocarlo constantemente.

12



Wendy

El miércoles por la tarde Imogen decide que necesito conocer los recreativos del paseo marítimo.

No pregunta si me apetece ir. Simplemente aparece en la cocina con una pequeña riñonera, unas zapatillas deportivas y la seguridad de quien ya ha organizado el plan por todos los presentes.

El único problema es que, al parecer, su plan también incluye a Kai.

—Papá viene con nosotras —me informa mientras intenta meter una botella de agua en una riñonera en la que claramente no cabe.

Levanto la mirada hacia él.

Kai está terminando un café junto a la encimera y nuestros ojos se encuentran durante un segundo. Desde la clase de surf hemos conseguido comportarnos con absoluta normalidad. Si por normalidad entendemos no mencionar que estuvimos a pocos centímetros de besarnos y procurar no quedarnos mirando al otro durante demasiado tiempo.

Está funcionando bastante bien.

O eso me digo.

—No tienes que venir si quieres aprovechar la tarde para hacer otra cosa —dice Kai—. Solemos ir los dos de vez en cuando.

Imogen protesta inmediatamente y deja bastante claro que, en su opinión, ir sin mí arruinaría por completo la experiencia.

Así que voy.

Tampoco es que necesite demasiada insistencia.

Los recreativos están cerca del paseo marítimo de Golden Cove, en un local enorme lleno de luces, música y máquinas que hacen suficiente ruido como para provocar una migraña a cualquiera que permanezca allí más de tres horas.

Imogen entra como si acabara de llegar a su hábitat natural.

Antes de que Kai termine de cargar una tarjeta con créditos, ella ya ha decidido qué premio quiere conseguir: un enorme pulpo de peluche azul que cuesta una cantidad de tickets absolutamente absurda.

—Necesitaremos un plan —dice, contemplándolo detrás del mostrador de premios.

—Necesitamos aceptar que ese pulpo no va a venir a casa —responde Kai.

Imogen se vuelve hacia mí.

—Wendy.

No sé exactamente qué espera de mí, pero la gravedad de su expresión deja claro que debo escoger bando.

Miro el pulpo.

Después a Kai.

—Creo que deberías ir asumiendo que esta noche vas a dormir con un pulpo azul bajo tu techo.

—Fantástico. Dos contra uno.

A Imogen le basta con eso para ponerse en marcha.

Durante la siguiente media hora descubro que conseguir aquel peluche requiere una estrategia bastante más compleja de lo que esperaba. Imogen conoce las máquinas que dan más tickets, las que considera una estafa y hasta cuáles merece la pena repetir cuando consigues una buena puntuación.

También descubro otra cosa.

Kai Harlow es tremendamente competitivo.

Lo veo por primera vez cuando juega una partida de air hockey contra su propia hija y se niega a dejarla ganar.

—Tiene ocho años —le recuerdo cuando marca otro punto.

—Y lleva viniendo aquí desde los cinco. Sabe perfectamente cómo funciona.

—Papá nunca me deja ganar —confirma Imogen mientras recoge el disco.

—Eso es horrible.

—Eso es educarla para la vida.

Cinco minutos después, Kai gana.

Imogen se aparta de la mesa indignada y yo ocupo su lugar.

—Ahora vas a jugar contra mí.

Kai apoya las manos en el borde.

—¿Esto es una venganza?

—Es justicia.

Debería haberme callado.

Kai me destroza.

No hay otra forma de describirlo.

Intento mantener cierta dignidad durante los primeros puntos, pero para cuando termina la partida estoy bastante segura de que se ha recreado innecesariamente en mi derrota.

—Te odio un poco —le informo.

—No puedo dejarte ganar solo porque sea tu primera vez.

—Podrías haber fingido que te costaba.

—Eso habría sido condescendiente.

—No tanto como esa cara de satisfacción que tienes ahora.

Imogen se ríe y sale corriendo hacia otra máquina. La seguimos y, sin darme cuenta, la pequeña incomodidad con la que he llegado empieza a desaparecer.

Quizá sea porque Imogen no nos deja demasiado tiempo para pensar.

O quizá porque competir con Kai resulta sorprendentemente divertido.

Después del air hockey vienen las canastas, una carrera de coches y un juego en el que tenemos que golpear luces a medida que se encienden. Kai me gana en los tres y cada victoria consigue que mi necesidad de derrotarlo aumente de manera poco saludable.

Llega un punto en el que ya no me importa el pulpo.

Tengo un nuevo objetivo.

—Te estás tomando esto demasiado en serio —dice Kai cuando me ve examinando las máquinas.

Lo miro.

—Has cometido el error de ganarme cuatro veces seguidas.

—No sabía que perder te sentaba tan mal.

—A mí perder me sienta perfectamente. Lo que me sienta mal es que tú ganes.

Su carcajada consigue que varias personas se vuelvan hacia nosotros.

Finalmente encuentro mi oportunidad en una máquina absurda en la que hay que lanzar pequeñas pelotas contra diferentes objetivos antes de que desaparezcan de una pantalla.

Kai consigue una puntuación ridículamente alta.

Yo consigo una más alta.

Me quedo mirando el marcador durante un segundo para asegurarme de que no estoy alucinando.

Después me vuelvo hacia él.

—He ganado.

Kai mira la pantalla.

—Has ganado por treinta puntos.

—No importa por cuánto. Importa quién ha ganado.

—Treinta puntos es prácticamente un empate.

—No sabía que perder te sentaba tan mal.

Imogen empieza a reírse antes incluso de que termine la frase.

Kai me mira y sé perfectamente que se ha dado cuenta de que acabo de devolverle sus propias palabras.

—Disfrútalo —dice—. No volverá a ocurrir.

—Voy a disfrutarlo muchísimo. De hecho, probablemente hable de ello durante semanas.

Y lo hago durante los siguientes veinte minutos.

Para entonces ya hemos acumulado suficientes tickets para que Imogen empiece a creer seriamente que el pulpo puede ser suyo. Va de una máquina a otra mientras nosotros la seguimos, y en algún momento dejo de pensar por completo en lo ocurrido en la playa.

Kai vuelve a ser simplemente Kai.

El hombre que se ríe de mí cuando fallo un lanzamiento, que protesta cuando lo acuso de hacer trampas y que lleva media tarde cargando con la riñonera de Imogen porque ella decidió que le molestaba.

Y yo vuelvo a sentirme como antes del viernes.

Cómoda con él.

Una hora más tarde, Imogen introduce los últimos tickets en la máquina de recuento y observa la cifra con absoluta concentración.

No llega para el pulpo.

Su decepción dura exactamente diez segundos, hasta que descubre que puede conseguir un peluche más pequeño y un montón de tonterías que, según ella, son incluso mejores.

Terminamos frente al mostrador mientras decide entre pulseras, pegatinas, una pelota que se ilumina y un pequeño delfín de peluche.

La chica que atiende espera pacientemente hasta que Imogen toma una decisión.

—Con todos estos tickets, vuestra hija todavía puede escoger otra cosa de esta zona —nos explica, señalando uno de los estantes.

—Es su hija —aclaro rápidamente, señalando a Kai—. Yo soy la niñera.

La chica nos mira a los dos.

—Ah. Perdón. Pensaba que erais...

—No —respondo quizá demasiado rápido.

Kai gira la cabeza hacia mí.

Genial.

Por alguna razón, ahora parece que la idea de formar una familia con Kai Harlow me resulta tan aterradora que necesito desmentirla ante desconocidos.

Por suerte, Imogen no parece haber prestado la menor atención al malentendido. Está demasiado ocupada intentando decidir cómo invertir hasta el último de sus tickets, así que durante los siguientes minutos nuestra supuesta estructura familiar queda relegada a un segundo plano mientras la ayudamos a elegir premios.

Finalmente salimos de allí con un delfín, tres pulseras, una pelota luminosa y varias cosas de plástico cuya utilidad desconozco.

Caminamos hacia casa mientras Imogen nos cuenta qué piensa hacer con cada uno de sus premios. Yo todavía aprovecho un par de ocasiones para recordarle a Kai que le he ganado y él insiste en que una única victoria no compensa todas mis derrotas.

Cuando llegamos a la villa, Imogen entra la primera y desaparece escaleras arriba para guardar sus tesoros.

Me quedo junto a la puerta mientras Kai deja las llaves sobre el mueble de la entrada.

Durante toda la tarde he conseguido olvidarme de la playa.

Entonces él levanta la mirada y nuestros ojos se encuentran.

Solo dura un instante.

Pero es suficiente.

Porque vuelve esa misma sensación. La conciencia repentina de su cuerpo, de su boca y de lo fácil que habría sido besarlo el viernes si hubiéramos tenido unos minutos más.

Kai aparta la mirada primero.

—Voy a preparar algo para cenar.

—Voy a ayudar a Imogen con su importantísima colección de premios.

Subo las escaleras antes de que mi cabeza pueda complicar algo que durante toda una tarde ha conseguido parecer sencillo.

No hacer nada.

Eso es lo que estamos haciendo.

Y durante unas horas incluso ha parecido fácil.

El problema es que basta una mirada de Kai para recordarme por qué no lo es.

13



Wendy

A la una y cuarto de la madrugada sigo despierta.

La culpa la tiene un mensaje de seis líneas.

Llevo casi media hora mirándolo de vez en cuando, como si en algún momento las palabras fueran a cambiar y fueran a provocarme algo distinto.

No ocurre.

Ray solo quería saber cómo estoy.

Me ha preguntado si me estoy adaptando bien a California, si el trabajo es como esperaba y si finalmente me está gustando San Diego. También me ha dicho que espera que esté bien y que no hace falta que le responda si todavía prefiero que no hablemos.

Nada más.

No intenta recuperarme. No se arrepiente de haberme dejado. Ni siquiera ha dicho nada que pueda interpretar de una manera diferente si me esfuerzo lo suficiente.

Simplemente se preocupa por mí.

Y casi preferiría que no lo hiciera.

Dejo el teléfono boca abajo sobre la mesita y cierro los ojos, pero mi cabeza vuelve inmediatamente a él. A siete años de mensajes, llamadas, desayunos, discusiones absurdas, vacaciones y domingos sin hacer absolutamente nada.

Siete años siendo la primera persona a la que le contaba cualquier cosa.

Ahora llevo casi dos semanas viviendo al otro lado del país y no sabe prácticamente nada de mi vida.

Es raro.

Y triste.

Y, sobre todo, incompatible con dormir.

A la una y media me rindo.

Salgo de la habitación y bajo las escaleras procurando no hacer ruido. Imogen lleva horas dormida y supongo que Kai también, así que mi plan consiste en prepararme una infusión, volver a la cama y confiar en que alguna planta seca consiga hacer lo que mi cerebro se niega a hacer por sí solo.

La luz del salón me informa de que no soy la única despierta.

Kai está sentado en uno de los extremos del sofá con el portátil apoyado sobre las piernas. Lleva una camiseta gris y unos pantalones de chándal, y por alguna razón verlo así resulta casi más peligroso que verlo medio desnudo en la playa.

Levanta la mirada cuando entro, sorprendido.

—¿No puedes dormir?

Niego con un movimiento de cabeza.

—Mi cerebro ha decidido que la una de la madrugada es un momento excelente para repasar todas mis decisiones vitales.

Cierra el portátil.

—Suenas entretenido.

—Muchísimo. Voy a hacerme un té y vuelvo arriba. No quería molestarte.

—No molestas. Puedes quedarte si quieres.

Dudo apenas un instante.

Después voy a la cocina.

Cuando regreso con la taza, Kai ha dejado el portátil sobre la mesa y yo me siento en el otro extremo del sofá. Hay distancia suficiente entre los dos como para que resulte evidente que ambos somos adultos responsables perfectamente capaces de compartir un mueble sin hacer nada estúpido.

Durante un rato funciona.

Hablamos de cualquier cosa menos de aquello en lo que estoy pensando. De los recreativos, de la obsesión de Imogen con conseguir aquel pulpo azul y de mi intención de volver a derrotarlo la próxima vez que vayamos.

Kai sigue negándose a aceptar que mi victoria cuente después de haber perdido contra él en prácticamente todo lo demás.

Normalmente discutiría hasta que admitiera su derrota.

Esta noche no tengo demasiadas fuerzas.

Él termina notándolo.

—¿Ha pasado algo?

Bajo la mirada hacia la taza. Podría decirle que no. En lugar de eso, cojo el teléfono que he dejado a mi lado.

—Me ha escrito Ray.

Kai no pregunta quién es. Sabe perfectamente de quién hablo.

—¿Qué quería?

—Saber cómo estoy. Me ha preguntado por California, por el trabajo, por Mila... Nada importante.

—¿Le has contestado?

—Todavía no.

Doy un pequeño sorbo al té, aunque ya empieza a estar frío.

—No sé qué decirle. Supongo que una parte de mí esperaba que, después de romper, dejáramos de formar parte de la vida del otro. Que hubiera una especie de corte limpio y ya está. Pero después de siete años no funciona así.

Kai guarda silencio y yo sigo hablando. Quizá porque son casi las dos de la madrugada. Quizá porque llevo demasiados días evitando pensar seriamente en Ray. O quizá porque Kai tiene esa forma de escuchar sin intentar llenar inmediatamente cada silencio.

—No estoy enfadada con él. Estuve enfadada al principio, claro, pero no puedo odiarlo por no querer la misma vida que yo. Y él tampoco ha dejado de preocuparse por mí de repente. Después de siete años no puedes apagar todo eso de un día para otro. —Juego con el borde de la taza—. Supongo que lo raro es saber que alguien todavía te quiere y que, aun así, ya no quiere estar contigo.

Kai tarda unos segundos en responder.

—Sí. Es raro.

Levanto la mirada.

Hay algo en su expresión que me hace pensar que no lo dice solo por mí.

—¿Te pasó con Olivia?

Kai apoya un brazo sobre el respaldo del sofá y mira hacia delante antes de responder.

—De otra manera. Lo nuestro llevaba roto bastante tiempo antes de que aceptáramos que se había terminado. Probablemente demasiado.

No digo nada y él continúa.

Me cuenta que durante mucho tiempo intentaron hacer funcionar una relación que ya no funcionaba. Con Imogen en medio era fácil encontrar razones para intentarlo una vez más. Kai quería que su hija creciera con sus padres juntos y tardó en aceptar que permanecer en una relación infeliz no iba a darle necesariamente una familia mejor.

—Creo que durante mucho tiempo confundí no rendirme con hacer lo correcto —dice—. Y no siempre son lo mismo.

Me quedo pensando en eso.

—¿Te arrepientes?

—De haberlo intentado, no. —Hace una pequeña pausa—. De haber tardado tanto en aceptar que no iba a funcionar, quizá.

Asiento despacio.

Tiene sentido.

Durante años yo tampoco contemplé realmente una vida sin Ray. Incluso cuando discutíamos o atravesábamos alguna mala época, siempre existía la seguridad de que después seguiríamos siendo nosotros.

Hasta que dejamos de serlo.

—Yo todavía no sé qué hacer con todo lo que viene ahora —reconozco—. Tenía una idea bastante clara de cómo iba a ser mi futuro. No exactamente, porque ya sabes que planificar mi vida con más de tres semanas de antelación no es mi especialidad, pero Ray estaba en ella. Siempre. Ahora intento imaginar septiembre y ni siquiera sé en qué ciudad voy a estar.

—No tienes que saberlo todavía.

Sonrío ligeramente.

—Eso es muy fácil de decir para alguien que probablemente tiene organizada su agenda hasta Navidad.

Kai se ríe.

—Solo hasta octubre.

—Claro. Mucho más razonable.

—No todos podemos vivir improvisando.

—Y no todos podemos tener una relación estable con Google Calendar.

La conversación vuelve a aligerarse y agradezco que lo haga.

Hablamos durante un rato más. No sé cuánto. Lo suficiente para que termine el té y deje la taza sobre la mesa. Lo suficiente para que en algún momento la distancia entre los dos se reduzca sin que recuerde exactamente cuándo ha ocurrido.

Cuando me doy cuenta, estoy sentada de lado, mirándolo.

Kai también me mira.

Y reconozco inmediatamente esa sensación.

La misma de la playa.

Solo que esta vez no tenemos que ir corriendo a buscar a Imogen.

Sus ojos bajan durante un instante hacia mi boca.

Mi corazón acelera.

Podríamos fingir otra vez que no está pasando. Yo podría levantarme, decirle buenas noches y subir a mi habitación. Él podría abrir de nuevo el portátil y mañana volveríamos a comportarnos como si ninguno supiera perfectamente lo que quiere hacer el otro.

Pero... estoy bastante cansada de fingir.

—Kai.

—¿Sí?

Mantiene los ojos en los míos.

Trago saliva.

—Bésame.

Durante un segundo no se mueve.

La seguridad que tenía al pronunciar las palabras empieza a tambalearse justo antes de que Kai se incline hacia mí.

Su boca roza la mía con una suavidad que no esperaba... y que dura apenas un segundo.

Porque en cuanto le devuelvo el beso, todo cambia.

Kai suelta un sonido bajo, casi un gruñido, y su mano se cierra con fuerza alrededor de mi cintura mientras la otra sube hasta mi nuca, tirando de mí hacia él. Su lengua se desliza contra la mía, caliente y exigente, y yo abro la boca para recibirlo sin pensarlo. El beso se vuelve profundo, húmedo, desesperado. Le agarro la camiseta con las dos manos y me subo un poco más cerca, casi trepando sobre él.

Kai me gira con facilidad hasta que estoy a horcajadas sobre su regazo. Siento su erección dura presionando exactamente donde más lo necesito y un gemido se me escapa contra su boca. Sus manos bajan hasta mi culo, apretándome contra él mientras me besa como si llevara semanas conteniéndose.

Quizá porque así ha sido.

El sofá cruje bajo nosotros. Su lengua se enreda con la mía, sus dientes muerden suavemente mi labio inferior y yo me froto contra él sin poder evitarlo, buscando más fricción, más calor, más de todo. Kai gruñe otra vez y una de sus manos sube por debajo de mi camiseta, rozando la piel de mi espalda hasta llegar al sujetador.

Estoy empapada.

Ardiendo.

Durante unos segundos desaparece todo lo demás.

Ray.

California.

El trabajo.

El hecho bastante relevante de que estoy besándome con mi jefe en el sofá de su casa.

Solo existe Kai.

Su boca.

Sus manos.

Y las ganas que llevo demasiados días intentando fingir que no tengo.

Cuando finalmente nos separamos apenas hay unos centímetros entre nosotros. Respiro deprisa y Kai sigue sujetándome por la cintura.

Podría volver a besarlo.

Quiero volver a besarlo.

Entonces veo mi teléfono sobre el sofá.

El mensaje de Ray sigue ahí.

—Espera.

Kai retira las manos inmediatamente.

—Lo siento. No debería haber...

—No. —Niego con la cabeza antes de que pueda apartarse más —. No te disculpes. Te he pedido yo que me besaras.

Se queda mirándome, todavía demasiado cerca.

—Entonces, ¿qué pasa?

Suelto el aire y miro un instante hacia el teléfono.

—Que hace menos de una hora estaba despierta por un mensaje de mi ex y ahora estoy besándome contigo en el sofá. Creo

que quizá debería darle a mi cerebro un poco de tiempo para ponerse al día con mi vida.

Kai asiente.

No intenta convencerme de lo contrario ni hace que tenga que explicarme más.

Y se lo agradezco muchísimo.

—Debería irme a dormir —añado.

—Sí. Probablemente.

Me levanto y recojo la taza.

Antes de entrar en la cocina vuelvo a mirarlo. Kai sigue sentado en el sofá y nuestros ojos se encuentran durante un segundo.

Mala idea.

Porque inmediatamente recuerdo cómo se sentía su boca sobre la mía... y lo duro que estaba contra mí.

Subo a mi habitación, cierro la puerta y me meto en la cama.

He hecho lo correcto.

Estoy casi segura.

El problema es que todavía puedo sentir el beso de Kai.

Y lo único que consigo pensar es que quiero volver a besarle.

14



Wendy

A la mañana siguiente descubro que besar a tu jefe en el sofá de su casa tiene una consecuencia bastante incómoda: tarde o temprano tienes que volver a encontrártelo.

En mi caso ocurre en la cocina, a las ocho y cuarto, con Imogen sentada frente a un bol de cereales y Kai preparando café como si anoche no hubiera tenido su lengua en mi boca.

—Buenos días —dice cuando entro.

—Buenos días.

Eso es todo.

Perfectamente normal.

Voy hasta la nevera y saco el zumo mientras noto su presencia detrás de mí con una intensidad completamente absurda. Cuando me giro, nuestros ojos se encuentran apenas un segundo antes de que ambos miremos hacia otro lado.

Definitivamente, estamos haciendo un trabajo excelente.

—Hoy es viernes —anuncia Imogen.

—Enhorabuena —responde Kai—. Has aprendido los días de la semana.

Ella pone los ojos en blanco.

—Lo digo porque hoy tengo piano. ¿Vais a volver a hacer surf mientras estoy en clase?

Ah. Eso. Kai y yo volvemos a mirarnos.

—Ese era el plan —responde él.

—Si sigue en pie —añado.

Kai mantiene mi mirada un instante.

—Por mí sí.

—Por mí también.

—Vale —dice Imogen, y vuelve a concentrarse en su desayuno, completamente ajena a la conversación que acaba de obligarnos a tener.

Fantástico.

Esta tarde volveré a estar a solas con Kai en una playa.

Justo lo que necesito después de haberme pasado media noche pensando en volver a besarlo.

El resto de la mañana transcurre sin incidentes y, cuando llega la hora de llevar a Imogen a piano, empiezo a pensar que quizá esto no sea tan complicado.

Solo nos hemos besado una vez.

Bueno, técnicamente varias veces durante el mismo beso, pero no pienso entrar en detalles matemáticos. Podemos comportarnos como adultos.

Mi optimismo dura hasta que llegamos a la playa y Kai se quita la camiseta.

Joder.

Quizá podríamos comportarnos como adultos si él colaborara un poco.

Empezamos la clase exactamente donde dejamos la anterior. Esta vez no necesitamos pasar demasiado tiempo sobre la arena porque recuerdo bastante bien lo que me enseñó y, para mi enorme satisfacción, también he mejorado.

No muchísimo.

Pero lo suficiente para poder presumir.

—¿Has visto eso? —pregunto después de conseguir mantenerme en pie bastante más de cinco segundos.

—Lo he visto.

—No pareces impresionado.

—Estoy intentando mantener unas expectativas razonables.

—Admite que se me da bien.

Kai sonrío mientras acerca mi tabla hacia él.

—Admitiré que hoy te has caído menos.

—Me sirve.

Durante un rato casi consigo olvidarme de lo de anoche.

Casi.

El problema aparece cuando Kai tiene que tocarme.

La semana pasada podía convencerme de que sus manos en mi cintura eran simplemente parte de la clase. Hoy sé exactamente cómo se siente esa misma mano tirando de mí para acercarme mientras me besa.

Y mi cuerpo también parece recordarlo.

Kai me corrige la posición de la cadera y tarda una fracción de segundo más de lo necesario en apartarse. Lo miro. Él ya me está mirando. Ninguno dice nada.

Seguimos.

A partir de ahí ocurre varias veces. Una mano en mi espalda. Sus dedos alrededor de mi cintura para evitar que pierda el equilibrio. Mi cuerpo chocando contra el suyo cuando una ola me empuja hacia atrás.

Soy demasiado consciente de cada vez que me toca, por breve que sea.

Al final consigo subirme a la tabla y mantenerme en pie durante buena parte de una ola. Cuando caigo al agua, salgo tan satisfecha conmigo misma que durante unos segundos olvido cualquier otra cosa.

—¡Eso ha sido muchísimo más de cinco segundos!

Kai se ríe mientras se acerca.

—Ha estado bastante bien.

—¿Bastante bien? Dentro de dos semanas estaré compitiendo profesionalmente.

—Claro. Empezaré a buscarte patrocinadores.

—Me alegra que por fin confíes en mí.

Estoy sonriendo cuando me doy cuenta de que él ya no.

Kai tiene una mano apoyada en mi tabla y me observa con una expresión que me acelera el corazón al instante.

—Wendy... Tenemos que hablar de anoche.

Trago saliva. Supongo que era cuestión de tiempo.

Nos alejamos un poco del agua y dejamos las tablas sobre la arena. Kai se pasa una mano por el pelo mojado antes de mirarme.

—No quiero que pienses que me arrepiento de haberte besado. Llevaba queriendo hacerlo desde antes del viernes pasado y sigo queriendo hacerlo. Pero tú te apartaste y necesito saber si fue porque no querías que pasara.

Durante unos segundos me quedo callada.

No esperaba que fuera tan directo.

Aunque, pensándolo bien, es Kai. Debería haberlo esperado.

—No me aparté porque no quisiera besarte —le digo—. Me aparté precisamente porque quería seguir haciéndolo y no tengo ni idea de qué hacer con eso. Hace unas semanas todavía estaba con el hombre con el que he pasado siete años. No quiero otra relación, Kai. No quiero salir de una para empezar inmediatamente a construir otra vida con alguien. Estoy aquí durante el verano, tengo dos maletas en tu casa y ni siquiera sé dónde voy a estar cuando termine agosto.

Kai me escucha sin interrumpirme.

—Yo no te he pedido una relación.

—Ya lo sé.

Y precisamente por eso, cuando lo dice, algo empieza a encajar en mi cabeza.

Me quedo mirando el océano unos segundos.

No quiero una relación.

Kai tampoco parece buscar una.

Me atrae. Muchísimo. Y después de anoche tengo bastante claro que la atracción es mutua.

Además, dentro de unas semanas me marcharé.

Hay una fecha de caducidad incorporada desde el principio.

—Quizá estamos complicando algo que no tiene por qué ser complicado.

Kai entrecierra ligeramente los ojos.

—¿Qué estás proponiendo?

Lo miro.

Ahora que tengo que decirlo en voz alta suena bastante más atrevido que cuando solo era una idea en mi cabeza.

—Que dejemos de fingir que no queremos acostarnos.

Kai se queda completamente inmóvil. Por primera vez desde que lo conozco, parece que he conseguido dejarlo sin palabras. No voy a negar que me produce cierta satisfacción.

—Eso ha sido bastante directo —dice finalmente.

—Tú querías sinceridad.

—No me estoy quejando.

Eso consigue que sonría.

—No quiero un novio. No quiero promesas ni planes para cuando termine el verano y, sinceramente, no estoy preparada para nada que se parezca remotamente a una relación. Pero eso no significa que tenga que pasar los próximos dos meses fingiendo que no me muero de ganas de besarte cada vez que te veo sin camiseta.

Los ojos de Kai bajan un instante por su propio pecho antes de volver a mí.

—Tendré que empezar a vestirme más.

—Ni se te ocurra.

Se ríe y durante unos segundos vuelve a parecer el Kai relajado que descubrí en nuestra primera clase. Después su expresión se vuelve seria.

—Hay una cosa que sí me preocupa.

Sé cuál es antes de que lo diga.

—Imogen.

Kai asiente.

—Vives con nosotros y estás aquí para cuidarla. Si hacemos esto, no quiero que nada cambie para ella. Ni que termine en medio

de algo que no tiene nada que ver con ella.

—Estoy de acuerdo. Delante de Imogen no cambia nada.

—Y si en algún momento esto complica tu trabajo o las cosas se vuelven incómodas...

—Paramos.

Kai guarda silencio unos segundos.

La parte racional de mi cerebro aprovecha para señalar que estoy negociando las condiciones para acostarme con mi jefe en mitad de una playa.

Decido ignorarla.

—Entonces sería solo mientras estés aquí —dice él.

—Hasta que termine el verano.

Pronunciarlo en voz alta debería hacer que la idea parezca más peligrosa.

O más absurda.

En cambio, consigue justo lo contrario.

Parece sencilla.

Dos adultos que se atraen.

Dos meses.

Ninguno quiere una relación.

¿Qué podría tener de complicado?

Kai sigue mirándome y hay algo en su expresión que hace que mi seguridad empiece a tambalearse.

—¿Estás segura?

Pienso en Ray.

En el mensaje de anoche.

En los siete años que pasé sabiendo exactamente con quién iba a acostarme, despertarme y hacer planes para el futuro.

Después miro a Kai.

Por primera vez en muchísimo tiempo, no quiero saber qué viene después.

Solo quiero hacer algo porque me apetece hacerlo ahora.

—Sí.

Esta vez soy yo quien acorta la distancia.

Kai apenas me da tiempo a apoyar las manos sobre su pecho antes de besarme.

No se parece al beso de anoche.

No hay prudencia ni dudas. Su mano se cierra alrededor de mi cintura y me acerca con fuerza hasta que mi cuerpo queda completamente pegado al suyo. Siento su erección dura contra mi vientre al mismo tiempo que su lengua invade mi boca. Le rodeo el cuello con los brazos y me incorporo de puntillas, frotándome contra él sin pudor.

Kai gruñe bajo contra mis labios y una de sus manos baja hasta mi culo, apretándome más cerca mientras me besa con una urgencia que me deja sin aire. El sabor a sal y a él se me sube a la cabeza. Podría follarme aquí mismo, sobre la arena, y no me importaría.

Durante unos segundos me olvido hasta de dónde estamos.

Cuando nos separamos, sigo tan cerca que noto su respiración agitada sobre mis labios y lo duro que sigue estando.

—Entonces tenemos un trato —murmuro, todavía un poco sin aliento.

Kai mantiene la mano en mi cintura, el pulgar dibuja círculos lentos sobre mi piel húmeda.

—Hasta que termine el verano.

—Hasta que termine el verano.

Sonríó antes de volver a besarlo, esta vez más lento, más sucio, dejando que mi lengua juegue con la suya mientras él me aprieta el culo una vez más.

Esta vez no hay ningún mensaje de Ray esperando en mi teléfono, ninguna conversación triste que pueda utilizar como excusa ni ninguna duda sobre si los dos queremos que ocurra.

Sé exactamente lo que estoy haciendo.

O al menos eso creo.

15



Wendy

Convencer a Imogen para que pase la noche en casa de Mila y Nash resulta mucho más fácil de lo que esperaba.

Probablemente porque he presentado la propuesta de una forma ligeramente interesada.

No he mentido.

Simplemente he reorganizado algunos detalles para que parezca que sus tíos llevan días deseando que vaya a dormir a su casa y que aceptar sería prácticamente hacerles un favor.

Mi brillante estrategia funciona hasta que Mila abre la puerta.

—¡Imogen! Qué bien que hayas querido venir a pasar la noche con nosotros.

Imogen la mira extrañada.

—Pero Wendy me ha dicho que erais vosotros los que queráis que viniera.

Mila levanta lentamente la mirada hacia mí.

Mierda.

—Creo que ha habido cierta confusión sobre quién quería exactamente qué.

Mila sigue mirándome. Durante unos segundos no dice nada. Y entonces lo entiende. Por supuesto que lo entiende.

—Ah.

Ese «ah» contiene demasiada información.

—Bueno, pues ya está aclarado —digo rápidamente—. Imogen quería venir y vosotros queríais que viniera. Todo el mundo está contento.

—Yo no he dicho que...

—Te recojo mañana —interrumpo a Imogen antes de que pueda desmontar todavía más mi versión de los hechos.

Le doy un beso y ella entra en casa como si nada, mucho más interesada en contarle a Mila lo que ha metido en la mochila que en averiguar por qué acabo de largarme con tanta prisa.

Mila se queda en la puerta.

—Wendy.

—Adiós, Mila.

—Wendy.

—Que paséis buena noche.

—Mañana vamos a hablar.

Finjo no haberla oído.

Ese es un problema para la Wendy de mañana.

La Wendy de esta noche tiene otros.

Durante el trayecto de vuelta intento no pensar demasiado en lo que estoy haciendo. Esta tarde Kai y yo hemos acordado que podemos acostarnos mientras esté en California y, apenas unas

horas después, he conseguido una casa sin niña durante toda la noche.

Quizá eso de que soy intensa tenía cierto fundamento.

Kai sabe perfectamente que Imogen se queda con Mila y Nash. Lo hemos hablado antes de que yo la llevara.

Así que cuando entro en casa no sé muy bien qué espero encontrar.

Probablemente a Kai esperándome desnudo sobre la encimera.

Habría sido poco higiénico, pero bastante eficiente.

En cambio, está cocinando.

Me detengo en la entrada de la cocina.

Lleva una camiseta negra y unos pantalones cortos, tiene una copa de vino junto a los fogones y está cortando algo sobre una tabla con una tranquilidad que me parece casi ofensiva.

Levanta la mirada.

—¿Todo bien?

—Sí. Mila se queda con ella hasta mañana.

—Perfecto.

Y vuelve a cortar.

Eso es todo.

Yo acabo de organizar una operación logística para conseguir que tengamos la casa para nosotros solos y él está troceando verduras.

—¿Quieres vino? —pregunta.

—Sí.

Me sirve una copa y la deja frente a mí.

—La cena estará lista en unos veinte minutos.

—Genial.

Bebo.

Kai sigue cocinando.

Yo intento comportarme como una persona normal.

Durante los primeros minutos incluso lo consigo. Le cuento cómo Imogen me ha traicionado en menos de treinta segundos y él se ríe cuando le explico la cara que ha puesto Mila al comprender por qué estaba dejando a su sobrina en casa.

—Mañana va a interrogarme.

—Te lo has buscado.

—Gracias por el apoyo.

—Cuando empiece el interrogatorio, recuerda que yo no tengo nada que ver.

—Claro. Tú solo eres el motivo por el que necesitaba una canguro.

Kai se vuelve hacia mí.

Ahí está.

Esa mirada.

La misma de la playa.

La misma de anoche.

Solo dura un momento antes de que vuelva a concentrarse en la cena.

Bebo otro sorbo de vino y me digo que podemos hacer esto.

Podemos cenar, hablar y beber vino. Quizá después sentarnos un rato en el salón y continuar con esta representación absurda en la que ninguno sabe perfectamente cómo va a terminar la noche.

Aguanto unos cinco minutos más, antes de acabar contradiciéndome a mí misma.

—No puedo hacer esto.

Kai deja el cuchillo y me mira.

—¿Hacer qué?

—Esto. —Señalo la cocina, mi copa, la cena y finalmente a él—. Toda esta parte previa en la que cenamos, bebemos vino y mantenemos una conversación perfectamente normal fingiendo que no sabemos por qué Imogen está durmiendo en casa de Mila.

La comisura de su boca empieza a levantarse.

—No sabía que estuviéramos fingiendo nada.

—Pues todavía peor. Significa que tú estás realmente tranquilo y yo llevo diez minutos preguntándome cuánto tiempo se supone que tengo que esperar antes de poder lanzarme sobre ti sin parecer desesperada.

Ahora sí sonrío.

—Podrías haber empezado por ahí.

—Estoy intentando mantener cierta dignidad.

—¿Y cómo va?

—La acabo de perder por completo.

Kai se apoya contra la encimera y cruza los brazos. Está disfrutando demasiado de la situación. Lo miro a él, después a la sartén y finalmente a mi copa. Entonces se me ocurre una solución perfectamente razonable.

—¿Podemos alterar el orden de las cosas?

—¿Qué orden?

—El habitual. —Señalo la cena—. Podemos acostarnos primero y cenar después.

Kai se queda mirándome.

Por primera vez desde que he vuelto, consigo borrar esa tranquilidad irritante de su cara.

—¿Siempre eres tan impaciente?

—Te advertí de que la intensidad formaba parte del paquete.

Su mirada cambia.

—Empiezo a entender hasta qué punto.

Y con eso desaparece cualquier rastro de humor.

Kai deja lo que tiene entre las manos y apaga el fuego.

Mi corazón empieza a latir más deprisa cuando rodea la encimera.

Esta vez no tenemos que hablar de lo que queremos o esperamos. Ya lo hemos hecho esta tarde. No hay ninguna duda que resolver ni ninguna razón para detenernos.

Cuando llega hasta mí, me agarra por la cintura y me besa.

Le rodeo el cuello con los brazos y él me atrae con fuerza contra su cuerpo. Siento inmediatamente lo duro que está. El beso se vuelve intenso casi de inmediato, cargado con toda la tensión que llevamos acumulando desde que llegué a esta casa. Su lengua se desliza contra la mía, exigente, y yo le muerdo el labio inferior sin poder contenerme.

Kai me sujeta por la cintura y yo me río contra su boca cuando mi espalda choca suavemente contra la encimera. Él aprovecha para encajarse entre mis piernas y frotarse contra mí.

—¿De qué te ríes? —murmura contra mis labios, mientras una de sus manos baja hasta mi culo y me aprieta más cerca.

—De que podríamos habernos ahorrado los diez minutos de conversación... y de que llevo toda la tarde mojada pensando en esto.

Vuelve a besarme. Más profundo. Más sucio. Sus manos suben por debajo de mi camiseta y recorren mi espalda desnuda mientras yo le tiro del pelo.

Esta vez no intento decir nada más.

Un momento después, Kai se separa lo justo para mirar hacia los fogones. Su respiración está agitada y sus ojos se han oscurecido.

—La cena puede esperar.

Sonrío, todavía sin aliento.

—Sabía que acabarías entrando en razón.

Entrelaza sus dedos con los míos y salimos de la cocina dejando las dos copas de vino sobre la encimera y la cena a medio terminar... y yo con las piernas temblando de ganas.

16



Wendy

Llegamos a su habitación casi sin darnos cuenta.

Kai cierra la puerta de una patada y me empuja suavemente contra ella, besándome con una urgencia que me deja sin aire. Sus manos bajan hasta mi culo, me levantan y yo engancho las piernas alrededor de su cintura. Camina conmigo hasta la cama y me tumba de espaldas.

Se quita la camiseta de un tirón y yo aprovecho para desabrocharle el pantalón. Cuando por fin me deshago de él, su polla salta libre, gruesa y dura. Trago saliva.

Kai me mira con los ojos oscuros mientras me quita la ropa pieza por pieza. La camiseta, el sujetador, los pantalones cortos, las bragas. Cuando quedo completamente desnuda, se tumba de espaldas en el centro de la cama y me mira con lascivia.

—Ven aquí.

Me quedo confusa un segundo.

Él sonríe, lento y peligroso.

—Siéntate en mi cara, Wendy.

El calor me sube de golpe desde el estómago hasta las mejillas.

Durante un segundo no reacciono. Con Ray el sexo siempre había sido... correcto. Bueno, a veces incluso muy bueno, pero nunca sucio. Nunca tan directo. Nunca con esa mirada oscura y esa voz que me ordena sentarme en su cara como si fuera lo más natural del mundo. Había imaginado que Kai, con su control y su seriedad, sería más comedido en la cama. Me equivocaba. Y la equivocación me está gustando demasiado.

—¿En serio?

—Ahora.

Obedezco.

Me subo a la cama, me coloco a horcajadas sobre su pecho y voy subiendo despacio hasta que mis muslos quedan a ambos lados de su cabeza. Kai me agarra por las caderas y me baja el último centímetro.

Su lengua me encuentra de inmediato.

—¡Joder...! —jadeo, apoyando las manos en la cabecera.

Kai gruñe contra mi coño y me aprieta más contra su boca. Su lengua se mueve con hambre: lame, succiona, se mete dentro de mí y vuelve a subir para concentrarse en mi clítoris. No es suave. No es cuidadoso. Es voraz.

Me froto contra su cara sin poder evitarlo. Él me anima, agarrándome más fuerte las caderas y moviéndome exactamente como quiere. El sonido húmedo de su lengua trabajando me vuelve loca.

—Así... joder, Kai, así...

Introduce dos dedos de golpe y empieza a follarme con ellos mientras succiona mi clítoris con fuerza. El orgasmo me golpea tan rápido que casi me da vergüenza. Me corro gritando, temblando

sobre su cara, apretando sus dedos mientras él sigue lamiendo cada contracción.

Cuando por fin afloja, estoy temblando y sin aliento.

Kai me empuja suavemente hacia atrás hasta que me siento sobre su pecho. Tiene la boca y la barbilla completamente brillantes y una sonrisa de absoluta satisfacción.

—Todavía no he terminado contigo.

Me gira con facilidad, me pone a cuatro patas y se coloca detrás de mí.

Escucho el ruido del condón y un segundo después siento la cabeza gruesa de su polla presionando contra mi entrada todavía sensible.

—Dime que lo quieres —ordena, con la voz ronca.

—Lo quiero. Fóllame ya.

Entra de un solo empujón profundo.

Y esta vez no hay nada de paciencia.

Entra de un solo empujón profundo.

—¡Joder...! —grito, clavando los dedos en las sábanas.

Kai se queda quieto un segundo, completamente dentro de mí, dejándome sentir lo grueso y duro que está. Después empieza a moverse. Embestidas largas, profundas, controladas. Cada vez que entra del todo, su pelvis choca contra mi culo y se me escapa un gemido.

—Tan apretada... —gruñe detrás de mí—. Llevaba días imaginando exactamente esto.

Acelera el ritmo. Sus manos me agarran las caderas con fuerza y me usa para follarme más duro. El sonido de su piel contra la mía llena la habitación. Puedo oír lo mojada que estoy. Puedo oír cómo le gusta.

Me empuja hacia delante hasta que tengo el pecho contra el colchón y el culo en alto. Cambia el ángulo y de repente cada embestida roza mi punto más sensible.

—Ahí... no pares...

Kai se inclina sobre mi espalda, una mano se enreda en mi pelo y tira suavemente hacia atrás mientras la otra baja entre mis piernas para frotar mi clítoris.

El doble estímulo me desboca.

Me corro por segunda vez con un grito ahogado, apretándolo con fuerza. Kai gruñe y sigue follándome a través del orgasmo, sin piedad, hasta que mis brazos no aguantan y me derrumbo del todo.

Me gira de un movimiento y me pone de espaldas. Se coloca entre mis piernas, me las abre más y vuelve a entrar de un solo empujón. Esta vez puedo verle la cara: mandíbula tensa, ojos oscuros, el pelo pegado a la frente por el sudor.

Me besa mientras me folla. Más lento ahora, pero igual de profundo. Cada embestida es deliberada. Siento cada centímetro de él.

—Mírame —ordena.

Obedezco.

Nuestros ojos se encuentran y algo cambia. El sexo sigue siendo salvaje, pero ahora hay algo más. Algo que me asusta un poco... y que me gusta demasiado.

Kai me levanta las piernas y las pone sobre sus hombros. El nuevo ángulo hace que entre todavía más profundo. Empieza a follarme con fuerza otra vez. El colchón cruje bajo nosotros.

—Voy a correrme otra vez... —jadeo.

—Córrete. Quiero sentirte.

El tercer orgasmo me arranca un grito. Kai acelera al máximo, embiste dos, tres veces más y se corre con un gruñido gutural,

empujando hasta el fondo mientras su cuerpo se tensa sobre el mío.

Caemos los dos sobre la cama, sudorosos y jadeando.

Kai se deshace del condón, lo tira a la papelera y me atrae contra su pecho. Su corazón late con fuerza bajo mi oreja. Me pasa los dedos por el pelo con una ternura que contrasta brutalmente con lo salvaje que acaba de ser.

Durante un rato no decimos nada.

Solo respiramos.

Yo trazo círculos lentos sobre su pecho con el dedo índice, todavía sin creermelo del todo lo que acaba de pasar.

Siete años con la misma persona. Siete años sabiendo exactamente cómo iba a ser el sexo cada vez. Y ahora estoy aquí, todavía temblando, y la certeza de que nada de lo que creía saber sobre mí misma en la cama era del todo cierto. No sé si eso me aterra o me libera. Solo sé que quiero más.

—¿Haces esto a menudo? —pregunto.

Los dedos de Kai se detienen un instante en mi pelo.

—¿El qué?

Levanto la cabeza para mirarlo.

—No te hagas el tonto. Se te da sospechosamente bien para ser un padre soltero que trabaja demasiado y tiene una niña de ocho años viviendo en casa.

Una sonrisa aparece en su boca.

—¿Eso ha sido un cumplido?

—Ha sido una pregunta.

—Ha sonado bastante a cumplido.

—Kai.

Se ríe y vuelve a acariciarme el pelo.

—No, no lo hago a menudo. Pero ser padre soltero no implica llevar ocho años de celibato.

—Ya, pero tienes una hija en casa prácticamente siempre.

—Precisamente por eso nunca traigo a nadie aquí.

Eso me hace incorporarme un poco.

—¿Nunca?

—Nunca. Mi vida con Imogen y mi vida sexual siempre han estado separadas. Si he quedado con alguien, ha sido fuera de casa y cuando ella estaba con su madre o con María. No me interesa que conozca a una mujer distinta cada pocos meses ni que se pregunte qué hace alguien en mi habitación por la mañana.

No sé por qué esa respuesta me gusta tanto.

Probablemente porque significa que esto tampoco es habitual para él.

—Entonces estoy rompiendo una norma.

Kai baja la mirada hacia mí.

—Técnicamente, tú ya vivías aquí.

—Ah, perfecto. Has encontrado un vacío legal.

—Soy empresario. Se me dan bien esas cosas.

Me río y vuelvo a apoyar la cabeza sobre su pecho.

—Aun así, sigo teniendo dudas sobre cómo has adquirido semejante nivel de experiencia.

—No pienso darte mi currículum sexual, Wendy.

Me quedo callada unos segundos, trazando otra vez círculos distraídos sobre su pecho.

—Bueno —digo finalmente—. Sea cual sea tu misterioso historial, puedes transmitir a tus anteriores parejas mi agradecimiento por su contribución a tu formación.

Kai se ríe y me aprieta contra él.

—Por cierto, me muero de hambre.

—Entonces será mejor que bajemos. Todavía tengo que terminar de hacer la cena.

—Me parece un plan excelente.

Me incorporo, aunque durante unos segundos ninguno de los dos hace demasiado esfuerzo por levantarse.

Al final Kai me da un beso y sale de la cama.

—Vamos.

Lo imito y, en lugar de recuperar mi ropa, me pongo la camiseta negra que Kai ha dejado en el suelo. Me queda enorme, pero cumple perfectamente su función. Él, por su parte, decide que unos bóxers son ropa suficiente para bajar a cenar.

No pienso discutirlo.

Tener esas vistas mientras como me parece un complemento excelente para la cena.

—Espero que cocines tan bien como haces otras cosas.

Kai me mira por encima del hombro.

—Vas a tener que esperar para averiguarlo.

Sonrío.

Después de lo que acaba de pasar, creo que puedo soportar la espera.

17



Wendy

Cuando llego a casa de Mila a la mañana siguiente, mi amiga me abre la puerta todavía en pijama y con el pelo recogido en un moño.

—Imogen sigue durmiendo.

Miro la hora. Son las diez. A estas horas suele estar despierta siempre.

—¿En serio?

—Nash y ella se quedaron viendo una película hasta tarde. Bueno, ella se quedó viendo una película. Nash se durmió antes que Imogen y ahora insiste en que solo estaba descansando los ojos.

Sonrío mientras entro.

—Suenas creíble.

—Muchísimo. No hace falta que la despiertes. Quédate a tomar un café y cuando se levante os vais.

Acepto porque, por lo visto, el café que me he tomado con Kai antes de salir de casa no ha sido suficiente para convertirme en

persona y porque sé perfectamente que, si intento marcharme, Mila me perseguirá.

Anoche conseguí escapar.

Esta mañana no voy a tener tanta suerte.

La sigo hasta la cocina y me siento en uno de los taburetes mientras ella prepara dos cafés. Durante un par de minutos hablamos de Imogen, de lo bien que se lo han pasado y de que Nash aparentemente ha prometido llevarla a algún sitio la próxima vez que se quede con ellos.

Empiezo a pensar que quizá Mila ha decidido respetar mi intimidad.

Entonces deja mi taza delante de mí y se queda mirando mi cuello.

Oh, no.

Me llevo una mano hacia allí demasiado tarde.

Los ojos de Mila se abren.

—¿Eso es un chupetón?

—¿Qué?

Respuesta excelente, Wendy. Muy convincente.

—Tienes un chupetón en el cuello.

—Sé dónde están los chupetones, gracias.

Mila apoya las dos manos sobre la encimera.

—Así que por eso necesitabais desesperadamente que Imogen durmiera aquí.

—No necesitábamos desesperadamente nada.

Su mirada baja hacia mi mano, que continúa tapándome el cuello. La aparto. Ya no tiene sentido.

—Vale. Quizá necesitábamos un poco de... privacidad.

Mila sonríe lentamente.

—Te has acostado con Kai. —No es una pregunta.

Cojo el café y bebo para ganar unos segundos.

—Puede.

—Wendy.

—Sí.

Su sonrisa se hace enorme.

—¡Lo sabía!

—Baja la voz.

Miro automáticamente hacia el pasillo.

—Imogen está dormida arriba, tranquila. —Se sirve su café y se sienta frente a mí—. Vale. Necesito contexto. La última vez que hablamos, Kai solo era tu candidato perfecto para un hipotético lío de verano. Veo que la situación ha evolucionado.

—Han ocurrido cosas.

Mila mira mi cuello.

—Sí. Se aprecia.

Le lanzo una mirada.

—Simplemente hemos hablado como los adultos responsables que somos y hemos llegado a la conclusión de que no tiene sentido seguir fingiendo que no nos atraemos cuando es bastante evidente que sí. Ninguno de los dos quiere una relación, yo solo voy a estar aquí durante el verano y los dos sabemos exactamente en qué nos estamos metiendo. Así que hemos decidido disfrutarlo mientras dure.

Mila deja la taza sobre la encimera.

—¿Disfrutarlo?

—Sexo, Mila. Hemos decidido tener sexo.

Mila me observa por encima de la taza.

No dice nada.

—Puedes poner otra cara.

—No estoy poniendo ninguna cara.

—Esa es tu cara de «mi mejor amiga está tomando decisiones cuestionables y estoy intentando averiguar cómo decírselo sin que se enfade».

—Es increíble que tenga una cara tan específica.

—La conozco bien.

Mila sonríe, pero enseguida vuelve a ponerse seria.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

La respuesta me sale sin necesidad de pensarla.

—Sí. Acabo de salir de una relación de siete años. No quiero otra. Llevo prácticamente toda mi vida adulta formando parte de una pareja y ahora mismo lo último que me apetece es volver a empezar con citas, expectativas y conversaciones sobre hacia dónde va algo. Con Kai no tengo que preocuparme por eso. Los dos sabemos lo que es desde el principio.

—Y además está buenísimo.

—Eso ayuda muchísimo.

Mila se ríe.

—Vale. Ese argumento sí me convence.

—Gracias.

Bebo otro sorbo de café, satisfecha por haber ganado al menos una pequeña parte de la discusión.

—¿E Imogen? ¿Qué vais a hacer con ella?

—Nada. Hemos hablado de eso. Delante de Imogen no cambia absolutamente nada. Yo sigo siendo Wendy, su niñera, y él sigue siendo Kai, su padre responsable. No vamos a besarnos delante de ella ni a hacer nada que pueda confundirla.

Mila me mira.

—Tiene ocho años, Wendy, no tres. Y vive en la misma casa que vosotros. Se fija en todo.

—Podemos ser discretos.

La expresión de Mila deja bastante claro lo que piensa sobre nuestras posibilidades.

—¿Qué?

—Nada.

—Otra vez estás poniendo la cara.

—Solo digo que va a requerir cierto esfuerzo. Sobre todo por tu parte. Te recuerdo que eres una pésima mentirosa, se te olvida la mitad de las cosas cuando tienes la cabeza en otra parte y tienes la capacidad de guardar un secreto durante aproximadamente cinco minutos antes de decir algo que no deberías.

—Eso es una exageración.

—Wendy, una vez organizamos una fiesta sorpresa para Ray y le preguntaste si prefería una tarta de chocolate o de zanahoria «sin ningún motivo en particular».

Hago una mueca.

—Esto es diferente. Solo tengo que acordarme de no besar a Kai delante de Imogen. Creo que puedo manejarlo.

Justo entonces, escuchamos unos pasos en el piso de arriba y, poco después, Imogen aparece en la cocina con el pelo

completamente revuelto y cara de no saber todavía en qué planeta está.

—Wendy.

Su expresión se ilumina al verme.

—Buenos días, dormilona.

Se acerca y yo me agacho para recibir el abrazo que prácticamente me lanza encima.

—Nash se durmió durante la película —me informa inmediatamente.

Desde algún lugar de la casa escuchamos:

—¡No estaba dormido!

Imogen se ríe.

—Sí que lo estabas.

—Estaba descansando los ojos.

—Roncabas.

Me río mientras vuelvo a incorporarme.

Mila aprovecha que Imogen se dirige hacia la nevera para acercarse a mí.

—Por cierto —murmura.

—¿Qué?

Se señala discretamente el cuello.

—Tápate eso antes de que la niña empiece a hacer preguntas.

Me llevo la mano al chupetón.

Mierda.

Mila sonríe con toda la satisfacción del mundo.

Vale.

Puede que lo de ser discretos necesite algo de práctica.

18



Kai

Las últimas semanas han confirmado dos cosas.

La primera es que acostarme con Wendy fue una idea de mierda.

La segunda es que no tengo ninguna intención de dejar de hacerlo.

Nuestro acuerdo parecía bastante sencillo cuando hablamos de ello en la playa. Mientras ella estuviera en California podíamos disfrutar de lo que había entre nosotros sin convertirlo en una relación. Sin expectativas, sin promesas y, sobre todo, sin que Imogen supiera nada.

Esa última parte ha resultado ser la más complicada.

No porque Imogen sospeche nada, al menos que yo sepa, sino porque compartir casa con la mujer con la que te estás acostando y fingir que no ocurre nada exige bastante más autocontrol del que esperaba.

Hemos aprendido a aprovechar oportunidades.

Las clases de piano de Imogen. Alguna tarde que pasa con Mila y Nash. Los ratos en los que está en casa de alguna amiga. Una noche en la que María vino a verla y terminó llevándosela a cenar porque Imogen llevaba días insistiendo en que quería enseñarle no sé qué tienda nueva de Golden Cove.

Y luego están las oportunidades que Wendy inventa.

Hace unos días apareció en mi despacho a media mañana con la excusa de traerme algo que había olvidado en casa.

No había olvidado nada.

Cerré la puerta, la subí a la mesa y me la follé con la mano tapándole la boca para que no gritara.

Ayer me mandó un mensaje desde su habitación cuando Imogen ya dormía.

WENDY

¿Estás ocupado?

Le respondí que estaba terminando unas cosas. Treinta segundos después recibí otro.

WENDY

Respuesta incorrecta.

Un minuto más tarde estaba en su habitación, con ella de rodillas entre mis piernas y mi polla enterrada hasta el fondo de su garganta. Terminé las cosas por la mañana... después de correrme dos veces.

El problema es que no se limita al sexo.

Eso habría sido mucho más fácil.

También están las noches en las que terminamos hablando en la cocina después de que Imogen se acueste. Las mañanas en las que bajo y Wendy ya está desayunando con ella, con el pelo todavía revuelto de la noche anterior. Las discusiones absurdas sobre que película vamos a ver los tres. Las cosas de Wendy que han empezado a aparecer por toda la casa aunque lleva aquí menos de un mes.

Su taza favorita junto a las nuestras.

Un ovillo de lana abandonado en el salón desde que decidió que iba a aprender crochet y descubrió que quizá cuatro días no eran suficientes para dominarlo.

Sus sandalias junto a la puerta.

Su champú en la ducha de mi habitación alguna mañana, porque olvidarse de devolverlo a su baño parece formar parte de su concepto de discreción.

Debería molestarme.

No lo hace. Y probablemente prefiero no analizar demasiado esa parte.

Estoy revisando unos correos en el despacho cuando mi teléfono empieza a vibrar sobre la mesa. Veo el nombre en la pantalla y sé que algo va mal antes incluso de responder.

Olivia.

Faltan tres días para que empiecen sus dos semanas con Imogen.

—Hola.

—Kai, necesito hablar contigo sobre el lunes.

Cierro los ojos.

—¿Qué pasa el lunes?

Hay un breve silencio al otro lado.

—Me ha surgido un compromiso.

Me recuesto en la silla.

—No.

—Ni siquiera sabes qué voy a decirte.

—Sé exactamente qué vas a decirme.

Olivia suspira.

—Me han ofrecido cubrir unas fechas de una gira. La violinista que iba a hacerlas ha tenido un problema y necesitan a alguien con muy poca antelación. Es una oportunidad importante, Kai. No puedo rechazarla.

Aprieto la mandíbula.

—Sí puedes.

—No, no puedo. Decir que no supondría poner en peligro otros contratos.

—Le prometiste a tu hija que el lunes irías a buscarla y pasaríais dos semanas juntas. ¿Vas a dejarla plantada este año otra vez?

—No estoy cancelando las dos semanas. Solo tendría que retrasarlo unos días.

—¿Cuántos?

Otro silencio.

—Aún no lo sé. Cinco días, como máximo siete.

Me levanto de la silla y camino hasta la ventana.

—Olivia...

—Intentaré reorganizarlo para estar con ella la segunda semana. Incluso podría alargarlo algunos días después si consigo cuadrarlo.

—No puedes seguir eligiendo conciertos por encima de Imogen.

—No estoy eligiendo conciertos por encima de Imogen, Kai. Sabes perfectamente cómo funciona mi trabajo.

—Y tú sabías perfectamente que tenías esas dos semanas reservadas para estar con tu hija. Imogen lleva semanas esperando. Tiene ocho años. No entiende de giras, sustituciones ni oportunidades profesionales. Entiende que su madre le dijo que el lunes estaría aquí y que ahora no va a venir.

—No necesito que me expliques cómo funciona nuestra hija.

—Entonces deja de obligarme a explicarle por qué has vuelto a cancelar vuestras vacaciones juntas.

Olivia guarda silencio. Sé que estoy siendo duro, pero también sé que estoy cansado de tener esta conversación todos los años.

—No lo hago para hacerle daño —dice finalmente.

—Ya lo sé.

Y esa es probablemente la peor parte.

Olivia quiere a Imogen. Nunca he dudado de eso.

Pero quererla y estar cuando te necesita no siempre han significado lo mismo para ella.

—Te llamaré cuando sepa exactamente cuándo puedo volver —dice.

—Lláname a mí. No le prometas nada a Imogen hasta que tengas un billete comprado.

La conversación termina poco después.

Me quedo un rato mirando el teléfono.

Ahora viene la parte que odio de verdad.

Imogen está en el salón con Wendy cuando llego a casa.

Las encuentro sentadas en el suelo rodeadas de cuentas de colores, con varias pulseras a medio hacer. Wendy está intentando deshacer un nudo mientras Imogen le explica algo que parece requerir una cantidad desproporcionada de gestos.

Mi hija levanta la cabeza al verme.

—Papá.

Sonríe.

Y se me revuelve el estómago. Wendy me mira después y su sonrisa desaparece casi inmediatamente. Me conoce lo suficiente para darse cuenta de que algo ha pasado.

—Imogen —digo—, ¿puedes venir un momento?

Ella mira las cuentas.

—Estoy terminando una pulsera.

—Puedes terminarla luego. Es importante.

No protesta. Deja lo que estaba haciendo a un lado, se levanta y viene conmigo hasta el sofá. Wendy nos mira desde su sitio.

—Mamá me ha llamado esta tarde.

Su expresión cambia inmediatamente.

—¿A qué hora viene el lunes?

No hay una forma buena de decirlo.

—Al final no podrá venir el lunes.

La sonrisa desaparece.

—¿Por qué?

—Le ha salido trabajo. Tiene que viajar unos días y está intentando organizarse para que podáis pasar juntas la segunda semana.

Imogen se queda mirándome.

—Pero dijo dos semanas.

—Lo sé.

—Me lo prometió.

—También lo sé.

Sus ojos empiezan a llenarse de lágrimas, aunque hace un esfuerzo evidente por contenerlas.

—¿Qué es más importante que yo esta vez?

La pregunta me golpea directamente en el pecho.

—No es que haya algo más importante que tú.

—Siempre dices eso, pero no es verdad. Si yo fuera lo más importante, mamá no cambiaría siempre nuestros planes.

No sé qué responder.

—Imogen...

—No quiero hablar.

—Cariño, espera.

—¡He dicho que no quiero hablar!

Sale del salón y unos segundos después escucho cerrarse la puerta de su habitación en la planta de arriba. No de un portazo. Casi lo habría preferido.

—Joder.

Wendy no intenta decirme que no pasa nada.

Tampoco me dice que Olivia seguramente lo compensará ni ninguna de las frases que la gente utiliza cuando quiere arreglar algo

que no tiene arreglo.

Simplemente se sienta a mi lado.

—Así que esto es a lo que te referías cuando me dijiste que no hiciera planes por si Olivia cancelaba sus vacaciones con Imogen.

Asiento y me paso una mano por la cara.

—Sí. Aunque esperaba equivocarme este año.

—Me dijiste que había pasado otras veces y que le afectaba, pero no imaginaba que lo viviera así.

—Cada vez es peor. Antes se enfadaba, lloraba un rato y se le pasaba. Ahora es mayor. Se da cuenta de que no es una excepción, sino algo que se repite. Y no puedo seguir diciéndole que la próxima vez será diferente porque ni siquiera sé si es verdad.

Wendy permanece unos segundos en silencio.

—Entonces no intentemos que no esté triste.

La miro.

—¿Qué quieres decir?

—Tiene derecho a estarlo. Su madre acaba de cancelar algo que esperaba desde hace semanas. No vamos a conseguir que deje de dolerle con palabras bonitas. —Hace una pequeña pausa—. Pero eso no significa que tenga que pasarse toda la semana que viene pensando únicamente en lo que debería estar haciendo con Olivia.

—¿Y cómo hacemos eso?

Wendy se queda pensativa unos segundos.

—Podríamos aprovechar que esos días ya iban a ser diferentes y hacer algo nosotros. Irnos a algún sitio, aunque solo sean un par de días. Unas pequeñas vacaciones los tres.

—Tengo que trabajar.

—Eres dueño del resort, Kai. Alguna ventaja tendrá que tener.

—También soy el dueño al que llaman cuando hay un problema.

—Pues durante dos días pueden llamar al otro dueño.

Casi sonrío.

—Nash va a adorarte.

—Nash me adora. —Se encoge de hombros—. Además, no estoy diciendo que tengamos que cruzarnos el país. Podemos buscar algo cerca, cambiar de aires y hacer que tenga otra cosa que esperar esta semana.

Miro hacia el pasillo.

No va a arreglar lo que acaba de pasar. Wendy tampoco está proponiendo que lo haga. Olivia seguirá sin estar aquí el lunes e Imogen seguirá teniendo motivos para estar enfadada con ella.

Pero quizá Wendy tenga razón.

—¿Y adónde se supone que vamos?

Ella sonrío.

—No tengo ni idea. Preguntémosle.

Imogen tarda bastante en salir de su habitación.

Cuando finalmente lo hace, tiene los ojos hinchados y la expresión de quien sigue enfadada con el mundo entero.

No intentamos convencerla de que deje de estarlo, Wendy simplemente le hace sitio a su lado.

—Tu padre y yo hemos pensado una cosa.

Wendy me mira, como buscando mi aprobación antes de continuar. Asiento ligeramente.

—Como esta semana iba a ser especial, creemos que debería seguir siéndolo. Así que podemos hacer algo los tres. Lo que tú quieras.

Giro la cabeza hacia Wendy.

—Quizá deberíamos establecer algún límite antes de...

Demasiado tarde. Imogen ya está mirándola con interés.

—¿Lo que yo quiera?

—Dentro de unos márgenes razonables —intervengo.

Wendy alza una ceja.

—Qué poco espíritu aventurero.

—Soy el único que está pensando en las consecuencias de darle libertad absoluta a una niña de ocho años.

Imogen guarda silencio mientras lo piensa.

—¿Podríamos irnos unos días?

—Claro —responde Wendy.

—Unos días sí —aclaro antes de que esto se nos vaya de las manos—. La semana entera no puedo. Tengo una reunión importante el jueves que no puedo mover.

—Entonces podemos volver antes del jueves —dice Wendy, como si acabara de solucionar el único problema existente.

Imogen ya parece bastante más interesada.

—¿Y puedo elegir dónde?

Wendy abre la boca.

—Dentro de California —me adelanto.

Ella gira la cabeza hacia mí.

—Iba a decir exactamente eso.

—No te creo.

Imogen apenas nos escucha. Se queda pensando unos segundos y, de pronto, abre mucho los ojos.

—¡Disneyland!

Wendy me mira.

Yo miro a Wendy.

—A mí me parece una idea buenísima.

Por supuesto que sí.

La sonrisa de Imogen se ensancha.

—Podríamos ir el lunes y quedarnos hasta el miércoles.

La miro.

Hace cinco minutos estaba encerrada en su habitación y ahora ya está organizando el viaje.

—Primero tengo que comprobar que puedo mover un par de cosas y encontrar dónde quedarnos.

—Eso significa que sí —traduce Wendy.

—Eso significa exactamente lo que acabo de decir.

—Cuando los adultos dicen que tienen que comprobar cosas siempre significa que sí.

—Tú eres adulta.

Wendy parece pensárselo.

—Discutible.

A Imogen se le escapa una risa.

Y ahí dejo de intentar ganar la discusión.

—Vale —digo—. Disneyland.

—¿En serio?

—En serio. El lunes nos vamos y volvemos el miércoles. Pero necesito trabajar un rato esta tarde para dejar algunas cosas organizadas y el jueves tengo que estar aquí para la reunión.

Imogen asiente con tanta energía que no creo que haya escuchado más allá de *el lunes nos vamos*.

—¡Voy a hacer una lista!

—¿Una lista de qué?

—De todo lo que tenemos que hacer.

Wendy se levanta inmediatamente.

—Necesitamos prioridades. Atracciones, comida, cosas que quieras ver...

—Y personajes.

—Y personajes. Eso es importantísimo.

Las dos desaparecen hacia la cocina en busca de papel como si acabaran de recibir el encargo de organizar una expedición internacional.

Me quedo en el salón.

Sobre la mesa siguen las cuentas de colores que habían dejado antes. En el sofá está la manta que Imogen ha apartado cuando se ha levantado para encerrarse en su habitación.

Hace menos de media hora estaba llorando.

Wendy no ha conseguido que deje de echar de menos a su madre. Tampoco ha intentado hacerlo. El lunes Olivia seguirá sin estar aquí y sé que, cuando pase la emoción del viaje, Imogen volverá a pensar en ella.

Pero ahora escucho a mi hija reírse desde la cocina mientras Wendy intenta convencerla de que comer cinco veces en un solo día también puede considerarse una actividad.

Y tiene algo que esperar.

Algo que hace media hora no tenía.

Me levanto y voy hacia el despacho para empezar a reorganizar mi agenda.

Antes de entrar, miro una última vez hacia la cocina.

Wendy está inclinada sobre la mesa junto a Imogen, completamente concentrada en una lista que ya ocupa media página. Dice algo que no alcanzo a escuchar y mi hija vuelve a reírse.

Sonrío.

Definitivamente voy a tener que agradecerle la idea.

Y ya se me ocurren varias formas bastante concretas de hacerlo... todas ellas cuando Imogen esté dormida y yo pueda tener a Wendy exactamente donde quiero: debajo de mí, encima de mí, o de rodillas, dependiendo de lo agradecido que me sienta.

19



Wendy

Después de un vuelo de poco más de una hora y de pasar por el hotel para dejar las maletas, por fin llegamos a Disneyland.

Los ojos de Imogen brillan desde que cruzamos la entrada, pero no es la única emocionada.

Yo nunca había estado aquí.

Y descubro que tengo bastante menos dignidad de la que esperaba cuando aparece el castillo al final de Main Street y siento unas ganas completamente irracionales de echar a correr hacia él.

—¡Mira! —Imogen me agarra del brazo, aunque resulta bastante evidente que las dos estamos mirando exactamente lo mismo.

—Lo estoy viendo.

—Tenemos que hacernos una foto delante.

—Por supuesto.

—Y después podemos ir a Space Mountain.

—Por supuesto.

—Y quiero unas orejas de Minnie.

—Yo también.

Kai, que camina a nuestro lado, gira lentamente la cabeza hacia mí.

—Se supone que tú eres la adulta que he traído para ayudarme.

—Lo era antes de entrar.

Imogen se ríe y tira de mi mano hacia el castillo.

—¡Vamos!

La sigo sin oponer ninguna resistencia.

Detrás de nosotras, Kai suspira.

—Esto va a ser agotador.

Me giro caminando de espaldas.

—Todavía puedes comprarte unas orejas y unirte a nosotras.

—Eso no va a pasar.

Dos horas después, Imogen y yo llevamos orejas de Minnie.

También hemos conseguido subir a tres atracciones, comprar algo que Imogen asegura que necesitaba urgentemente y cambiar aproximadamente cuatro veces el orden de todo lo que queríamos hacer.

Kai ha asumido su papel.

Lleva la mochila.

Consulta los tiempos de espera.

Nos recuerda que beber agua también forma parte de pasar el día en Disneyland y no únicamente correr de una atracción a otra hasta desmayarnos.

Y, para mi sorpresa, parece estar divirtiéndose.

Había imaginado que Kai sería uno de esos padres que acompañan a sus hijos a esta clase de sitios y pasan buena parte del día esperando a que termine. El encargado de sujetar bolsos, hacer fotografías y mirar el reloj.

Me equivocaba.

Cuando Imogen quiere repetir una atracción, él es el primero en comprobar cuánto hay que esperar. Cuando nos subimos a Space Mountain, se ríe de mi grito durante prácticamente todo el recorrido. Y cuando salimos y lo acuso de haber gritado exactamente igual que yo, tiene la poca vergüenza de negarlo.

—Te he oído.

—Lo dudo. Estabas demasiado ocupada intentando perforarme un tímpano.

—Era mi primera vez. Tenía derecho a gritar.

—No he dicho que no lo tuvieras.

—Te estabas riendo de mí.

—También tengo derecho a divertirme.

Lo miro.

—Empiezo a arrepentirme de haber venido contigo.

Kai sonríe.

—Todavía nos quedan dos días.

El problema es que esa sonrisa me provoca un cosquilleo en el estómago.

Tengo que recordarme que estamos en Disneyland con su hija y no en casa, donde puedo reaccionar a determinadas sonrisas de Kai de formas mucho más interesantes.

Por suerte, Imogen aparece entre nosotros antes de que mi cerebro continúe por ahí.

—Quiero tortitas.

—Vamos a comer dentro de poco —dice Kai.

—Pero todavía no estamos comiendo.

Imogen se vuelve hacia mí y pone su carita de súplica. Sabe que soy el eslabón más débil.

—No la mires a ella —dice Kai.

—¿Por qué?

—Porque Wendy lleva desde que hemos entrado concediéndote todo lo que pides.

—Eso no es verdad.

Kai me mira.

—Llevas orejas de Minnie.

—Porque me apetecía.

—También le has comprado un peluche.

Resoplo.

—Estamos en Disneyland, ¡no puedes traer a una niña de ocho años y pretender que salga de aquí sin un peluche! Hay leyes contra eso.

—Estoy bastante seguro de que no las hay.

—Pues debería haberlas.

Imogen asiente con solemnidad.

—Yo también creo que debería haberlas.

—Gracias. —La señalo—. La niña entiende de derechos fundamentales.

Kai nos mira alternativamente.

—Sois demasiado peligrosas juntas.

—Y todavía nos quedan dos días —le recuerdo, devolviéndole sus propias palabras.

Imogen sonríe satisfecha.

Kai nos observa a las dos durante unos segundos y acaba negando con la cabeza.

Diez minutos después estamos comiendo tortitas.

Incluso Kai.

Cuando regresamos al hotel varias horas después, mis pies han dejado oficialmente de pertenecerme.

Hemos almorzado en el parque, hemos subido a tantas atracciones que he perdido la cuenta y hemos recorrido suficientes kilómetros como para que me cueste creer que esta mañana entrara aquí prácticamente dando saltitos.

Imogen, en cambio, asegura que no está cansada.

Lo hace mientras se arrastra prácticamente por el pasillo del hotel.

—Estoy perfectamente —insiste cuando Kai abre la puerta de nuestra habitación.

—Nadie ha dicho lo contrario —responde él.

—Pero estás pensando que estoy cansada.

—También estoy pensando que mañana vas a despertarte antes que nosotros y volverás a tener energía suficiente para agotarnos durante otras doce horas.

Imogen sonríe.

—Seguramente.

Las habitaciones están comunicadas por un baño compartido. Imogen y yo ocupamos una y Kai la otra.

Dejo las bolsas sobre una silla y me quito las zapatillas.

El alivio es casi religioso.

—No pienso volver a ponerme zapatos hasta mañana.

Kai se apoya en el marco de la puerta del baño.

—Tenemos que cenar.

Miro mis pies.

—Acepto comida siempre que pueda conseguirla sin caminar.

—Podemos pedir algo.

—Sabía que había algún motivo por el que me gustabas.

Sus ojos se quedan un instante en los míos.

Imogen aparece entre nosotros.

—Yo quiero pizza.

—Pizza —repito—. Tu hija vuelve a demostrar que es la persona más sensata de esta familia.

La palabra sale sola.

Familia.

Por suerte, ninguno parece darle importancia.

Pedimos la cena y, mientras esperamos, nos turnamos para ducharnos. Cuando por fin llega la comida, Imogen ya lleva el pijama puesto y yo he sustituido mis orejas de Minnie por el moño más desastroso que he conseguido hacerme en toda mi vida.

Kai aparece desde su habitación con una camiseta y unos pantalones cortos. Recién duchado. Con el pelo todavía húmedo.

Ummmm... demasiado apetecible.

Como si no hubiera tenido suficiente trabajo durante todo el día recordándome que no puedo tocarlo.

Cenamos en nuestra habitación porque Imogen decide que su cama es bastante más cómoda que cualquier mesa. Terminamos los tres alrededor de las cajas de pizza mientras ella repasa sus momentos favoritos del día y organiza mentalmente todo lo que tenemos que hacer mañana.

—Y tenemos que volver a Space Mountain.

—Eso ya lo has dicho —le recuerda Kai.

—Porque es importante.

—También has dicho que quieres repetir Pirates.

—También es importante.

Me termino mi porción.

—Estoy empezando a sospechar que todo es importante.

Imogen me mira con absoluta seriedad.

—Es Disneyland.

—Buen argumento.

Kai resopla.

—No sé para qué sigo interviniendo.

—Para pagar —le recuerda Imogen.

Me echo a reír.

—No te rías —dice Kai—. Tú estás fomentando esto.

—Estoy de vacaciones.

—Trabajas para mí.

—Ahora mismo estoy fuera de servicio.

Seguimos hablando un rato después de terminar de cenar. Imogen insiste en que no tiene sueño, aunque cada vez participa menos en la conversación y lleva varios minutos tumbada atravesada sobre la cama.

Cuando vuelve a bostezar, Kai la mira.

—¿Segura de que no estás cansada?

—Segurísima.

—Perfecto.

—Solo voy a cerrar los ojos un momento.

Cinco minutos después no responde cuando le pregunto qué quiere desayunar mañana. La miro. Sigue con los ojos cerrados, la boca entreabierta y una mano todavía apoyada sobre el peluche que hemos comprado esta mañana.

—Imogen.

Nada. Kai se echa a reír.

—Y eso que estaba segurísima.

Compartimos una sonrisa cómplice.

Recojo las cajas mientras él aparta con cuidado el peluche, acomoda a Imogen sobre la almohada y la tapa.

Me quedo mirándolo un instante otra vez. Lo llevo haciendo todo el día.

Lo he visto acordarse de que Imogen necesitaba beber antes de que ella tuviera sed, guardar sus orejas cuando le molestaban, agacharse para atarle un cordón sin interrumpir lo que estaba contando y saber que empezaba a estar cansada mucho antes de que ella estuviera dispuesta a reconocerlo. Pequeñas cosas que Kai hace de forma automática, sin esperar que nadie se fije en ellas, porque lleva ocho años pendiente de su hija.

Y yo me he fijado.

Demasiado.

Porque me gusta esa parte de él. Me gusta ver lo atento que está a Imogen incluso cuando parece ocupado en otra cosa, la paciencia que tiene con ella y la facilidad con la que consigue que se sienta segura sin tratarla como si fuera más pequeña de lo que es.

Hasta ahora se suponía que debía gustarme Kai por razones mucho más sencillas.

Por su cuerpo. Por cómo me besa. Por lo que hacemos cuando conseguimos estar solos.

Esto es diferente.

Y bastante más peligroso.

Kai se incorpora y nuestras miradas se encuentran.

—¿Qué?

—Nada.

—Llevas todo el día mirándome, ¿crees que no me he dado cuenta?

Mierda.

—Quizá tengas algo en la cara.

Una sonrisa lenta aparece en sus labios.

—¿Ser absurdamente atractivo?

Resoplo.

—Sí, Kai. Debe de ser eso. —Sonríe—. ¿Y qué hay de ti? Tú tampoco has dejado de mirarme. ¿Por qué?

Lo piensa durante unos segundos.

—Bueno, supongo que lo de ser absurdamente atractivo es algo que compartimos.

Pongo los ojos en blanco, aunque noto cómo se me escapa una sonrisa.

—Tu modestia sigue siendo una de tus mejores cualidades.

—Lo sé. Tengo muchas.

Y ahí está de nuevo.

Ese impulso automático de acercarme a él.

Solo que ahora Imogen está dormida.

Eso cambia considerablemente las cosas.

Kai mira a su hija y después a mí. Señala con la cabeza hacia el baño y lo sigo hasta su habitación, cerrando la puerta con cuidado detrás de nosotros.

De repente, después de todo un día rodeados de gente y con Imogen prácticamente pegada a nosotros, estamos solos.

Kai se vuelve hacia mí.

—Hola.

Me río en voz baja.

—Hola.

—Creo que hoy apenas he podido tocarte.

—Una tragedia.

—No te burles. Ha sido un día muy largo.

Se acerca y me rodea la cintura. Apoyo las manos sobre su pecho y levanto la cara hacia él.

—No podemos hacer nada con Imogen ahí.

—Ya lo sé. Pero besarme sí puedes.

—Eso creo que puedo permitírmelo.

Kai sonríe y se inclina hacia mí.

Me besa despacio y yo le rodeo el cuello con los brazos. Después de todo un día sin poder acercarnos demasiado, resulta demasiado fácil olvidarme durante unos segundos de que Imogen duerme en la habitación de al lado.

Por eso, cuando noto que el beso empieza a convertirse en otra cosa, me aparto.

—Será mejor que vuelva.

Kai asiente, aunque no me suelta inmediatamente.

—Buenas noches, Wendy.

—Buenas noches.

Le doy un último beso y regreso por el baño a mi habitación.

Imogen sigue profundamente dormida, abrazada al peluche que hemos comprado esta mañana. Me meto en mi cama y apago la luz.

Durante unos segundos pienso en Kai, a apenas unos metros de distancia.

Pero cuando cierro los ojos no es nuestro beso lo que aparece en mi cabeza.

Es la fotografía de esta mañana frente al castillo.

Imogen en medio, Kai a un lado y yo al otro. Los tres sonriendo a la cámara.

Parecemos una familia.

Y lo peor es que, durante todo el día, también me he sentido un poco como si lo fuéramos.

Eso sí que no formaba parte de nuestro pacto.

20



Kai

El martes por la mañana, mientras desayunamos en el hotel antes de volver al parque, Imogen decide que quiere ser princesa.

No es una metáfora.

—Hay una actividad esta tarde —dice, colocando delante de mí un folleto que ha debido de coger en recepción—. Sophie hizo una cuando vino el año pasado y dice que es increíble.

Cojo el papel mientras Wendy se inclina sobre mi hombro para leerlo también.

Es una especie de experiencia infantil organizada por el hotel: vestidos, peinados, manualidades, una merienda con personajes y no sé cuántas cosas más que aparentemente hacen falta para convertir durante dos horas a un grupo de niñas en princesas.

Hay una frase que no me gusta: Actividad exclusiva para niños. Recogida a las seis.

—No sé, Imogen.

—¿Por qué?

—Porque son dos horas. Sin nosotros.

—Papá, esa es la gracia.

Wendy suelta una risa y yo giro la cabeza hacia ella.

—¿Quieres compartir con nosotros qué te hace tanta gracia?

—Tu cara, principalmente.

No hace falta que diga nada. Tiene esa sonrisa que lleva utilizando desde que llegamos a Disneyland cada vez que considera que estoy comportándome como un padre excesivamente preocupado.

Imogen vuelve a señalar el folleto.

—Hay monitores. Y personajes. Y haremos coronas. Además, pone que es para niños de seis a doce años y yo tengo ocho, así que puedo ir.

—Ya sé que puedes ir. Lo que no tengo tan claro es dejarte allí dos horas sola.

—No voy a estar sola. Estaré con los monitores y los otros niños.

Wendy se tapa la boca con la taza de café.

—Te estás divirtiendo demasiado con esto.

—Muchísimo.

Vuelvo al folleto. La actividad se hace en una de las salas infantiles del hotel, no tenemos que dejarla en ningún sitio que no conozcamos y hay personal suficiente. No existe ninguna razón lógica para decirle que no.

Aun así, no me entusiasma.

Estamos aquí solo tres días. Vinimos para pasar tiempo con ella después de que Olivia cancelara sus planes y la idea de dejarla durante dos horas en una actividad mientras Wendy y yo hacemos cualquier otra cosa me resulta un poco absurda.

—¿De verdad quieres pasar parte de la tarde ahí dentro en lugar de estar en el parque?

Imogen asiente sin dudar.

—Sí. Wendy y tú podéis hacer algo mientras tanto.

—Podemos aprovechar para repetir alguna atracción a la que tú no quieras subir —propone Wendy.

La miro.

Y entonces mi cerebro decide funcionar.

Dos horas.

Imogen dentro de una actividad infantil.

Wendy y yo fuera.

Las habitaciones del hotel están a menos de diez minutos.

Joder.

Bajo otra vez la mirada hacia el folleto.

La actividad empieza a las cuatro y termina a las seis.

Ciento veinte minutos.

De repente, encuentro bastante menos inconvenientes.

—Bueno, si de verdad quieres ir...

Wendy se gira lentamente hacia mí.

—Vaya.

—¿Qué?

—Nada.

Pero está sonriendo.

Imogen coge el folleto de mis manos.

—¿Entonces puedo?

—Sí.

—¡Gracias!

Se levanta de la silla y me abraza antes de volver a sentarse para leer por tercera vez todo lo que incluye la actividad.

Yo cojo el café.

Wendy continúa mirándome.

—¿Qué? —pregunto.

—Ha sido impresionante.

—No sé de qué hablas.

—Hace treinta segundos te parecía terrible perder dos horas de nuestro último día entero en Disneyland.

—He valorado la situación.

—Claro.

—He comprobado que la actividad es segura.

—Por supuesto.

Bebo un poco de café.

—Y parece que le hace ilusión.

—Muchísima.

Hay algo en su tono que deja bastante claro que no se cree una mierda.

Me acerco un poco a ella para que Imogen no nos escuche.

—¿Tienes algún problema con que vaya?

Wendy niega inmediatamente.

—Ninguno. De hecho, ahora mismo me parece una actividad infantil maravillosa y muy necesaria para su desarrollo.

Tengo que contener una sonrisa.

—¿Ah, sí?

—La independencia es importantísima a esta edad.

Se nos escapa una risa compartida e Imogen levanta la vista.

—¿De qué os reís?

—De nada —respondemos los dos al mismo tiempo.

Mi hija nos observa un momento, decide que no le interesa y vuelve al folleto.

Wendy acerca la taza a los labios.

—Dos horas —murmura.

—Ciento veinte minutos.

La sonrisa que aparece en su cara hace que, durante unos segundos, Disneyland deje de parecerme especialmente interesante.

Después de dejar a Imogen en la actividad infantil regresamos a la habitación en menos de ocho minutos.

Cierro la puerta con el pestillo y antes de que Wendy pueda decir nada la empujo contra ella y la beso. Esta vez no hay peligro. No hay niña dormida al lado. Solo dos horas enteras y una cama grande.

Wendy me tira de la camiseta mientras yo le bajo los pantalones cortos. En menos de un minuto estamos desnudos sobre la cama. Me tumbo entre sus piernas y las abro despacio con las manos.

—Dos horas enteras —murmuro contra el interior de su muslo—. Voy a aprovecharlas.

Bajo la cabeza.

Mi lengua encuentra su coño ya húmedo. El primer lametón es lento, de abajo arriba, saboreándola por completo. Wendy suelta un gemido largo y profundo que esta vez no tiene que contener. Me agarro con fuerza a sus muslos y la abro todavía más, dejando todo expuesto para mí.

Paso la punta de la lengua por sus pliegues con calma, explorándola. Subo hasta su clítoris, lo rodeo una vez, dos, tres, sin tocarlo del todo. Wendy se retuerce e intenta acercar las caderas, pero yo la mantengo firmemente en su sitio. Solo cuando ella suelta un quejido de frustración bajo la lengua y chupo suavemente el clítoris entre mis labios.

—Kai... joder...

No contesto. Me concentro únicamente en ella. Lamo con movimientos lentos y firmes, alternando entre succionar su clítoris y meter la lengua dentro de ella lo más profundo que puedo. El sabor de Wendy se me sube a la cabeza. Llevo días queriéndola así: abierta, ruidosa.

Acelero un poco. Mi lengua se mueve más rápido sobre su clítoris, de lado a lado, después en círculos, después succionando con fuerza. Wendy arquea la espalda y clava los dedos en mi pelo, tirando de él. El sonido húmedo de mi lengua trabajando su coño llena la habitación. Es obsceno y me pone todavía más duro.

Cambio el ritmo otra vez. Vuelvo a los movimientos lentos y profundos, metiendo la lengua dentro de ella y sacándola con calma, como si quisiera follarla solo con ella. Wendy gime más alto. Sus muslos empiezan a temblar a ambos lados de mi cabeza. Sé que está cerca.

Vuelvo a su clítoris y esta vez no le doy tregua. Lamo rápido, firme, sin parar, concentrándome solo en ese punto. Wendy empuja contra mi cara, frotándose, buscando más presión. Yo se la doy. Chupo más fuerte, más rápido, sin piedad.

—Ahí... ahí... no pares, por favor...

Sigo exactamente igual. La lengua moviéndose sin descanso sobre su clítoris hinchado. Wendy se pone rígida de repente y se corre con un grito largo y tembloroso, apretando mi cabeza entre sus muslos con fuerza. No me detengo. Continúo lamiendo suavemente cada contracción, saboreando cómo se estremece contra mi boca, hasta que se queda demasiado sensible y me empuja la frente con la mano temblorosa.

Me quedo un segundo más entre sus piernas, dando un último lametón lento y posesivo antes de subir por su cuerpo.

Wendy está sonrojada, con la respiración agitada y los ojos oscuros.

Todavía no he terminado con ella.

Pero primero quiero su boca.

Me acerco a ella mientras sigue tumbada, todavía recuperándose. Wendy me mira con los ojos entrecerrados y la respiración agitada. Me coloco a su lado, de rodillas sobre la cama, y le paso el pulgar por el labio inferior.

—Abre la boca.

Obedece sin dudar.

Le apoyo la cabeza de mi polla en la lengua y empujo despacio. Wendy cierra los labios alrededor de mí y yo sigo entrando hasta que siento la garganta. Me quedo ahí un segundo, disfrutando de la presión caliente y húmeda, antes de empezar a moverme.

Empiezo con embestidas lentas y profundas, follándole la boca con control. Cada vez que entro del todo, Wendy hace un pequeño sonido ahogado que vibra alrededor de mi polla. Le enredo los dedos en el pelo y mantengo su cabeza exactamente donde quiero. Ella no se resiste. Al contrario: abre más la garganta y me deja usarla.

Acelero un poco. El sonido húmedo de mi polla entrando y saliendo de su boca llena la habitación. La saliva le resbala por la comisura de los labios y baja por su mentón. Wendy levanta la

mirada hacia mí mientras le follo la boca y el simple hecho de verla así, sumisa y deseosa, me pone todavía más cachondo.

—Eso es... joder, así —gruño.

Empujo más profundo. Wendy se atraganta ligeramente pero no se aparta. Me agarra los muslos con las dos manos y se queda quieta, dejándome follarle la garganta a mi ritmo. Las embestidas se vuelven más rápidas, más urgentes. Siento el placer concentrarse en la base de la columna y tengo que hacer un esfuerzo real para no correrme ahí mismo.

Me detengo de golpe, todavía enterrado en su boca, y respiro hondo.

Saco la polla despacio. Wendy se limpia la boca con el dorso de la mano, mirándome con los ojos brillantes.

—Quiero follarte —digo, con la voz ronca—. Ahora.

Me siento con la espalda apoyada en el cabecero y la atraigo hacia mí.

Wendy se coloca a horcajadas sobre mi regazo, mirándome a la cara. Antes de seguir, cojo el condón que había dejado en la mesita, lo abro y me lo pongo con movimientos rápidos. Ella me observa mientras lo hago, mordiéndose el labio inferior.

Cuando termino, la agarro por las caderas y la bajo despacio mientras empujo hacia arriba. El gemido que se le escapa vibra contra mi boca cuando la beso.

Quedamos completamente unidos, frente a frente, con su pecho pegado al mío. Puedo sentir cada respiración suya, cada pequeño temblor. Wendy apoya las manos en mis hombros y empieza a moverse. Sube y baja con lentitud al principio, adaptándose a la profundidad. Yo la ayudo, sujetándole la cintura y guiándola.

El ángulo es brutalmente íntimo. Cada vez que baja del todo, siento que llego más adentro que nunca. Wendy echa la cabeza

hacia atrás un segundo y después vuelve a mirarme. Nuestros ojos se encuentran y no aparto la vista.

Acelero el ritmo. La levanto y la bajo con más fuerza, follándola desde abajo mientras ella se mueve conmigo. El sonido de nuestra piel chocando llena la habitación. Wendy gime abiertamente ahora, sin tener que contenerse. Aprieta los muslos a ambos lados de mi cintura y clava las uñas en mis hombros.

—Así... joder, Kai...

Le muerdo el labio inferior y después bajo la boca a su cuello. Sigo moviéndola sobre mí, más rápido, más profundo. Una de mis manos baja entre nuestros cuerpos y froto su clítoris con el pulgar al mismo tiempo que la penetro. Wendy se tensa de inmediato.

Se corre con un grito ahogado contra mi cuello, apretándose con fuerza. El ritmo de sus contracciones me arrastra. Acelero las últimas embestidas, la sujeto con fuerza contra mí y me corro dentro del condón con un gruñido largo, empujando hasta el fondo mientras el placer me recorre entero.

Nos quedamos inmóviles, todavía unidos, respirando el uno contra el otro. Wendy tiene la frente apoyada en mi hombro y yo le acaricio la espalda con lentitud.

Durante un rato no digo nada.

Ha sido jodidamente íntimo.

Pero no quiero profundizar en lo que significa eso.

No ahora.

Bastante complicado es todo sin empezar a analizar por qué tener a Wendy así, abrazada a mí y todavía recuperando el aliento contra mi cuello, se ha sentido diferente a las otras veces.

Prefiero concentrarme en algo bastante más sencillo.

Estiro el brazo hacia la mesita y cojo el móvil.

—Nos quedan cincuenta minutos.

Wendy levanta la cabeza de mi hombro.

—¿Estás cronometrando esto?

—Tenemos que recoger a Imogen a las seis.

—Ya sé a qué hora tenemos que recogerla. Me preocupa más que hayas mirado el reloj treinta segundos después de correrte.

Dejo el móvil otra vez en la mesita y le paso una mano por la cintura.

—Solo quería saber cuánto tiempo nos quedaba.

Wendy mira hacia abajo, todavía sentada sobre mí, y después vuelve a mirarme.

—¿Y cincuenta minutos te parecen suficientes?

Sonrío.

—Para lo que tengo pensado hacer ahora, sí.

21



Kai

Cuando recogemos a Imogen a las seis, parece que las dos horas en la actividad de princesas le han dado más energía de la que tenía esta mañana.

Sale de la sala todavía con el vestido azul, una corona sobre la cabeza y algo de purpurina en las mejillas. Lleva además una varita que estoy bastante seguro de que no tenía cuando la dejamos.

Wendy se agacha inmediatamente delante de ella.

—A ver, necesito saberlo todo.

Imogen no necesita que se lo pida dos veces.

Empieza a contarnos lo que han hecho antes incluso de que salgamos al pasillo. Nos enseña la corona, explica con todo detalle la búsqueda del tesoro y asegura que ha aprendido a hacer una reverencia de princesa que Wendy le pide que demuestre allí mismo.

Las observo mientras caminamos hacia la salida.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Imogen.

—Ahora podríamos descansar —propongo.

Las dos me miran. Exactamente con la misma cara.

—O no —añado.

Wendy consulta el móvil.

—Hay un espectáculo a las siete que todavía no hemos visto.

Imogen se vuelve hacia mí.

—¿Podemos ir?

Miro el vestido, la corona y su energía inagotable.

—Vale, pero después volvemos al hotel sin rechistar.

—¡Sí!

—Y esta vez no estoy negociando.

Wendy se acerca a Imogen.

—Creo que ha aprendido de lo de esta mañana.

—Te estoy oyendo.

—Lo sé.

Una hora después estoy sentado entre las dos viendo un espectáculo que probablemente habría podido pasar el resto de mi vida sin conocer.

Imogen, en cambio, está fascinada.

Wendy tampoco parece muy lejos.

En algún momento del espectáculo, Imogen se inclina hacia ella para decirle algo al oído y Wendy se ríe. Después le coloca bien la corona, que lleva torcida desde hace al menos veinte minutos, y mi hija vuelve a mirar hacia delante.

Yo me descubro mirándolas a ellas.

Otra vez.

No es la primera vez que me pasa durante este viaje.

Cuando termina el espectáculo, Imogen sigue teniendo energía suficiente para hablar sin parar, aunque ya empieza a dar señales de que el día le está pasando factura.

La corona se le ha torcido por tercera vez y Wendy vuelve a colocársela mientras salimos con el resto de la gente.

—Tengo hambre —anuncia Imogen.

—Yo también —dice Wendy—. ¿Cenamos antes de volver al hotel?

—Me parece bien. Así después podemos descansar.

Imogen asiente y empieza inmediatamente a enumerar los sitios en los que quiere cenar.

Al final elegimos uno que está cerca y conseguimos una mesa sin tener que esperar demasiado. Imogen sigue con el vestido azul que le han dado en la actividad y, en cuanto nos sentamos, empieza a enseñarnos por segunda vez todos los detalles que considera importantes.

—Y esto se puede quitar —dice, señalando algo en la falda—. Pero la monitora ha dicho que queda mejor así.

Wendy se inclina para verlo.

—La monitora sabe lo que dice.

—Y también tengo guantes.

—Eso no me lo habías contado.

—Porque los he guardado para que no se manchen.

—Muy buena decisión.

Imogen sonríe y vuelve a colocar la falda antes de coger la carta.

—Mañana me lo puedo poner otra vez, ¿verdad?

—Si quieres ir vestida de princesa por Disneyland, adelante —
respondo.

Wendy me mira.

—¿Quién eres y qué has hecho con el hombre que esta mañana
no quería dejarla dos horas en una actividad infantil?

—He aprendido de mis errores.

—Qué viaje tan enriquecedor.

Imogen se ríe y empieza a mirar qué quiere cenar.

La conversación continúa mientras esperamos la comida.
Imogen nos cuenta que una de las niñas de la actividad no quería
ponerse vestido y terminó llevando una capa, y que ella ha decidido
que, si pudiera elegir, viviría en un castillo siempre que tuviera
piscina.

—Eso limita bastante las opciones —dice Wendy.

—Seguro que hay castillos con piscina.

—Tu padre tiene dinero. Que investigue.

Levanto la vista de mi plato.

—¿Por qué todos tus planes terminan costándome dinero?

—Porque tú eres el millonario del grupo.

—Argumento difícil de rebatir —añade Imogen.

Wendy se ríe.

—Me encanta esta niña.

Cuando llegan los postres, Imogen ya habla bastante menos.
Sigue insistiendo en que no está cansada, aunque lleva varios
minutos apoyada contra Wendy y ha tenido que recolocarse la
corona dos veces porque se le cae cada vez que inclina la cabeza.

Wendy termina quitándosela y la deja sobre la mesa.

—Creo que la princesa está llegando al límite.

—Estoy bien.

—Claro.

Imogen apoya otra vez la cabeza en su hombro.

Wendy no dice nada más. Simplemente le pasa un brazo por los hombros y continúa hablando conmigo mientras mi hija se queda allí, pegada a ella.

Las miro un momento antes de volver a mi plato.

Últimamente hago eso demasiado.

Cuando terminamos de cenar, regresamos al hotel. A esas alturas Imogen ya ha dejado de insistir en que no está cansada y hace buena parte del camino apoyada en Wendy, aunque se niega a quitarse la corona porque, según ella, todavía no ha terminado el día.

Al llegar a las habitaciones, Wendy se la lleva con ella para que se cambie y descanse un rato antes de dormir. Yo aprovecho para sacar el portátil. Tengo un par de cosas pendientes del Golden Dolphin que llevo todo el día posponiendo y, si no quiero encontrarme con veinte problemas acumulados cuando vuelva mañana por la noche, debería ocuparme de algunas esta noche.

Cuando termino lo que estaba haciendo ha pasado casi una hora. Cierro el portátil y miro la hora antes de levantarme.

Hace rato que no escucho nada al otro lado del baño.

Cruzo hasta la habitación de Wendy e Imogen y empujo la puerta, que han dejado entornada.

—¿Seguís...?

Me callo al verlas.

Las dos están dormidas en la cama.

Imogen sigue con el vestido azul de princesa, aunque ha perdido los zapatos y la corona está sobre la mesita. Se ha acurrucado junto a Wendy y tiene la cabeza apoyada contra su pecho, con una mano cerrada sobre su camiseta.

Wendy la abraza incluso dormida.

Tiene un brazo alrededor de ella y la cara medio escondida entre su pelo. No sé cuál de las dos se quedó dormida primero, pero parece que llevan así un buen rato.

Me apoyo en el marco de la puerta.

Debería despertarlas. Imogen todavía tiene que ponerse el pijama. Pero no lo hago. Me quedo mirándolas y pienso que llevo haciendo demasiado eso durante todo el viaje.

Mirarlas.

Ayer fue mientras caminaban delante de mí cogidas de la mano. Después, cuando las dos acabaron con sus orejas de Minnie y parecían disfrutar de Disneyland con exactamente el mismo entusiasmo. Esta mañana ha sido al verlas discutir delante del espejo sobre cómo tenía que llevar el pelo y hace apenas un rato, durante la cena, cuando Imogen terminó apoyada en su hombro y Wendy le pasó un brazo alrededor sin dejar siquiera de hablar.

Son momentos pequeños. Tan normales que probablemente por eso no les he dado demasiada importancia.

También está la fotografía.

La que Imogen insistió en que nos hiciéramos los tres delante del castillo.

La he mirado más veces de las que pienso reconocer.

No porque sea especialmente buena, pero me gusta. Mucho. La primera vez que la vi pensé que parecíamos una familia.

Y cerré la foto.

No necesitaba seguir por ahí.

Igual que no he necesitado preguntarme por qué cada vez me resulta más normal encontrar a Wendy desayunando con nosotros, escucharla hablar con Imogen desde otra habitación o llegar a casa y buscarla automáticamente.

Lo nuestro es sencillo.

Al menos, eso es lo que llevamos diciéndonos desde que empezó.

Nos gustamos. Nos lo pasamos bien juntos. El sexo es increíble y ninguno de los dos está buscando una relación. Wendy acaba de salir de una de siete años y yo tengo motivos de sobra para no meter a alguien en la vida de mi hija sin estar seguro de lo que hago.

Hasta ahora me ha parecido suficiente.

Entonces Imogen se mueve en sueños y Wendy reacciona sin despertarse. Le acaricia la espalda una vez y vuelve a acomodarla contra ella.

Algo se me aprieta en el pecho.

Y, sin saber muy bien por qué, pienso en septiembre.

En que María regresará de El Salvador y todo volverá a ser como antes. Ella lleva años cuidando de Imogen, siempre ha sido excelente con ella y no pienso quitarle su trabajo simplemente porque ahora prefiera tener a Wendy en casa.

Eso significa que Wendy tendrá que decidir qué hace después. Buscar otro trabajo, probablemente. Y, si ya no tiene ningún motivo para seguir viviendo conmigo, también tendrá que marcharse.

Siempre he sabido que esto era temporal. Lo sabía cuando la contraté y seguía sabiéndolo cuando empezamos a acostarnos. Hasta ahora nunca me había preocupado demasiado pensar en cómo terminaría.

Ahora sí.

Porque no quiero que se vaya.

Intento imaginar la casa sin ella y no me gusta.

No me gusta pensar en volver a desayunar únicamente con Imogen. Ni en llegar por la tarde y no encontrar las cosas de Wendy mezcladas con las nuestras. Tampoco en que deje de aparecer en planes como este porque ya no existe ninguna razón para que venga con nosotros.

Y ahí está el verdadero problema.

Que quiero que exista una razón.

No quiero que Wendy sea la mujer con la que me acosté durante un verano.

Quiero que siga estando ahí cuando termine.

La miro dormida con Imogen entre los brazos y, por primera vez, dejo de intentar convertir lo que siento en algo más sencillo de lo que es.

No sé cuándo ha cambiado.

Quizá no haya habido un momento concreto. Quizá haya ocurrido poco a poco, entre desayunos, noches en el sofá, discusiones absurdas y todas esas veces que he visto a Wendy conseguir que mi hija se ría cuando yo no sabía cómo hacerlo.

Lo único que sé es que ya no quiero imaginar septiembre sin ella.

Quiero más.

Mucho más de lo que habíamos acordado.

Porque el problema ya no es que Wendy se haya hecho un hueco en nuestras vidas. Es que no quiero que vuelva a salir de ellas.

22



Wendy

Me despierto el miércoles con una sensación extraña que no consigo identificar del todo.

Tardo unos segundos en recordar dónde estoy. Imogen ya no está a mi lado y la puerta del baño está abierta, así que supongo que se ha despertado antes y ha ido a buscar a Kai.

Hoy es nuestro último día en Disneyland.

Esta tarde cogeremos el vuelo de vuelta a San Diego y esta noche estaremos otra vez en casa. No debería resultar extraño. Solo han sido unos días fuera y, cuando volvamos, todo seguirá exactamente como estaba antes de venir. Kai volverá al trabajo, yo seguiré ocupándome de Imogen y probablemente mañana desayunemos los tres en la cocina como hacemos siempre.

Creo que el problema ha sido este viaje. O quizá lo que ha ocurrido durante él sin que me diera cuenta.

En casa siempre hay algo que me recuerda qué estoy haciendo allí. Tengo un horario, Kai trabaja, yo cuido de Imogen y, cuando conseguimos estar solos, nos acostamos. Puede que las líneas se hubieran vuelto un poco borrosas, pero seguían existiendo.

Aquí todo ha sido diferente.

Durante tres días hemos ido de un sitio a otro juntos. Hemos decidido dónde comer, qué hacer después, cuándo estaba Imogen demasiado cansada para continuar. Kai y yo hemos discutido con ella, nos hemos reído con ella y hemos terminado cada noche en el hotel hablando de lo que haríamos al día siguiente.

Incluso hemos abierto un álbum conjunto para colgar todas las fotografías que hemos ido haciéndonos estos días.

Y lo peor es que nada me ha parecido extraño mientras ocurría. Al contrario. Me he sentido tan cómoda que solo ahora, cuando sé que dentro de unas horas vamos a marcharnos, empiezo a preguntarme a qué demonios estoy jugando.

Me giro en la cama y miro el lado vacío de Imogen.

Quizá por eso me siento rara.

Porque durante estos días ha sido demasiado fácil olvidar que yo no formo parte de esto de la manera en que, por momentos, ha parecido que lo hacía.

Y me ha gustado demasiado olvidarlo.

Cuando llegamos al resort esa noche, los tres estamos agotados.

Imogen se ha dormido durante parte del vuelo, pero no parece haberle servido de mucho. En el coche apenas ha hablado y, en cuanto entramos en casa, deja la mochila junto a la escalera y anuncia que quiere irse a la cama.

Kai recoge las maletas mientras yo acompaño a Imogen arriba. Se pone el pijama, se mete en la cama y todavía consigue reunir

fuerzas para preguntarme si podemos imprimir las fotografías de Disneyland al día siguiente.

—Todas no.

—¿Por qué?

—Porque hemos hecho unas cuatrocientas.

—No tantas.

—Trescientas noventa y ocho. Perdona.

Sonríe con los ojos ya medio cerrados.

Le doy un beso y me levanto.

—Duerme.

—Buenas noches, Wendy.

—Buenas noches.

Cuando cierro la puerta de su habitación, me quedo un momento en el pasillo.

Volver a casa debería haber conseguido que todo recuperara su aspecto habitual, pero no ha funcionado. Es la misma casa que dejamos hace tres días y, aun así, tengo la sensación de estar entrando en ella de una forma diferente.

Bajo antes de poder seguir pensando por ahí.

Kai está en el salón colocando algunas de las cosas que hemos dejado al entrar. Ha estado raro desde esta mañana. No distante ni desagradable, simplemente más callado. Varias veces durante el día lo he sorprendido mirándome y, cuando nuestras miradas se encontraban, parecía a punto de decir algo que al final nunca decía.

Ahora vuelve a pasar.

—Ya duerme —le digo.

—¿Sin pelear? Eso sí es una novedad.

—Ha sobrevivido tres días en Disneyland. Creo que mañana no vamos a conseguir sacarla de la cama antes del mediodía.

Kai sonríe y deja la mochila de Imogen junto a las maletas.

—No sería mala idea.

Me acerco al sofá y recojo mi bolso. Durante un momento espero que venga hacia mí.

No lo hace.

Es extraño, hace unas semanas jamás habría esperado que Kai me besara simplemente porque nos hemos quedado solos. Ahora parece haberse convertido en algo tan habitual que noto su ausencia inmediatamente.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí. Solo estoy cansado. Han sido tres días intensos y mañana tengo la reunión temprano.

—Claro.

Tiene sentido. Yo también estoy agotada y llevo desde esta mañana deseando tener un rato a solas para ordenar todo lo que me ronda por la cabeza.

Aun así, algo no termina de encajar.

Quizá sea porque esperaba que al volver aquí desapareciera la sensación que me ha acompañado durante todo el día. Que Disneyland se quedara en Disneyland y nosotros pudiéramos recuperar sin esfuerzo lo que éramos antes de irnos.

En lugar de eso, estoy frente a Kai sin saber muy bien cómo comportarme.

Y desde que empezamos a acostarnos, agradezco que a ninguno de los dos le apetezca follar en este momento.

Necesito dormir. Necesito dejar de pensar en nuestras fotografías. En estos tres días. En lo fácil que ha sido sentir que mi

sitio estaba entre ellos. Mañana seguramente todo vuelva a parecerme mucho más sencillo.

—Entonces voy a acostarme —digo—. Yo tampoco puedo más.

Kai asiente.

—Descansa.

Me acerco y le doy un beso. Es breve y no intenta retenerme cuando me aparto.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Wendy.

Subo las escaleras y entro en mi habitación.

Mientras me cambio, escucho a Kai moverse por la planta de abajo y me digo que esto es mejor. Que los dos estamos cansados y mañana todo volverá a la normalidad.

El problema es que ya no tengo demasiado claro qué significa exactamente eso.

Durante los días siguientes intento convencerme de que el viaje no ha cambiado nada.

No funciona especialmente bien.

Kai y yo seguimos acostándonos. Seguimos buscándonos cuando Imogen no está delante y aprovechando cualquier momento en que podemos estar solos, pero incluso eso se siente diferente. No sabría explicar exactamente qué ha cambiado porque hacemos las mismas cosas y seguimos deseándonos igual.

El problema está en todo lo demás.

En las miradas que duran demasiado. En que hemos empezado a quedarnos juntos después del sexo cuando antes era mucho más fácil levantarnos y continuar con nuestras vidas.

Pero yo prefiero ignorar lo que pasa. No tengo energías para enfrentarme a ello.

No después de Ray. No cuando llevo apenas unas semanas viviendo aquí y todavía intento averiguar qué quiero hacer con mi vida. Mucho menos cuando Kai y yo dejamos bastante claro desde el principio lo que era esto.

Sexo.

Nada más.

El lunes llega demasiado rápido.

Olivia viene a buscar a Imogen después de comer y, cuando llaman a la puerta, descubro que estoy más nerviosa de lo que esperaba.

He oído hablar tanto de ella que creo que me había formado una imagen en mi cabeza. No exactamente de una villana, porque Kai nunca se ha referido a ella de esa manera, pero sí de alguien a quien me resultaría difícil mirar sin pensar en todas las veces que ha decepcionado a Imogen.

La mujer que encuentro al abrir la puerta no se parece demasiado a esa imagen.

Olivia es más sencilla de lo que esperaba. También parece nerviosa.

Kai hace las presentaciones y durante unos minutos me siento extrañamente fuera de lugar mientras Imogen termina de recoger sus cosas. No hay ninguna gran confrontación ni una tensión insoportable. Olivia se interesa por Disneyland, escucha a su hija contarle atropelladamente algunas de las cosas que hicimos y sonrío cuando le enseña una de las fotografías.

Después se agacha delante de ella.

—Sé que te fallé la semana pasada.

Imogen baja la mirada.

—Dijiste que vendrías.

—Lo sé. Y lo siento muchísimo. No debería haberte prometido algo que no estaba segura de poder cumplir.

No intenta justificarse.

Eso es probablemente lo que más me sorprende.

Le pide perdón y deja que Imogen siga enfadada. Le dice que entiende que lo esté y que espera poder compensarla durante los próximos días, pero no le pide que diga que no pasa nada.

Cuando finalmente se marchan, Imogen me abraza antes de salir.

—Te mandaré fotos.

—Más te vale.

—Y el domingo volveré.

—Lo tengo apuntado.

La veo alejarse con su madre y siento una punzada absurda al pensar que no voy a verla durante casi una semana.

Pero cuando cierro la puerta y me giro hacia Kai, pienso que quizá esto sea exactamente lo que necesitamos.

Una semana.

Sin horarios de niñera. Sin desayunos los tres. Sin excursiones, películas en el sofá ni momentos en los que resulte demasiado fácil olvidar que Kai y yo no somos una familia.

Podemos volver al principio.

A lo que se suponía que iba a ser esto antes de que empezáramos a complicarlo.

Sexo sin expectativas. Sin pensar demasiado. Sin quedarnos mirándonos después como si hubiera algo que alguno de los dos debería decir.

Quizá incluso podamos recuperar el sexo sucio y despreocupado de las primeras veces, cuando lo más complicado entre Kai y yo era encontrar un momento en el que Imogen no pudiera descubrirnos.

Esa noche no tenemos que esperar.

No hay que comprobar si Imogen está dormida ni contener la voz por miedo a que nos escuche desde el pasillo. No tenemos que buscar una excusa para desaparecer juntos.

Estamos solos.

Cuando Kai me besa en el salón, pienso que por fin vamos a recuperar lo que teníamos. El sexo rápido, sucio, desesperado de las primeras semanas. El que no pedía nada más que placer.

Pero en cuanto llegamos a su habitación comprendo que me he equivocado.

Kai cierra la puerta con suavidad y se vuelve hacia mí. No me empuja contra ella. No me quita la ropa con prisa. Simplemente me mira unos segundos, como si estuviera memorizándome, y después me acerca con cuidado.

El primer beso es lento.

Tan lento que me duele un poco el pecho.

Sus labios se mueven contra los míos con una ternura que no formaba parte de ninguno de nuestros acuerdos. Cuando su lengua se desliza dentro de mi boca, lo hace sin urgencia, saboreándose. Yo le respondo igual, aunque una parte de mí quiera acelerar, quiera volver a lo seguro, a lo que sé explicar.

Kai me desnuda despacio. Cuando me quedo completamente desnuda frente a él, no me recorre con la mirada de forma posesiva. Me mira como si yo fuera algo frágil y valioso al mismo tiempo.

Me tumba sobre la cama con una delicadeza que me desarma. Se quita la ropa sin prisas y se coloca a mi lado, no encima. Me acaricia el costado, la cadera, el interior del muslo, con la yema de los dedos. Cada roce es deliberado. Cada caricia parece decir algo que ninguno de los dos se atreve a pronunciar en voz alta.

Cuando por fin se coloca entre mis piernas, se incorpora un momento para coger el condón de la mesita. Lo abre y se lo pone con movimientos cuidadosos, sin romper la atmósfera. Después vuelve a situarse encima y me mira a los ojos mientras empuja dentro de mí. Lento. Tan lento que siento cada centímetro.

Kai se queda quieto cuando está completamente dentro, apoyando la frente contra la mía. Nuestras respiraciones se mezclan. Sus ojos están abiertos. Los míos también.

Empieza a moverse.

No hay embestidas fuertes. No hay ritmos desesperados. Solo un vaivén profundo, constante, casi reverente. Cada vez que entra del todo, su pubis roza mi clítoris y un temblor me recorre. Yo le rodeo la cintura con las piernas y le paso los dedos por el pelo, por la nuca, por la espalda.

En algún momento nuestros dedos se encuentran sobre la almohada y se entrelazan. Ninguno de los dos los suelta.

Kai me besa mientras me hace el amor. Porque esto ya no es follar. Es otra cosa. Algo que me aterra y me llena al mismo tiempo.

Me besa la boca, la mandíbula, el párpado, como si quisiera marcar cada parte de mí.

El orgasmo llega despacio, como una ola que se construye desde muy adentro. No es el estallido violento de otras veces. Es largo, tembloroso, emocional.

Me corro con un gemido ahogado contra su cuello, apretando su mano con fuerza, y siento cómo él se tensa poco después y se corre dentro del condón con un suspiro profundo, casi doloroso.

Nos quedamos unidos mucho tiempo después.

Kai no se retira de inmediato. Me abraza con fuerza, escondiendo la cara en mi cuello, y yo le paso los dedos por el pelo una y otra vez, intentando ordenar el caos que tengo dentro.

Mientras siento su corazón latiendo contra el mío, comprendo con total claridad que una semana sin Imogen no va a devolvernos al principio.

Porque Imogen no es la razón por la que esto ha cambiado.

Somos nosotros.

Y eso me aterra.

Porque hace una semana podía decirme que solo era sexo. En Disneyland podía culpar a esos tres días extraños en los que jugamos a ser algo que no somos.

Pero ahora no tengo ninguna excusa.

Kai sigue abrazándome y cierro los ojos, intentando no pensar en lo bien que se siente estar aquí. En que no quiero que se aparte todavía. En que durante tres días me gustó demasiado imaginar que los tres éramos algo que no somos.

Porque yo no quiero otra relación. No quiero otra vida construida alrededor de alguien ni volver a cometer el error de creer que un hombre es mi futuro. Y, sobre todo, no puedo querer una familia que ni siquiera es mía.

Así que más me vale recordar que esto tiene fecha de caducidad. Septiembre.

23



Kai

Wendy y yo llevamos cuatro días sumidos en una espiral de sexo sucio, ruidoso y deliberadamente guarro.

Y no soy yo quien lo está propiciando. Es ella.

Desde que Imogen se fue con Olivia, ella es la que me busca. La que aparece en mi despacho a media mañana, cierra la puerta y se arrodilla entre mis piernas sin decir apenas nada. La que por la noche me empuja contra la pared del pasillo y se baja los pantalones antes de que yo pueda ni siquiera besarla. Como si necesitara demostrarse a sí misma algo que escapa de mi comprensión.

Esta noche no es diferente.

Wendy me encuentra en el salón. Sin una palabra, me empuja hacia el sofá, se sube a horcajadas sobre mí y se baja los pantalones cortos. Se sienta de un golpe sobre mi polla y empieza a rebotar con fuerza. El sonido de sus gemidos llena el salón. Gime alto, sin contenerse, porque sin Imogen no hay nadie a quien despertar.

Hace un par de días tuvimos una de esas conversaciones adultas e incómodas. Los dos estábamos sanos, ella tomaba la píldora con constancia, y después de hablarlo decidimos dejar los

condones. Así que ahora la siento completamente. Caliente, húmeda, apretándome sin ninguna barrera de por medio. Y joder, qué bueno eso.

Intento besarla con más calma. Le cojo la cara con las dos manos y acerco la boca a la suya con lentitud, buscando un ritmo más suave. Bajando revoluciones. Wendy gira la cabeza en el último segundo y me muerde el labio inferior con fuerza.

—No —jadea—. Quiero que me folles duro.

Obedezco.

La agarro por las caderas y la empujo hacia abajo con más fuerza mientras ella sigue moviéndose sobre mí. Wendy echa la cabeza hacia atrás y grita cuando cambio el ángulo. No hay ternura. No hay miradas largas. Solo sexo rápido, sucio y desesperado, exactamente como ella parece necesitarlo.

Cuando se corre, lo hace gritando mi nombre, apretándome con fuerza. Yo sigo moviéndome a través de su orgasmo hasta que ella se levanta, se gira y se pone de rodillas en el sofá, ofreciéndome la espalda.

—Otra vez —ordena.

Me coloco detrás e entro de un solo empujón profundo. Empiezo a follarla con embestidas largas y duras. Cada vez que llego al fondo, Wendy grita. El sofá cruje bajo nosotros. Ella empuja hacia atrás, encontrándome, mojada hasta el punto de que se oye cada embestida.

En un momento bajo el ritmo, paso una mano por su espalda y le beso el hombro con suavidad. Wendy se tensa al instante.

—No hagas eso —dice entre dientes—. Más rápido, más intenso, por favor.

De nuevo, la follo más duro. Le tiro del pelo, le muerdo el hombro, le doy exactamente lo que está pidiendo. Cuando se corre por segunda vez, lo hace con un grito ronco que me arrastra con

ella. Me corro dentro de ella con un gruñido, empujando hasta el fondo.

Nos quedamos un momento quietos, jadeando.

Después, como ha pasado todas las noches desde el lunes, Wendy se incorpora, se baja del sofá y empieza a recoger su ropa del suelo sin mirarme.

Se viste en silencio.

Camiseta. Pantalones cortos. Pelo recogido otra vez en ese moño desordenado.

Cuando se dirige hacia la escalera para subir a su habitación, ya no aguanto más.

—Wendy.

Se detiene, pero no se gira del todo.

—¿Sí?

—Quédate un momento.

Se queda quieta en el primer escalón, de espaldas a mí, y el silencio que se instala entre los dos pesa más que cualquier grito que hayamos soltado esta noche.

—¿Para qué?

Me pongo los pantalones antes de levantarme del sofá.

—Para estar conmigo.

Wendy gira entonces la cabeza.

—Acabamos de estar juntos.

—No. Acabamos de follar.

Su expresión cambia apenas un instante, pero es suficiente.

Sabe perfectamente a qué me refiero.

—Tengo cosas que hacer.

Miro hacia el reloj. Son casi las once.

—¿Qué cosas?

—Cosas, Kai. No sé. Quiero ducharme, leer un rato...

Da otro paso hacia la escalera y voy detrás de ella.

—¿Qué te pasa, Wendy? Porque llevas cuatro días haciendo exactamente lo mismo. Me buscas, follamos y, en cuanto terminamos, sales de la habitación como si tuvieras algún sitio urgentísimo al que ir. Si intento besarte, quieres que vaya más rápido. Si te acaricio, me pides que sea más duro. Me encanta follar contigo y creo que a estas alturas eso ha quedado bastante claro. Pero últimamente empiezo a sentirme como un vibrador humano.

Wendy se gira del todo.

—¿En serio?

No hay humor en su voz. Tampoco parece ofendida. Más bien incómoda, y eso termina de confirmar que llevo cuatro días sin imaginarme cosas.

—En serio. Empiezo a pensar que estás molesta conmigo. No entiendo este cambio de actitud. Desde Disneyland estás distinta.

Wendy aparta la mirada.

—No estoy molesta contigo.

—Pues entonces explícame qué pasa.

—No pasa nada. Estamos teniendo sexo. Mucho sexo, por cierto. Pensaba que estarías encantado.

—Lo estoy. Ese no es el problema.

—Entonces no sé qué quieres de mí.

La frase me hace callar un momento.

Hace unas semanas habría sabido contestar sin pensarlo. Quería acostarme con ella. Disfrutar del verano, pasarlo bien y evitar

cualquier complicación que pudiera aparecer por el camino.

Ahora la respuesta ya no es tan sencilla.

—Quiero poder besarte sin que me apartes porque estoy siendo demasiado cariñoso. Quiero que alguna vez terminemos de follar y no salgas corriendo escaleras arriba. No estoy diciendo que tengamos que pasarnos la noche abrazados hablando de nuestros sentimientos, pero esto empieza a ser absurdo.

Wendy se cruza de brazos.

—Esto es lo que acordamos desde el principio, Kai. Sexo. Sin relaciones, sin expectativas y sin complicarnos la vida. No entiendo por qué ahora parece que estoy haciendo algo mal por respetarlo.

—Entonces, quizá nuestro acuerdo ya no me sirva.

Wendy se queda callada y yo respiro hondo.

Durante cuatro días he intentado encontrar la manera de decírselo sin convertirlo en algo enorme. No quiero ponerle nombre a lo que tenemos ni pedirle promesas que ninguno de los dos está preparado para hacer. Solo sé que después de Disneyland ya no puedo seguir fingiendo que me basta con lo que acordamos al principio.

—¿Qué significa eso?

—Que ya no quiero acostarme contigo y fingir después que eres únicamente la mujer con la que estoy pasando el verano.

—Kai...

—Me preguntaste en Disneyland por qué te miraba tanto. No supe qué contestarte porque entonces ni siquiera yo tenía demasiado claro qué me estaba pasando. Lo entendí la última noche.

Su expresión cambia al mencionar el viaje.

—Fui a buscaros a la habitación y os encontré dormidas. Imogen todavía llevaba el vestido de princesa y estaba acurrucada

contigo. Tú la abrazabas incluso dormida. —Hago una pausa, intentando encontrar una forma de decirlo que no suene más complicado de lo que ya es—. Y me quedé allí pensando en todas las veces que os había observado durante esos días. En vosotras dos caminando de la mano, en la fotografía delante del castillo, en lo natural que había resultado estar allí los tres. Entonces pensé en septiembre. En María volviendo, en que tú dejarías de trabajar conmigo y probablemente te marcharías de esta casa. Y me di cuenta de que no quería que ocurriera.

—María tiene que volver.

—Por supuesto que tiene que volver. Esto no tiene nada que ver con su trabajo. María lleva años con nosotros, quiero que siga cuidando de Imogen y jamás la sustituiría porque yo haya cambiado de opinión sobre ti. —Doy un paso hacia Wendy—. Precisamente ese es el problema. Que no quiero tener que contratarte para encontrar una razón por la que sigas aquí.

Wendy traga saliva.

—Entonces ¿qué quieres?

Esta vez tengo la respuesta.

—Quiero que estés aquí porque quieres estar conmigo. Quiero llevarte a cenar sin necesitar que Imogen venga con nosotros. Quiero que alguna noche te quedes en mi cama y despertarme contigo al día siguiente. Y quiero poder besarte despacio sin que actúes como si acabara de romper alguna cláusula del contrato.

Durante unos segundos no dice nada.

La conozco lo suficiente para saber que su silencio no es indiferencia. Al contrario. La veo apretar los brazos contra el cuerpo y sé que he tocado exactamente aquello de lo que lleva cuatro días intentando escapar.

—No te estoy pidiendo que decidamos ahora qué va a pasar dentro de un año —continúo—. Ni siquiera sé qué va a pasar dentro

de unos meses. Solo te estoy diciendo que yo ya no estoy donde estaba cuando hicimos ese pacto. Y creo que tú tampoco.

—Te equivocas.

—Wendy...

—No, Kai. Te equivocas conmigo. Puede que tú hayas cambiado de opinión, pero yo no quiero eso. No estoy preparada para una relación y mucho menos para... —Se detiene y niega con la cabeza—. No puedo.

La última frase sale en un hilo de voz y, desde que hemos empezado a hablar, me arrepiento de haberla presionado tanto. No de lo que he dicho. Sigo queriendo exactamente lo mismo. Pero Wendy parece haber pasado de estar a la defensiva a buscar una salida.

—Está bien. No tienes que decidir nada ahora.

Wendy niega con la cabeza y da otro paso hacia la escalera.

—Creo que debería irme.

Frunzo el ceño.

—¿A tu habitación?

—De la casa.

Eso no me lo esperaba.

—¿Qué? ¿Por qué? Nadie ha dicho que tengas que marcharte.

—Pero ya no podemos seguir haciendo esto. Tú quieres una cosa y yo quiero otra.

—Hace treinta segundos ni siquiera sabías que yo quería algo más. No conviertas una conversación en una mudanza.

—No es solo esta conversación.

Se gira y empieza a subir.

—Wendy, espera. No tienes que decidirlo esta noche. Podemos hablar mañana con calma.

—No hay nada que hablar, Kai.

—Claro que lo hay.

No se gira, sigue subiendo los peldaños de la escalera a toda velocidad.

—Buenas noches.

—Wendy.

No se detiene.

Unos segundos después escucho cerrarse la puerta de su habitación.

Me quedo al pie de las escaleras, todavía intentando entender cómo hemos pasado de hablar de lo que quiero con ella a que Wendy quiera marcharse de mi casa.

Definitivamente, esa parte no estaba en mis planes.

24



Kai

—Así que Wendy te ha plantado —dice Nash.

—No me ha plantado.

—Apareció en mi casa con su equipaje de madrugada y le pidió a Mila quedarse con nosotros. Eso suena bastante a dejarte plantado.

Me paso una mano por el pelo, cansado y frustrado. Han pasado apenas unas horas desde que Wendy y yo tuvimos la conversación y se marchó de casa, y sigo sin tener demasiado claro cómo hemos llegado hasta este punto.

Mucho menos por qué ahora tengo a Nash sentado frente a mí en el despacho haciendo un análisis de mi vida sentimental.

—Ella solo necesita recapacitar. La presioné y probablemente fui demasiado rápido.

Decirlo en voz alta no hace que me guste más.

Anoche estaba tan convencido de que Wendy sentía lo mismo que yo que no me paré a pensar qué iba a ocurrir cuando lo pusiera sobre la mesa. Vi cómo se le transformaba la cara a medida que

hablaba y, aun así, seguí adelante porque una parte de mí esperaba que, si conseguía hacerle entender lo que quería, ella admitiría que también lo quería.

En lugar de eso hizo una maleta y se largó de casa.

Quizá Nash tenga algo de razón con lo de que me ha plantado.

Muy poca.

—Tío, llevaba siete años con su ex —dice—. Apenas ha tenido tiempo de acostumbrarse a que esa relación se haya terminado y tú acabas de aparecer con cenas, noches juntos y no sé cuántas cosas más.

—No le pedí matrimonio.

—Ya lo sé.

—Ni siquiera le pedí que fuera mi novia.

—También lo sé.

—Le dije que quería ver qué pasaba entre nosotros.

Nash me observa un momento.

—Para una persona que no quiere una relación, eso sigue sonando bastante a una relación.

—Mila también salió de una ruptura reciente cuando te conoció.

—Lo nuestro fue distinto. —Se inclina hacia delante y apoya los antebrazos sobre las piernas—. Además, tú eres padre. Hay una niña en la ecuación y Wendy la quiere. Eso hace que todo sea bastante más complicado. Es normal que se haya sentido abrumada.

Lo miro con el ceño fruncido.

—¿De parte de quién estás?

Nash se pasa una mano por la cara.

—Perdona. Después de cinco horas de charlas femeninas sobre sentimientos, traumas sentimentales y por qué los hombres

hacemos todo mal, creo que he cambiado de bando.

—Cinco horas.

—Puede que fueran tres. Se me hicieron cinco.

No puedo evitar soltar una risa.

—¿Wendy te ha contado lo que pasó?

—A mí no. A Mila. Pero yo estaba delante.

Eso despierta inmediatamente mi atención.

—¿Y?

—Y nada.

—Nash.

—No voy a contarte una conversación privada entre Wendy y mi mujer.

—Pero has venido hasta mi despacho para decirme que me ha plantado.

—Eso era información de dominio público desde el momento en que apareció en mi casa con una maleta.

Me dejo caer contra el respaldo.

—Eres un amigo de mierda.

—Un amigo de mierda que ha venido hasta aquí para decirte que no hagas ninguna estupidez.

—¿Qué estupidez?

—Ir a buscarla. Llamarla veinte veces. Presentarte en casa con flores. Lo que sea que hacen los hombres desesperados en las comedias románticas.

—No iba a hacer ninguna de esas cosas.

—Perfecto. Mi trabajo aquí ha terminado.

Hace ademán de levantarse, pero vuelve a sentarse.

—Aunque sí voy a decirte una cosa. Dale tiempo.

Miro hacia la ventana.

Eso es precisamente lo que menos me apetece hacer.

Quiero hablar con ella. Quiero explicarle que no pretendía cambiarle la vida de un día para otro y que no necesito que tenga una respuesta inmediata. Sobre todo, quiero conseguir que entienda que no tiene que marcharse de mi casa únicamente porque yo haya tenido la pésima idea de desarrollar sentimientos.

Pero perseguirla después de verla salir corriendo anoche probablemente conseguiría justo lo contrario.

—No voy a presionarla —digo al final.

—Bien.

—Pero tampoco voy a fingir que no dije lo que dije.

—Eso tampoco te lo está pidiendo nadie.

Asiento y cojo el móvil de la mesa.

Tengo varias notificaciones pendientes y ningún mensaje de Wendy.

No sé por qué sigo comprobándolo.

—¿Cuándo vuelve Imogen? —pregunta Nash.

—El domingo.

—Entonces tienes unos días para solucionar tu desastre sentimental antes de que vuelva.

—Menos mal que has venido. Me siento muchísimo mejor.

—Para eso están los amigos.

Estoy a punto de dejar otra vez el teléfono cuando empieza a sonar.

Número desconocido.

Normalmente lo dejaría pasar, pero algo me hace responder.

—¿Sí?

—¿Hablo con el señor Kai Harlow?

Me incorporo ligeramente.

—Soy yo.

—Le llamo del hospital. Su número figura como contacto de emergencia de Olivia Bennett.

Todo lo demás desaparece de golpe.

Nash debe de notarlo en mi cara porque deja de sonreír.

—¿Qué ha pasado?

—La señora Bennett ha sufrido un accidente de tráfico esta mañana en Big Bear. Ha sido trasladada a nuestro hospital y necesitamos localizar a un familiar.

Se me seca la boca.

Olivia.

Imogen está con Olivia.

—Mi hija —digo inmediatamente—. Mi hija está pasando la semana con ella.

Nash se pone de pie.

—Sí, señor Harlow. Su hija también viajaba en el vehículo.

Durante un segundo no consigo decir nada.

—¿Está bien?

—Está siendo atendida en este momento.

—¿Qué significa eso? ¿Está herida?

—No puedo darle más información por teléfono, pero necesitamos que venga al hospital lo antes posible.

Ya estoy buscando las llaves.

—Estoy en San Diego. Tardaré unas horas.

—Lo entiendo. Le daré todos los datos para que pueda encontrarnos.

Apenas consigo prestar atención mientras me dice el nombre del hospital y dónde tengo que dirigirme al llegar. Lo apunto en el móvil y cuelgo.

Nash ya está de pie.

—Yo conduzco.

—No hace falta.

—Kai, acabas de intentar coger las llaves dos veces y todavía no las tienes. Conduzco yo.

Bajo la mirada. Las llaves siguen sobre la mesa.

Joder.

—No me han querido decir cómo está.

—Lo sé.

—Solo que la están atendiendo. ¿Qué coño significa eso?

—Que tenemos que llegar allí. Lo demás lo sabremos cuando lleguemos.

Nash coge las llaves antes de que pueda discutir y se dirige hacia la puerta. Yo lo sigo, aunque siento que mi cabeza se ha quedado varios segundos atrás, todavía atrapada en aquella llamada.

Hace apenas un minuto estaba preocupado porque Wendy se había marchado de casa.

Ahora solo puedo pensar en una cosa.

Mi hija está en un hospital a tres horas de mí.

25



Wendy

Las lágrimas vuelven a saltarme de los ojos mientras miro por enésima vez las fotos del álbum compartido de Disneyland.

No puedo creer que hace poco más de una semana estuviéramos allí. Imogen con sus orejas de Minnie, Kai quejándose cada vez que las dos queríamos comprar alguna cosa y los tres delante del castillo en esa fotografía que debería dejar de mirar y que, por algún motivo, sigo ampliando cada vez que aparece en la pantalla.

Me sueno la nariz con un trozo de papel higiénico. Ayer terminé subiendo a esta habitación con un rollo entero porque los pañuelos que había en la mesita no sobrevivieron ni a la primera hora de mi crisis.

Estoy hecha un desastre.

Dejo el móvil sobre la cama y miro por la ventana. Desde la habitación de invitados de Nash y Mila se ve buena parte del resort y, en algún lugar no demasiado lejos de aquí, está la casa de Kai.

Mi antigua casa, supongo.

Todavía no sé muy bien qué voy a hacer ahora. Ayer estaba tan convencida de que marcharme era la única opción que metí mis cosas en las maletas y salí de allí antes de poder arrepentirme. En algún momento tendré que buscar un sitio donde vivir y, sobre todo, otro trabajo, porque cuando Imogen regrese con Olivia ya no pienso volver a ocupar mi puesto como si la conversación con Kai nunca hubiera ocurrido.

La sola idea me provoca otra punzada en el pecho.

Odio pensar que ya no voy a despertar a Imogen por las mañanas. Que no voy a escuchar sus historias interminables mientras desayuna ni acompañarla a la piscina ni discutir con ella sobre cuánto tiempo puede pasar delante de una pantalla.

Odio la idea de no volver a verla todos los días.

Y odio todavía más la idea de no volver a ver a Kai.

Mierda.

Se suponía que marcharme iba a hacer que todo fuera más sencillo. Yo no estaba preparada para lo que Kai quería, él ya no estaba dispuesto a conformarse con lo que habíamos acordado y alejarme parecía la única decisión sensata.

El problema es que no siento alivio.

Me siento como una mierda.

Porque después de pasarme cuatro días intentando demostrar que solo quería sexo y salir corriendo, en cuanto Kai me ofreció algo más, lo único que quiero ahora mismo es volver.

Llaman suavemente a la puerta.

—Adelante.

Mila entra con una bandeja entre las manos. Lleva una taza humeante y, por el olor, diría que es manzanilla.

—Sabía que estabas despierta porque te he oído llorar. Te he preparado una infusión.

Me seco rápidamente las mejillas.

—Qué vergüenza.

—Tranquila. Nash ronca. He escuchado cosas peores.

Dejo escapar una risa que termina pareciéndose demasiado a otro sollozo.

—Gracias.

Mila deja la bandeja sobre la mesita y se sienta en el hueco que hago a mi lado. Entonces ve el móvil sobre la cama.

La pantalla sigue mostrando la fotografía delante del castillo.

—No puedo dejar de mirar sus fotos —admito.

Mila observa la pantalla y después me mira a mí.

—Ajá. Lo cual suena bastante significativo, ¿no crees?

—No empieces.

—No he empezado nada. Llevas tú sola toda la noche llorando mientras miras fotografías familiares de Disneyland.

—No son fotografías familiares.

Mila arquea una ceja.

—Vale.

Tomo un sorbo de la infusión y siento la mirada de mi amiga puesta en mí. Me mira con cariño, pero también con algo más que no termino de identificar.

—¿Qué pasa?

Se toma su tiempo antes de responder.

—Es solo que... bueno, te conozco desde hace años y nunca te había visto tan feliz como estas últimas semanas con Imogen y Kai.

Bajo la vista hacia la taza.

—Eso no significa nada.

—No he dicho que signifique nada. Solo te estoy diciendo lo que he visto. Cuando estabas con Ray siempre parecías estar intentando que vuestra vida funcionara. Haciendo planes, adaptándote, pensando en qué venía después. Con ellos no te he visto intentar nada. Simplemente estabas bien.

Aprieto los dedos alrededor de la taza.

—Precisamente por eso me fui, porque me estaba gustando demasiado. Y no puede gustarme, Mila. Enamorarme de Kai sería un error absoluto.

—¿Por qué? Diría que no es nada malo en la cama, teniendo en cuenta tu cara de mujer sexualmente satisfecha. Además, lo conozco lo suficiente para saber que es un buen tipo y, además, está bastante bueno. No veo la tragedia por ninguna parte.

—Es padre, Mila.

—Lo sé.

—De Imogen, a la que quiero con locura. En estas semanas me he encariñado muchísimo con ella y sé que ella también me quiere. No puedo simplemente empezar una relación con su padre y ver qué pasa.

Mila frunce el ceño.

—¿Por qué no?

—Porque si sale mal no pierdo solo a Kai. La pierdo a ella también.

Decirlo hace que se me vuelva a cerrar la garganta. Bajo la mirada hacia la taza y doy vueltas a la bolsita con la cucharilla aunque ya no queda nada que remover.

—Con Ray éramos él y yo. Se acabó y fue una mierda, pero se acabó entre dos adultos. Con Kai no sería así. Imogen estaría en medio y yo no puedo entrar en su vida como algo más que su

niñera, dejar que se acostumbre todavía más a tenerme ahí y luego desaparecer si dentro de seis meses Kai y yo descubrimos que esto no funciona.

Mila guarda silencio un momento.

—Entiendo que eso te dé miedo.

—No me da miedo, Mila, me da auténtico pavor. Además, me conoces. Soy un desastre. Mis gustos cambian cada tres segundos. No sé si soy el tipo de persona que puede entrar en la vida de una niña y prometer que va a quedarse.

—Nadie te está pidiendo que prometas eso. Pero deberías pensarlo bien antes de marcharte para siempre y perderlos. Porque estás tan preocupada por lo que podría pasar si lo intentas con Kai que no sé si te has parado a pensar en lo que va a pasar si no lo haces.

La miro sin saber qué contestar.

—Kai seguirá con su vida. Imogen también. Y tú tendrás que seguir con la tuya sabiendo que ni siquiera te diste la oportunidad de descubrir si podía funcionar.

—Gracias. Mucho menos aterrador.

—No intento asustarte. Solo digo que no elegir a Kai también es una elección, Wendy. Y por cómo llevas llorando desde que llegaste, no parece que esa te esté haciendo especialmente feliz.

El móvil de Mila empieza a sonar. Lo saca del bolsillo y mira la pantalla.

—Es Nash.

Descuelga.

—Hola.

No escucho lo que dice Nash al otro lado. Solo veo cómo la expresión de Mila cambia casi inmediatamente.

Se incorpora.

—¿Qué?

Hace una pausa y se lleva una mano a la boca.

—Dios mío. ¿Sabéis cómo está?

Me enderezo sin darme cuenta. Mila ya se ha levantado de la cama y camina hacia la puerta mientras escucha a Nash.

—Sí. Claro. Cogeré el coche e iré también hacia allí. Avísame en cuanto sepáis algo.

Cuelga.

—Mila, ¿qué ha pasado?

Se vuelve hacia mí. Está pálida.

—Olivia ha tenido un accidente de coche. Imogen estaba con ella.

Durante un segundo no entiendo las palabras. O las entiendo por separado, pero mi cabeza se niega a juntarlas.

—¿Imogen está bien?

—No lo saben todavía. Kai y Nash van de camino al hospital.

Todo el miedo que sentía hace apenas un minuto desaparece.

Porque de repente ya no me importa si soy capaz de quedarme para siempre.

Solo necesito que Imogen siga estando ahí para poder intentarlo.

26



Kai

Tardamos algo menos de tres horas en llegar al hospital.

No recuerdo prácticamente nada del trayecto.

Nash conduce y yo paso buena parte del camino mirando el móvil, esperando una llamada que no llega. He intentado contactar con el hospital dos veces, pero la respuesta ha sido la misma: Imogen está siendo atendida y me informarán cuando llegue.

En cuanto Nash aparca, salgo del coche antes de que haya terminado de apagar el motor.

Entro en urgencias y me acerco al mostrador.

—Soy Kai Harlow. Me han llamado hace unas horas. Mi hija ha tenido un accidente de coche y la han traído aquí.

La mujer que está detrás del mostrador consulta el ordenador.

—¿Nombre de su hija?

—Imogen Harlow. Tiene ocho años.

Teclea durante unos segundos que se me hacen eternos.

—Sí. Está en quirófano.

La palabra me deja clavado al suelo.

—¿En quirófano? ¿Por qué? ¿Qué le ha pasado?

—No tengo acceso a toda la información médica desde aquí. Voy a avisar al equipo de que ya ha llegado y alguien vendrá a hablar con usted en cuanto sea posible.

—Pero ¿está bien?

Me doy cuenta de lo absurda que es la pregunta en cuanto sale de mi boca. Mi hija está en un quirófano. Evidentemente no está bien.

—Señor Harlow, ahora mismo está siendo atendida por el equipo médico. En cuanto tengamos información que podamos darle, vendrán a buscarlo.

Nash me pone una mano en el hombro.

—Vamos a sentarnos.

No quiero sentarme.

Quiero que alguien me diga qué coño le ha pasado a mi hija.

Aun así, termino siguiendo a Nash hasta la sala de espera. Me siento en una de las sillas y apoyo los codos sobre las rodillas, con el teléfono entre las manos.

Hace unas horas Imogen estaba en Big Bear.

De vacaciones.

Esta mañana incluso me ha mandado una fotografía. Ella y Olivia junto al lago, las dos sonriendo. Imogen llevaba una gorra que no había visto nunca y me había escrito que su madre se la había comprado porque yo siempre decía que tenía que protegerse del sol.

Le contesté que su madre sabía lo que hacía y que esperaba que ahora, por fin, dejara de protestar cada vez que yo le pedía que se pusiera una.

Eso es lo último que le he dicho a mi hija.

Nash se sienta a mi lado.

—Va a estar bien.

No contesto.

No porque no quiera creerlo.

Porque ahora mismo nadie lo sabe.

Pasan veinte minutos. Quizá treinta. Pierdo la cuenta bastante rápido.

Cada vez que se abre una puerta levanto la cabeza. Cada persona con uniforme sanitario consigue que el corazón me dé un vuelco y vuelva a caer cuando pasa de largo.

Al final Nash se levanta.

—Voy a ver si consigo averiguar algo.

Asiento sin apartar la vista de las puertas por las que ha desaparecido la enfermera.

Tarda unos diez minutos en regresar. Lleva dos cafés en las manos.

Me incorporo inmediatamente.

—¿Has hablado con alguien?

Nash me entrega uno de los vasos antes de sentarse a mi lado.

—Con una enfermera. No ha podido decirme mucho sobre Imogen, solo que sigue en quirófano y que vendrán a hablar contigo en cuanto termine la intervención.

—¿Nada más?

—Nada más.

Nash tiene los ojos rojos. No sé si por cansancio, por Imogen o porque lleva las últimas horas viéndome imaginar todos los

escenarios posibles y probablemente esté haciendo exactamente lo mismo.

—Va a salir de esta, tío.

Asiento.

Quiero creerlo.

Necesito creerlo.

Más tarde conseguimos saber algo más del accidente.

Un coche invadió el carril contrario en una de las carreteras de la zona y Olivia intentó esquivarlo. No tuvo espacio suficiente. El impacto alcanzó la parte delantera y lateral de su coche y las sacó de la carretera.

No sé cuántas veces reconstruyo la escena en mi cabeza a partir de esos pocos datos.

Imogen sentada dentro.

El otro coche acercándose.

Olivia intentando apartarse.

Tengo que obligarme a dejar de hacerlo.

Las horas pasan con una lentitud insoportable.

Todavía no me han dejado ver a Imogen cuando las puertas de la sala de espera vuelven a abrirse y escucho pasos acercándose.

Levanto la cabeza.

Mila viene hacia nosotros.

Y a su lado está Wendy.

Durante unos segundos solo puedo mirarla.

Lleva el pelo recogido de cualquier manera y parece haber salido de casa con lo primero que ha encontrado. Tiene los ojos hinchados y, en cuanto me ve, se detiene un instante.

No esperaba que viniera.

O quizá sí.

Ya no sé qué esperaba de nada.

—¿Cómo está? —pregunta Mila en cuanto llega.

Nash se levanta para recibirla.

—Todavía no sabemos nada. Sigue en quirófano.

Mila se queda pálida.

—¿Desde cuándo?

—Desde antes de que llegáramos. Nadie ha salido todavía a hablar con nosotros.

Nash la abraza y Mila se aferra a él, todavía emocionada.

Yo apenas les presto atención.

Wendy sigue mirándome.

Tiene los ojos llenos de lágrimas y, durante unos segundos, ninguno de los dos se mueve. Después se acerca.

Me levanto justo cuando llega hasta mí y Wendy me rodea con los brazos. La abrazo con fuerza, pegándola contra mi cuerpo, y siento cómo hunde la cara en mi pecho.

Después de todo lo que nos dijimos anoche, debería resultar extraño tenerla aquí.

No lo resulta.

Ahora mismo es exactamente donde quiero que esté.

Wendy se aferra un poco más.

—Lo siento —murmura contra mi pecho.

Son solo dos palabras, pero hay demasiadas cosas dentro de ellas.

Lo siente por Imogen. Por anoche. Por haberse marchado. Quizá incluso por algunas de las cosas que me dijo antes de hacerlo.

No sé cuáles de todas ellas pretende incluir Wendy y ahora mismo tampoco necesito saberlo.

Apoyo la mejilla sobre su pelo y cierro los ojos.

—Lo sé.

Ya hablaremos.

Si Imogen está bien, habrá tiempo para hablar de todo lo demás.

La puerta que comunica la sala de espera con el pasillo se abre y Wendy se aparta lo justo para que pueda mirar.

Un hombre con ropa de quirófano sale y consulta algo en la tableta que lleva entre las manos.

—¿Familiares de Imogen Harlow?

Me separo de Wendy inmediatamente.

—Soy su padre.

El médico se acerca y me tiende la mano.

—Soy el doctor Miller. He participado en la intervención de su hija.

Ni siquiera sé si llego a estrechársela.

—¿Está bien?

—Sí. La intervención ha terminado y está estable.

Las piernas casi me fallan.

Oigo a Wendy soltar el aire a mi lado y noto su mano cerrándose alrededor de la mía. No recuerdo haberla buscado, pero entrelazo los dedos con los suyos.

—¿Qué le ha pasado?

—Imogen ha sufrido una fractura de fémur en la pierna derecha. Hemos tenido que intervenir para estabilizarla y la cirugía ha ido bien. También presenta varias contusiones y heridas menores producidas por el impacto, pero las pruebas de imagen no muestran lesiones importantes en la cabeza, el tórax ni el abdomen.

Tardo unos segundos en procesarlo todo.

Fractura. Cirugía. Contusiones.

Pero está estable.

—¿Va a recuperarse?

—Todo indica que sí. La fractura necesitará tiempo y tendrá algunas limitaciones durante las próximas semanas, pero no hemos encontrado ninguna lesión que nos haga pensar que vaya a tener secuelas graves.

Aprieto la mano de Wendy.

—¿Puedo verla?

—Está saliendo de la anestesia. En cuanto pase a recuperación podrá entrar uno de ustedes.

—Yo.

La respuesta me sale antes de que termine de hablar.

El médico asiente.

—Vendrán a buscarlo en cuanto esté instalada.

—¿Y su madre? Olivia Bennett. Iba conduciendo.

La expresión del médico cambia ligeramente.

—También está estable. Ha sufrido una fractura en el brazo izquierdo, varias contusiones y un corte en la frente que ha necesitado puntos. Por suerte, las pruebas han descartado lesiones internas graves. Tendrá que permanecer ingresada en observación, pero su evolución es buena.

Cierro los ojos un instante.

Las dos están bien.

Después de horas sin saber absolutamente nada, esas cuatro palabras son suficientes para que toda la tensión que llevo acumulada empiece a aflojar de golpe.

—Gracias.

El médico asiente.

—En cuanto Imogen esté instalada en recuperación, vendrán a buscarlo.

Se marcha y me quedo mirando las puertas unos segundos.

Imogen está bien.

Olivia está bien.

Noto que Wendy me aprieta la mano y bajo la mirada. En algún momento he entrelazado los dedos con los suyos y ni siquiera recuerdo haberlo hecho.

No sé en qué momento empiezo a llorar.

Solo sé que Wendy vuelve a abrazarme y esta vez soy yo quien se aferra a ella.

Un rato después, una enfermera aparece en la sala de espera y pregunta por mí.

Me pongo de pie inmediatamente.

—Ya puede verla. Está despertándose de la anestesia, así que es posible que esté un poco desorientada. Puede entrar usted primero y, cuando esté más despejada, veremos si se encuentra con ánimo para recibir a alguien más.

Asiento y miro hacia Wendy antes de seguir a la enfermera.

Ella continúa sentada junto a Mila. Me dedica una pequeña sonrisa, todavía con los ojos húmedos, y no sé por qué necesito verla justo antes de cruzar esas puertas.

La habitación está en silencio cuando entro.

Imogen parece diminuta en la cama.

Tiene una vía en el brazo, un pequeño corte junto a la ceja y varios moratones. La sábana cubre buena parte de su cuerpo, pero puedo ver la pierna inmovilizada.

Por mucho que lleve horas preparándome para encontrarla herida, verla así consigue que se me cierre la garganta.

Me acerco a la cama y me siento en la silla que hay junto a ella.

—Hola, cariño.

Imogen tarda unos segundos en reaccionar. Abre los ojos despacio y parpadea varias veces hasta conseguir enfocarme.

—Papá...

—Estoy aquí.

Le cojo la mano con cuidado. Ella cierra los dedos alrededor de los míos y noto cómo toda la tensión que acababa de abandonar mi cuerpo amenaza con volver de golpe.

—¿Mamá está bien?

Por supuesto que eso es lo primero que pregunta.

—Sí. Mamá está bien. Se ha hecho daño en un brazo y tiene algunos golpes, pero los médicos dicen que va a estar bien.

Imogen permanece callada unos segundos, procesándolo.

—Había un coche.

—Me han contado lo que pasó.

—Mamá intentó apartarse.

—Y lo hizo lo mejor que pudo, cariño. No fue culpa suya.

Asiente y vuelve a cerrar los ojos.

No quiero preguntarle nada más. Ya habrá tiempo para saber qué recuerda y para hablar de lo que ha pasado. Ahora mismo me basta con tener su mano entre las mías y verla respirar.

—Me duele la pierna —murmura.

—Es normal. Te han operado para arreglarla.

Abre un ojo.

—¿Arreglado como cuando arreglaste el grifo?

Se me escapa una risa que tiene demasiado de llanto.

—Espero que bastante mejor.

—Porque volvió a gotear.

—Gracias por recordármelo en un momento tan delicado.

La comisura de sus labios se mueve apenas un poco.

Ahí está.

Mi hija.

Me inclino y le beso la frente con cuidado.

—Me has dado un susto horrible.

—Lo siento.

—Tú no tienes que sentir nada. Solo tienes que ponerte bien.

Imogen vuelve a quedarse en silencio. Parece que va a dormirse otra vez, pero unos segundos después abre los ojos.

—¿Wendy está aquí?

La pregunta me pilla desprevenido.

—Sí.

—¿Ha venido?

—En cuanto se ha enterado.

Imogen asiente como si esa respuesta tuviera todo el sentido del mundo.

—Quiero verla.

—Ahora tienes que descansar. Cuando la enfermera diga que puede entrar, le diré que venga.

—Vale.

Vuelve a cerrar los ojos y esta vez sus dedos empiezan a aflojarse alrededor de los míos.

Me quedo sentado a su lado mientras se duerme.

Hace apenas unas horas le dije a Wendy que no quería necesitar un contrato de trabajo para encontrar una razón por la que siguiera formando parte de nuestras vidas.

Ahora miro a mi hija, que acaba de despertarse de una operación y ha tardado apenas unos minutos en preguntar por ella.

Quizá Wendy todavía no esté preparada para aceptarlo.

Pero no soy el único que ya se ha acostumbrado a tenerla cerca.



Wendy

Los últimos tres días han conseguido poner muchas cosas en perspectiva.

Los cuatro, Kai, Mila, Nash y yo nos alojamos en un hotel a pocos minutos del hospital, aunque llamarlo alojarnos es bastante generoso teniendo en cuenta que prácticamente solo volvemos allí para ducharnos y dormir unas horas.

El resto del tiempo estamos aquí.

Con Imogen.

La primera vez que entré a verla estaba despierta y lo primero que hizo fue extender los brazos hacia mí. Tuve que contener las lágrimas mientras la abrazaba porque bastante tenía ella con una pierna operada como para ocuparse también de mi crisis existencial.

Desde entonces he pasado horas a su lado. Hemos visto películas, jugado a juegos absurdos en mi móvil y discutido sobre si estar ingresada le daba derecho a desayunar helado.

Y en algún momento entre todo eso he comprendido algo que probablemente debería haber entendido mucho antes.

No quiero una vida en la que Imogen deje de formar parte de la mía.

Tampoco quiero una en la que Kai no esté.

Él y yo todavía no hemos hablado de lo que ocurrió aquella noche. Apenas hemos tenido un momento solos y ninguno de los dos ha intentado buscarlo. Ahora mismo Imogen es lo importante.

Pero la conversación sigue ahí.

Esperándonos.

Y cuando regresemos al resort, voy a tener que dejar de huir de ella.

El martes por la mañana le dan el alta a Imogen.

Olivia tendrá que quedarse un día más en observación, así que antes de marcharnos pasamos por su habitación para despedirnos.

Tiene el brazo inmovilizado y un moratón enorme en un lado de la cara, pero está sentada en la cama y parece mucho mejor que la primera vez que la vi después del accidente.

Imogen se abraza a ella con cuidado.

—Te llamaré cuando lleguemos.

—Y yo quiero una foto para comprobar que tu padre no te ha encerrado en una habitación acolchada.

—No tenemos ninguna habitación acolchada —dice Kai.

Olivia lo mira.

—Todavía.

Imogen sonríe y vuelve a abrazarla.

Me quedo un poco apartada mientras se despiden. Hay algo diferente entre Kai y Olivia desde el accidente. No sé si es simplemente el alivio de que las dos estén bien o si ver a Olivia arriesgarse intentando evitar el golpe ha terminado de borrar alguna de las cosas que todavía quedaban entre ellos.

Antes de que salgamos, Olivia me llama.

—Wendy.

Me vuelvo.

—Gracias por venir.

—No tienes que darme las gracias.

—Sí. —Mira un instante hacia Imogen—. Sé lo importante que eres para ella.

No sé qué responder a eso.

Olivia tampoco parece necesitar que lo haga.

—Cuídala.

Miro a Imogen, que ya está discutiendo con su padre porque quiere manejar ella sola las muletas.

—Siempre.

La palabra sale antes de que pueda pensar demasiado en ella.

Y esta vez no intento retirarla.

Cuando llegamos a Golden Dolphin ya está anocheciendo.

Kai ha decidido instalar a Imogen en una de las habitaciones de la planta baja hasta que pueda moverse mejor. Técnicamente puede desplazarse con las muletas, pero después de verla recorrer los

pocos metros desde el coche hasta la puerta tengo bastante claro que nadie quiere verla enfrentándose a las escaleras todavía.

Mientras yo la ayudo a ponerse cómoda, Kai aparece con una almohada más debajo de un brazo y algo escondido en la otra mano.

—Tengo una solución.

Imogen lo mira con desconfianza.

—¿Para qué?

Kai abre la mano.

Hay una pequeña campana.

Me echo a reír.

—No.

—Sí.

Imogen la coge inmediatamente.

—¿Para qué es?

—Para que nos avises si necesitas algo. No quiero que intentes levantarte tú sola durante la noche.

Imogen la hace sonar y el tintineo llena la habitación.

—Funciona.

Vuelve a hacerla sonar.

—Imogen.

Otra vez.

Me siento en el borde de la cama.

—Creo que acabas de cometer un error gravísimo.

Kai me señala.

—Tú también vas a sufrirlo.

Imogen hace sonar la campana por cuarta vez.

—Tengo sed.

Kai la mira.

—Tienes un vaso de agua en la mesita.

—Solo estaba practicando.

Esta vez no consigo contener la risa. Kai le quita la campana y la deja junto al vaso.

—Solo debes usarla en caso de emergencia.

—¿Qué cuenta como emergencia?

—Necesitar ir al baño. Que te duela algo. Que te encuentres mal.

Imogen piensa unos segundos.

—¿Tener hambre?

—Depende.

—¿A las tres de la mañana?

—Definitivamente no.

—¿Y si tengo muchísima hambre?

—Duérmete, Imogen.

Ella sonríe, satisfecha, y se acomoda entre las almohadas.

Me inclino para taparla y, cuando voy a apartarme, Imogen me agarra de la muñeca.

—¿Tú también te quedas?

La pregunta consigue que Kai y yo nos miremos. No le hemos dicho directamente que me había marchado de la casa, aunque quizás escuchó alguna conversación por la forma en la que me observa.

Mis maletas siguen en casa de Mila y Nash.

Kai y yo seguimos sin haber hablado.

En realidad, no hemos solucionado absolutamente nada.

Pero miro a Imogen y la respuesta me sale sin esfuerzo.

—Esta noche sí.

Parece bastarle.

Kai se inclina para besarla en la frente y yo hago lo mismo después. Cuando intento incorporarme, Imogen nos agarra a los dos, uno con cada mano.

—Abrazo.

Kai sonrío.

Nos inclinamos sobre ella desde lados opuestos de la cama y conseguimos abrazarla sin tocarle la pierna. Imogen nos rodea como puede y apoya la cabeza contra mi hombro.

Durante unos segundos ninguno dice nada.

Y mientras tengo a Imogen entre los brazos y siento la mano de Kai apoyada junto a la mía sobre la manta, pienso en todo el miedo que me daba aquella imagen hace apenas unos días.

Los tres.

Una familia.

Pensaba que salir corriendo conseguiría protegerme de esto.

Ahora sé que lo único que conseguiría sería perderlo.

Kai y yo estamos sentados en el sofá con una copa de vino cuando la casa se queda por fin en silencio.

Después de tantos días de hospital, todavía me cuesta creer que Imogen esté durmiendo en la habitación de al lado. En casa. A salvo.

—No creo que vuelva a quejarme porque deje los zapatos tirados en mitad del salón —dice Kai.

—Eso te durará dos días.

—Probablemente.

Sonrío y miro hacia el pasillo.

Está aquí.

Está bien.

Tiene una pierna que tardará un tiempo en recuperarse y una campana que probablemente acabemos arrojando al océano antes de que termine la semana, pero está aquí.

—He pasado muchísimo miedo —digo.

—Yo también.

Kai baja la mirada hacia su copa y durante un momento vuelvo a verlo sentado en aquella sala de espera. La cara que tenía cuando llegué. La forma en que me abrazó.

Pienso en todas las cosas que parecían tan importantes antes de que sonara el teléfono de Mila.

Después pienso en lo único que quería mientras conducíamos hacia Big Bear.

Llegar hasta ellos.

Se instala un silencio entre nosotros.

Sé que Kai no va a decir nada. Lleva días sin hacerlo. No me ha preguntado por qué fui al hospital, ni qué significa que haya vuelto

con ellos a la villa del resort. Tampoco ha mencionado mis maletas, que siguen en casa de Mila y Nash.

Me está dejando decidir.

Y quizá por eso consigo reunir el valor para hacerlo.

Dejo la copa sobre la mesa.

—Yo... quería disculparme por cómo me fui aquella noche.

Kai se vuelve hacia mí.

—Wendy, no tienes que...

—Sí, tengo. Déjame decirlo antes de que vuelva a entrarme el pánico y decida mudarme a otro estado.

La comisura de sus labios se curva, pero guarda silencio.

—Me asusté. No porque no quisiera lo que me estabas ofreciendo, sino precisamente porque una parte de mí lo quería demasiado. —Respiro hondo—. Acababa de salir de una relación de siete años y de repente estaba aquí, contigo, encariñándome con Imogen, sintiéndome parte de vuestra vida... Y empecé a pensar en todo lo que podía perder si esto salía mal.

Kai no aparta los ojos de mí.

—Pensé que marcharme era la opción sensata. Que si me alejaba ahora, antes de que esto fuera todavía más importante para mí, estaría protegiéndome. —Niego con la cabeza—. Y entonces Olivia tuvo el accidente y durante unas horas no sabía si Imogen estaba bien.

Se me rompe un poco la voz al decirlo.

—Y lo único que podía pensar era que quizá no volvería a verla.

Kai deja su copa junto a la mía.

—Wendy...

—No puedo prometerte que esto no vaya a asustarme otra vez. Seguramente lo hará. Tampoco tengo ni idea de qué voy a hacer con mi vida, necesito encontrar un trabajo y sigo pensando que soy una candidata bastante cuestionable para convertirme en la adulta responsable de nada.

—Eso último podemos discutirlo.

—Pero si todavía quieres que me quede... Si todavía quieres que intentemos esto de verdad, yo también quiero.

Kai me mira durante unos segundos.

—Claro que quiero.

—Bien —digo, y se me escapa una sonrisa que no consigo contener—. Porque habría sido bastante incómodo tener que volver a casa de Mila después de todo este discurso.

Kai deja su copa y se acerca. Me acaricia la mejilla con el pulgar antes de besarme.

Despacio.

Esta vez no giro la cara. No le pido que vaya más rápido ni intento convertir el beso en algo que pueda fingir que no significa nada.

Le rodeo el cuello con los brazos y me acerco más.

—Te he echado de menos —murmura contra mi boca.

—Yo también. —Lo beso otra vez y sonrío—. Aunque creo que he echado especialmente de menos a mi vibrador humano.

Kai se aparta.

—No deberías haber dicho eso.

—¿No?

—Definitivamente no.

Me coge en volandas antes de que pueda reaccionar.

Tengo que taparme la boca para no soltar una carcajada.

—Kai, como despertemos a Imogen...

—Para eso tiene una campana.

—Esa frase va a perseguirnos.

Empieza a subir las escaleras conmigo en brazos.

Y esta vez voy hacia su habitación sin ninguna intención de salir corriendo después.

Epílogo



Wendy

Imogen y yo atrapamos el ramo.

A la vez.

O eso creo. Todo ocurre tan rápido que apenas veo el ramo caer hacia nosotras antes de que las dos levantemos las manos y acabemos sujetándolo entre las dos. Cuando una docena de mujeres empieza a gritar a nuestro alrededor y Mila se gira desde el otro extremo del jardín con una sonrisa enorme, comprendo que esto va a necesitar una repetición a cámara lenta.

Nash y ella decidieron celebrar la boda en el Golden Dolphin. Después de todo lo que ha significado este lugar para ellos, supongo que tenía sentido que también fuera aquí donde empezaran oficialmente su vida de casados. Han montado la ceremonia y la recepción en los jardines frente al mar y, aunque llevo meses viviendo aquí, tengo que reconocer que nunca había visto el resort tan bonito.

—¡Es mío! —grita Imogen.

—Perdona, mis manos también estaban ahí.

—Pero yo lo toqué primero.

—Eso habrá que revisarlo en el vídeo.

Imogen abraza el ramo contra el pecho y me mira con absoluta satisfacción. Sigue llevando la pierna escayolada y, aunque ya se mueve bastante mejor, las muletas descansan ahora mismo contra una de las sillas porque Kai ha conseguido convencerla de que intentar lanzarse a por un ramo con ellas podía acabar con otra visita al hospital.

Probablemente tenía razón.

—¿Que las dos hayamos cogido el ramo significa que papá y tú vais a casaros?

La miro.

—Eres la especialista mundial en preguntas incómodas, ¿lo sabías?

—Solo he preguntado.

Imogen sonríe, completamente satisfecha consigo misma.

No debería sorprenderme. Cuando Kai y yo le contamos que estábamos juntos, reaccionó como si acabáramos de comunicarle que había ganado algún tipo de premio. Nos abrazó a los dos, quiso saber desde cuándo éramos novios y después pasó varios días encontrando cualquier excusa para señalar que ahora podíamos hacer cosas «los tres».

Lo que, teniendo en cuenta que ya hacíamos prácticamente todo juntos antes, no cambió demasiado nuestras vidas.

Excepto por un pequeño detalle.

Ahora Imogen puede hacer preguntas sobre nuestra relación sin ningún tipo de pudor.

Y está aprovechando ese privilegio muchísimo.

—Entonces ¿vais a casaros o no?

Definitivamente muchísimo.

—Creo que deberías darle un respiro a Wendy.

La voz de Kai llega desde detrás de nosotras y me giro para encontrarlo acercándose con dos copas en las manos.

—Ya vivís juntos, os dais besos en la boca y dormís en la misma habitación. Casaros sería lo más normal.

Kai me entrega una de las copas.

—Creo que podemos dar por hecho que tenemos tu aprobación.

—Desde el primer día —responde Imogen.

Me echo a reír.

—Eso es quedarse corta. Creo que se alegró más cuando se lo contamos que cuando fuimos a Disneyland.

—No más que Disneyland —puntualiza Imogen—. Pero casi.

—Gracias por poner las cosas en perspectiva —dice Kai.

Imogen sonríe y abraza el ramo contra el pecho, encantada consigo misma.

La verdad es que han cambiado muchas cosas desde que regresamos de Big Bear.

Imogen se recupera bien. Todavía tiene la pierna escayolada y necesita las muletas, pero hace días que volvió a ser ella misma, lo que incluye hablar sin parar, intentar hacer más cosas de las que debería y utilizar aquella maldita campana que Kai le dio como si estuviera alojada en un hotel de cinco estrellas con servicio de habitaciones.

Olivia también está mucho mejor. Su recuperación está siendo más rápida y, desde el accidente, ha estado viendo a Imogen con frecuencia. Todavía quedan cosas que arreglar entre ellas, pero por primera vez tengo la sensación de que Olivia está dispuesta a hacer el trabajo necesario para conseguirlo.

María regresó de El Salvador hace unos días y su vuelta fue mucho más sencilla de lo que yo había imaginado. Sigue siendo la niñera de Imogen y nadie ha tenido que perder su lugar para que yo encuentre el mío.

También hemos hecho algunos cambios. María tendrá su propia habitación en la zona del Golden Dolphin donde se aloja parte del personal, algo que le dará mucha más libertad e independencia ahora que ya no necesita vivir permanentemente con Kai e Imogen. Cuando se lo propusimos, aceptó encantada.

Y yo ya no trabajo para Kai.

Esa parte debería haberme dejado otra vez con la pregunta que llevo años haciéndome cada vez que termino un trabajo: *¿Y ahora qué?*

Solo que esta vez creo que tengo la respuesta.

Quiero estudiar Magisterio.

Llevo unos días mirando universidades y programas a distancia. Todavía no me he matriculado y tengo un montón de cosas que organizar, pero estar con Imogen me ha hecho descubrir algo que, sorprendentemente, nunca me había planteado.

Se me dan bien los niños.

Y me gustan.

Me gusta explicarles cosas, ayudarlos, escucharlos y encontrar la forma de llegar hasta ellos. Incluso me gusta cuando hacen aproximadamente cuatrocientas preguntas al día, aunque esa parte quizá debería reconsiderarla teniendo en cuenta a la criatura que tengo delante.

Durante años he pensado que mi problema era que no conseguía encontrar un trabajo que quisiera conservar.

Quizá simplemente no había encontrado todavía el mío.

—¿En qué piensas?

La voz de Kai me devuelve al jardín.

—En nada.

—Eso no me lo creo.

Antes de que pueda responder, la música cambia y miro hacia la pista. Nash acaba de sacar a bailar a Mila. Ella tiene los brazos alrededor de su cuello mientras él le dice algo al oído que consigue hacerla reír.

Me quedo observándolos.

Hace algo más de un año Mila llegó al Golden Dolphin para solucionar una crisis y acabó enamorándose del hombre que debía mantener alejado de los problemas.

Yo vine para trabajar de niñera durante un verano sin saber que pasaría conmigo en septiembre.

Supongo que ninguna de las dos somos especialmente buenas siguiendo los planes.

—Se les ve felices —digo.

Kai sigue mi mirada.

—Sí.

Imogen aparece de nuevo a nuestro lado con las muletas y el ramo todavía entre los brazos.

—Quiero bailar.

Kai baja la vista hacia su pierna.

—Tú no vas a bailar.

—Puedo bailar con una pierna.

—Esa frase no mejora la situación.

—Puedes cogerme tú.

Kai suspira como si estuviera considerando seriamente negarse, aunque los tres sabemos que no va a hacerlo.

Deja su copa y la levanta con cuidado. Imogen se ríe mientras le rodea el cuello con un brazo, todavía aferrada al ramo con el otro.

—Ven —me dice Kai.

Me acerco y él pasa el brazo libre alrededor de mi cintura.

No sé si lo que hacemos puede considerarse bailar. Kai apenas puede moverse con Imogen encima y yo tengo que esquivar una de sus muletas cada pocos segundos, pero tampoco parece importarle a nadie.

Apoyo la cabeza contra el hombro de Kai.

Imogen sigue hablando sobre algo que no estoy escuchando del todo. Nash y Mila bailan a pocos metros de nosotros. Alrededor hay música, conversaciones y gente celebrando que dos personas hayan decidido compartir su vida.

Y pienso que quizá durante demasiado tiempo tuve una idea equivocada de lo que significaba formar una familia.

Pensaba que era algo que se construía siguiendo un orden. Que primero tenías que estar segura, después tomar las decisiones correctas y, solo entonces, conseguir esa vida que habías planeado.

La mía no se parece en nada a eso.

Llegué al Golden Dolphin después de una relación de siete años, sin saber qué hacer con mi vida y convencida de que cuidar de una niña durante el verano solo sería mi octavo trabajo.

Ahora Imogen está en brazos de Kai, el ramo de novia aplastado entre los tres, y él me besa la frente mientras seguimos intentando bailar.

No sé qué pasará dentro de cinco años.

Ni siquiera sé qué pasará cuando empiece la universidad y tenga que compaginar clases, exámenes y esta nueva vida que todavía

estoy aprendiendo a hacer mía.

Pero hay algo que ya no necesito averiguar.

Kai me mira y sonrío.

Imogen aprovecha para volver a agitar el ramo delante de nosotros.

—Sigo pensando que deberíais casaros.

Me echo a reír y la abrazo, apretándome un poco más contra los dos.

Puede que algún día.

Ahora mismo no necesito nada más.

Porque después de pasar tantos años intentando descubrir dónde encajaba, resulta que la respuesta estaba en el último lugar donde habría pensado buscarla.

En un trabajo temporal.

En una niña de ocho años.

Y en su padre absurdamente atractivo.

Mi familia.

Por fin, mi familia.

Extra



Wendy

Estamos sentados alrededor de una de las mesas con las últimas copas cuando Mila se inclina hacia mí.

—¿Sabes quién se ha instalado en la villa número siete?

—¿Quién?

—El sexólogo de TikTok del que siempre me mandas vídeos.

Abro mucho los ojos.

—¡Drake Murray!

—El mismo.

Oh.

Eso sí que no me lo esperaba.

El doctor Drake Murray no es precisamente un desconocido. En los últimos años ha conseguido convertir la sexología en un maldito imperio. Tiene millones de seguidores en redes sociales, libros superventas, conferencias para las que cuesta conseguir una entrada y apariciones constantes en televisión. También ofrece consultas privadas a precios que probablemente deberían incluir una copa de champán y un masaje de regalo.

Y, por si todo eso fuera poco, está buenísimo.

Alto, moreno, sonrisa perfecta y esa clase de seguridad que hace que pueda hablar de orgasmos femeninos como quien comenta qué ha desayunado esa mañana.

Probablemente por eso le mando tantos vídeos a Mila.

Por la divulgación científica, evidentemente.

—¿Y qué hace aquí? —pregunto.

—Ni idea. Llegó ayer.

—¿Solo?

Mila sonríe.

Esa sonrisa significa cotilleo.

—No.

Me acerco un poco más.

—Cuenta.

—Llegó con una mujer.

—¿Su novia?

—Eso pensé yo. Hasta que esta mañana pregunté.

—Por supuesto que preguntaste.

—Soy la mujer del dueño. Tengo responsabilidades.

—Cotillear sobre los huéspedes no está entre ellas.

—Debería. —Da un sorbo a su copa—. No es su novia. Es su secretaria.

Miro hacia la zona de las villas.

—¿Drake Murray se ha venido al Golden Dolphin con su secretaria?

—Viaje de trabajo, por lo visto.

—Claro.

Mila se ríe.

—¿Qué?

—Nada. Solo digo que viajar a un resort de lujo con el hombre que se ha hecho millonario hablando de sexo parece una situación laboral completamente libre de complicaciones.

Yo me limito a asentir mientras recuerdo la imagen de Drake y me pregunto cómo alguien puede trabajar a su lado todos los días sin caer rendida a sus encantos.

Aunque, pensándolo bien, quizá debería preguntárselo a ella.

Algo me dice que la secretaria del doctor Murray podría tener una opinión muy distinta sobre sus famosos encantos.

Nueva serie: Los millonarios del Wonderland Club

Cinco amigos. Cinco millonarios. Cinco historias de amor que están a punto de poner Manhattan patas arriba.

Bienvenidas al universo de **Wonderland Club**, un exclusivo club secreto escondido en el corazón de Manhattan, inspirado en *Alicia en el País de las Maravillas*. Un lugar donde las reglas son diferentes, los secretos tienen un precio y nadie sale siendo la misma persona que entró.

Entre áticos imposibles con vistas a Central Park, fiestas privadas en rascacielos, galerías de arte, estudios de grabación, partidos de hockey y subastas donde se venden tesoros por millones de dólares, cinco amigos descubrirán que ni todo el dinero del mundo puede protegerlos de la única cosa que jamás han conseguido controlar: el amor.

Drake Murray

El sexólogo más famoso de Nueva York. Experto en deseo, atracción y relaciones.

Archer Kingsley

Arquitecto de lujo. Perfeccionista, reservado y acostumbrado a diseñar el horizonte de Manhattan a su antojo.

Rhys Everly

Productor musical de éxito y heredero de una de las compañías discográficas más poderosas del país.

Preston Hollis

Dueño de uno de los equipos de hockey más importantes de la liga, Competitivo, ambicioso y acostumbrado a ganar.

Ross Alden

Propietario de una prestigiosa casa de subastas donde se venden piezas únicas por cifras astronómicas. Frío, elegante y reservado.

Amistad. Deseo. Secretos. Escándalos. Y cinco romances adictivos que demostrarán que ni todo el dinero de Manhattan puede protegerte cuando Cupido decide jugar una de sus partidas.

Porque en el **Wonderland Club**, todos creen conocer las reglas.

Hasta que aparece la persona capaz de cambiarlas.

Si te gustaron los grupos de amigos millonarios, prepárate. Porque esta serie viene dispuesta a convertirse en tu nueva obsesión.

Drake, error millonario (Los millonarios del Wonderland Club #1)

Mi jefe prometió ayudarme a conseguir al hombre de mis sueños. ¿El problema? Que, a veces, los sueños cambian.

Mi nombre es Hallie Calloway y soy la secretaria de Drake Murray, uno de los hombres más influyentes de Manhattan.

Llevo años trabajando para él. Y llevo casi el mismo tiempo enamorada en secreto de Trevor Hadley, su mejor amigo y socio.

El problema es que Trevor nunca me ha visto de la misma manera.

Así que cuando Drake me llama a su despacho y me propone ayudarme a conquistar a Trevor, creo que he entrado en una realidad paralela.

Según él, su socio no ha vuelto a ser el mismo desde que su ex le rompió el corazón. Está distraído, de mal humor y tomando decisiones tan cuestionables que Drake teme que termine poniendo en peligro todo aquello por lo que ha trabajado.

Y, por alguna razón que no alcanzo a comprender, ha decidido que yo soy exactamente lo que Trevor necesita.

Su plan parece sencillo: ayudarme a ganar confianza en mí misma, enseñarme a salir de mi zona de confort y conseguir que Trevor deje de verme como la secretaria invisible que siempre ha estado allí.

Lo que ninguno de los dos tuvo en cuenta fueron las interminables horas juntos, las conversaciones que nunca deberían haber ocurrido y la peligrosa costumbre de Drake de hacerme sentir especial.

Porque cuanto más me ayuda a acercarme a Trevor... más difícil me resulta ignorarlo.

Y cuanto más tiempo pasamos juntos, más empiezo a preguntarme si llevo años persiguiendo al hombre equivocado.

Lo que encontrarás en esta historia:

- Jefe y secretaria
- Él le ayuda a conquistar a otro hombre
- Él se enamora primero
- Amor no correspondido
- Celos
- Romance de oficina
- Slow burn
- Millonario irresistible
- Manhattan
- Triángulo amoroso

¡¡YA EN PREVENTA!!

¿Me dejas unas estrellitas?

Puede que no lo sepas, pero cada valoración y reseña que dejas en Amazon tiene un impacto enorme.

Es como si dijeras: «Esta historia me llegó, y quiero que más lectoras puedan descubrirla».

No hace falta escribir un texto largo; una frase, una emoción, incluso solo las estrellas... todo ayuda muchísimo.

Eso sí, hay algo importante que quizá no sabías: en Amazon, una valoración por debajo de 4 estrellas se interpreta como que el libro no te ha gustado, aunque tú solo quieras expresar que te gustó «un poquito menos».

Por eso, si disfrutaste la lectura, dejar 4 o 5 estrellas ayuda a que la historia pueda seguir llegando a más lectoras.

Gracias, de corazón, por cada palabra, cada reseña y cada gesto de cariño.

Detrás de cada historia hay una autora que sonrío al leerte.

¡MUCHAS GRACIAS!

ÚNETE AL CLUB DE LAS PRINCESAS MODERNAS!

¡Hola, princesa!

Y hasta aquí nuestro verano en el **Golden Dolphin Resort**.

Después de conocer a Nash y Mila, de enamorarnos ahora de Kai, Wendy e Imogen y de pasar más tiempo de lo razonable entre villas de lujo, playas de California y millonarios que claramente tienen problemas para mantener relaciones estrictamente profesionales... toca despedirnos del resort.

Al menos por ahora.

Y creo que ha llegado en el momento perfecto porque, amigas, **este verano ha sido horrible**.

Yo ya no quiero sol. No quiero treinta y cinco grados. No quiero pegarme a la silla. Quiero que llueva. Quiero frío. Quiero mantita, café caliente, calcetines gordos y volver a existir sin tener un ventilador apuntándome directamente a la cara.

Y, sobre todo, quiero empezar una nueva saga.

Porque dejamos atrás California y nos vamos a... **MANHATTAN**.

Y os presento oficialmente mi próximo vicio: **WONDERLAND CLUB**

Cinco amigos. Cinco millonarios. Cinco historias de amor que están a punto de poner Manhattan patas arriba.

Un club secreto inspirado en *Alicia en el País de las Maravillas*. Áticos con vistas a Central Park, fiestas privadas, galerías de arte, estudios

de grabación, hockey, subastas millonarias... y cinco hombres que creen tener su vida perfectamente controlada.

Ja.

Ya veremos cuánto les dura.

Y empezamos con alguien a quien, si habéis leído el extra, **ya conocéis**.

El doctor **Drake Murray**.

Sexólogo. Millonario. Famosísimo. Increíblemente atractivo. Experto en relaciones, deseo y atracción...

Y completamente incapaz de darse cuenta de lo que está ocurriendo delante de sus narices.

Porque Drake ha decidido ayudar a su secretaria, Hallie, a conquistar al hombre del que lleva años enamorada.

¿Qué podría salir mal?

Absolutamente todo.

Drake, error millonario, el primer libro de **Los millonarios del Wonderland Club**, ya está en preventa.

Así que guardamos el bañador, cerramos por ahora las puertas del Golden Dolphin y sacamos la ropa de otoño.

Nos vemos en Nueva York.

Un abrazo enorme,

Leila Yoon

P. D. Si la historia de Wendy y Kai te ha robado aunque sea un poquito el corazón, una reseña en Amazon es el mejor regalo que puedes hacerle a una autora.

P. P. D. Sígueme en redes sociales.

Instagram: <https://www.instagram.com/leilayoonautora/>

Facebook: <https://www.facebook.com/profile.php?id=61572377692065>

Date de alta en mi boletín de novedades y recibirás un relato gratis:

<https://www.leilayoon.com/>